

CHICO REY Y OTRAS HISTORIAS BRASILEÑAS



STEFANO GATTO

ARTE & PARTE

CHICO REY Y OTRAS
HISTORIAS BRASILEÑAS

STEFANO GATTO

CHICO REY Y OTRAS
HISTORIAS BRASILEÑAS

ARTE & PARTE

*A Isabel y Matías,
mis inseparables compañeros de viaje.*

Gatto, Stefano

Chico Rey y otras historias brasileñas - 1a ed. -

Buenos Aires: Arte & Parte, 2008.

158 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1477-86-9

I. Narrativa española. I. Título

CDD 853

© Stefano Gatto

© Arte & Parte: Diseño y arte de tapa

ISBN: 978-987-1477-86-9

Texto al cuidado del autor

Arte & Parte

es un sello de Artnovela Ediciones SRL

www.artnovela.com.ar

consultas@artnovela.com.ar

+54 011 4988 1155

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

CHICO REY

Esta es la historia de Galanga, rey de un pueblo del Congo.

Ciertamente, no había pasado nunca por su cabeza la idea de que un día sería arrancado de su tierra y transportado junto con su gente a un lugar del cual desconocía completamente la existencia, al otro lado de un inmenso océano del cual había oído hablar, pero que nunca había visto.

Galanga era un rey africano y sabía muy bien que el precio de la derrota en la guerra podía ser la muerte, una muerte de guerrero; en su caso, de rey guerrero.

Galanga y los suyos no titubeaban en enfrentarse a los peligros del combate, al fin y al cabo esa era su vida; sin embargo, Galanga se hizo famoso por otra razón, él supo encarar con tremendo acierto otra faceta de su vida, una para la cual no lo habían preparado sus ancestros: la vida de esclavo. Y de esclavo, Galanga demostró aún más rango real que cuando, en su Congo, había sido rey de verdad.

Galanga hubiera sido uno de los miles de reyes africanos pasados a las nieblas del olvido. Sin embargo, se hizo inmortal como esclavo, esclavo-rey. Se hizo inmortal como «Chico Rey».

La mazmorra donde están agolpados los prisioneros negros, futuros esclavos, está en los mismos bajos de un palacete donde viven los negreros. Estamos en la costa del Congo, en una base portuguesa.

Para los cristianos es el año 1740 del Señor. Es el año cuando la vida libre terminó para los cautivos.

Curioso cómo los subterráneos no están lejos, escondidos, invisibles. Aparentemente, los negreros podían vivir allí arriba, con sus familias, llevando una vida de placeres y sin sentir remordimiento ninguno, cuando pocos metros más abajo otros hombres, de color y esclavos, vivían las angustias del infierno que les había caído encima.

El infierno del los maltratos, pero sobre todo de lo desconocido, de ese mar inmenso que se les abre delante, del cual nadie de su raza había vuelto nunca. De allí sólo habían venido los barcos de los negreros, nada bueno.

La angustia de la libertad perdida, de las raíces arrancadas para siempre. Altos y fuertes como baobabs, nunca pensaron estos hombres que algo así podría pasarle a ellos.

Galanga está allí en una esquina. Nadie se atreve a acercársele: él está hundido en sus pesados pensamientos. Piensa en la batalla perdida, en la traición, en el enemigo más fuerte de lo esperado.

Cientos de los suyos murieron en el combate, y él también tuvo la tentación de hacerlo: ojalá las espadas de los enemigos llevaran su alma a los ancestros y lo convirtieran en un héroe inmortal en la derrota.

Pero no pudo hacerlo: aún derrotado y esclavo, su pueblo necesitaba de su rey.

Trescientos fueron los cautivos vendidos por los jagas, sus enemigos, a los blancos portugueses.

Con él, su reina, Djaló, y su hijo, Muyinga.

Djaló está separada de él, en la celda de las mujeres; Muyinga, aún pequeño, se encuentra con ella. Por lo menos están juntos en la desgracia.

Sus guerreros, a los cuales nunca les ha asustado la batalla, lo miran ahora titubeantes ante estas nuevas sensaciones desconocidas.

¿Adónde vamos, nuestro rey? ¿Qué será de nosotros más allá del inmenso lago del cual no se ve el fin?

Galanga no tiene respuestas para ellos, Galanga es un rey sin apenas poder.

Los días pasan angustiosos, sin que nuestros congolese vuelvan a ver la luz del sol. A la espera de que llegue un barco para cruzar el océano.

Allí está, es la *Madalena*. Sólo una puerta de madera los separa del barco. Nunca más volverán a pisar su tierra natal, están yéndose para siempre.

Antes de salir se reúnen en el patio del palacete: un señor en sotana negra les echa encima unas gotas de agua y les da nuevos nombres.

Ya pueden enfrentarse a los riesgos del largo viaje: Francisco Galanga, Francisco Djaló, Francisco Muzinga.

Un barco entero lleno de «Franciscos», que no había tiempo para pensárselo más.

Pero Chico Galanga será conocido desde ya como «Chico Rey».

Los días de navegación son largos y sufridos, los esclavos sin apenas posibilidad de moverse: son trescientos en un barco donde apenas cabrían la mitad, pero los negreros tienen que hacer el viaje rentable.

Y después llega la borrasca, la tempestad que no cesa.

Galanga piensa: «¿Será que se acaban aquí nuestros sufrimientos?, ¿nos tragará este mar, llevándonos para siempre?».

No, Chico, mucho peor que eso.

El capitán Gonçalves tomó la decisión más cruel: deshacerse del peso sobrante para salvar el barco.

Y el peso sobrante son las mujeres, las cuales son arrojadas al mar y, con ellas, Chica Djaló.

Las mujeres valen menos que los hombres en el mercado de los esclavos, su vida también tiene menor valor, pueden ser arrojadas al mar si no queda más remedio.

Chico Galanga quiere irse también al fondo del mar: «¿De qué sirve seguir viviendo si esa es la vida que me queda?».

Pero Chico es Rey, no puede dejarse ir; Muyinga y los otros todavía lo necesitarán en esa tierra maldita donde los están llevando.

La llegada: alivio o antesala de algo peor.

Antes de desembarcar, se esparce por el cuerpo de los esclavos grasas y tinta negra para que reluzcan más músculos allá en el mercado del Pelourinho.

Está hecho: Galanga y los suyos, hombres fuertes, se irán para Vila Rica, la capital del interior de Minas, de donde sale el oro.

La ciudad más rica y más próspera de América en aquel entonces, una auténtica bendición para las arcas de la colonia y de la corona portuguesa, que bien se cuida de asegurarse todos los beneficios de las minas.

Como más tarde Manaus con el caucho, u otros lugares agraciados (o desgraciados) por la fiebre del oro, la única actividad que contaba era extraer esa riqueza de las entrañas de la tierra. Y luego, consumir sus réditos de la forma más desenfrenada: nadie en Vila Rica se dedicaba a cultivar, a criar animales o a cualquier otra actividad.

Sólo cuenta el oro: acumularlo y gastarlo en fiestas infinitas; en construir palacetes, teatros; en hacer venir a los mejores artistas, pintores, escultores, músicos y sastres de la capital o, incluso, de Europa.

Todo lo que no sea el precioso metal viene de fuera, traído por los *paulistas*, que se enriquecerán vendiéndoles a los *mineiros* alimentos a precios, nunca mejor dicho, de oro.

¿Qué importa si de la tierra sigue saliendo oro sin cesar?

Si los *paulistas* traen alimentos y otras provisiones, son los *cariocas* los que se dedican al transporte de los esclavos de Angola o del Congo.

Aquí llega, a finales de 1740, en esa ciudad esperpéntica y

reluciente, tan diferente a las aldeas de su África natal o incluso de esa Bahía donde desembarcó Chico Rey con los suyos.

No todos trabajarán para el mayor Augusto, que le ha comprado a él y a Muyinga, pero todos lo harán en las minas, única actividad posible para los hombres de color en Vila Rica.

La mina del mayor Augusto no es ni la más grande ni la más generosa, los filones parecen estar agotándose, y por esta razón Augusto necesita de nueva mano de obra para abrir nuevas galerías, para entrar más en las entrañas de la tierra y así encontrar ese oro que empieza a menguar.

Augusto no es tampoco el más habitual de los patrones de Vila Rica: hombre austero, no se deja llevar por los entusiasmos de algunos de sus correligionarios, y no participa mucho de la vida de placeres de muchos de ellos.

Y eso que su mina está allí mismo en la ciudad, a pocos cientos de metros de la plaza central de Vila Rica, donde están los edificios más deslumbrantes.

Pero Augusto no sube a menudo esa cuesta empinada que lleva hasta arriba, se queda más bien en su propiedad para vigilar esas obras de excavación que tanto le preocupan.

Chico Rey ha traído energías frescas a la mina: su liderazgo es evidente, sigue siendo considerado un rey por sus hombres y, bajo su mando, se abren nuevos caminos entre las duras rocas.

Hasta esclavos de otras tribus, venidos de otras partes de África y que hablan lenguas bien diferentes a las de Galanga y los suyos, se dejan llevar por las energías de Chico, y aúnan sus esfuerzos con los congolese. La mina del mayor Augusto cobra nueva vida.

Tanto es así que Augusto no puede dejar de reconocer los méritos de Chico y le promete que, si se encuentran nuevos filones de oro, a cambio él le concedería la libertad.

Chico redobla los esfuerzos, y así los otros. Pero no todos aguantan la dura vida de las minas, sin otra perspectiva

que más y más trabajo, cada vez más adentro de las entrañas de la tierra.

Un día, todos los esclavos son convocados por Augusto y, atados, emprenden el camino cuesta arriba hasta la plaza.

Allí está montado un patíbulo preparado para el escarmiento. ¡Con qué angustia Chico divisa a Temure, el más valiente de sus guerreros, encima del estrado, atado de manos y pies, junto con otros cuatro negros!

Es el capitán general de Vila Rica, el general Gomes Vilalba, quien anuncia con voz solemne que los cinco esclavos, culpables de rebelión en contra de las autoridades establecidas, serán fustigados y después ahorcados: un escarmiento que recuerde a todos los esclavos de Vila Rica cuál es su lugar.

Chico mira atónito a Augusto y piensa: «¿Es este el futuro de los negros? ¿Son ellos los culpables que la tierra contenga siempre menos oro? ¿Qué de las promesas de libertad?».

Augusto no cruza la mirada de Chico, él también sabe que es injusto el destino de los trabajadores de las minas, y sabe que son naturales las ansias de rebelión de éstos.

Pero nada puede hacer para Chico Temure o para los otros, el látigo se obceca en doblegarles la espalda, en despellejarles, en venganza por ese oro que ya no quiere salir de las rocas.

Chico Rey llora para sus adentros, pero sus lágrimas no se ven: admira a Temure que, solo entre los cinco, llega vivo a la horca. Quién sabe si Temure le habrá visto a él, con sus ojos empapados en sangre y sudor, mientras subía al patíbulo.

Temure había reaccionado como un guerrero a su nuevo destino, y seguro que se ha ido a unir a los ancestros al otro lado del mar.

—Pero no es la rebelión el mejor camino —le arenga Chico Rey a los suyos, temblorosos y estremecidos por el cruel espectáculo, en la oscura noche de la *senzala*—. No es rebelándonos que volveremos a ser libres, es el trabajo que nos liberará: encontraremos al oro.

Una vez más la muchedumbre se calla ante el carisma de Chico, el rey de los esclavos. Y juntos le rezan a los dioses de sus tierras para que acojan a Temure y a los otros valientes, derrotados en su última batalla.

Y Chico también reza a los dioses del mar, que, aunque él no los conozca, seguro que habrán acogido con favor a Djoló y a las otras mujeres.

El trabajo sigue sin cesar, duro y desesperante, sin que el oro se digne aparecer.

Un día, cuando ya la esperanza está menguando y las fuerzas flaqueando, un derrumbe inesperado se lleva por delante a cuatro del grupo de Chico. Cuando éste llega a intentar rescatarlos, se encuentra con lo impensable: ¡oro, oro!, ¡filones de oro como nunca la mina de Augusto había tenido antes!

El sacrificio, el dolor, la muerte, habían dado sus frutos: la mina de Augusto volvía a renacer, producía más oro de lo que nunca se hubiera podido imaginar.

Chico Rey, el que hizo todo esto posible, recibe la prometida carta de libertad. Será el primer esclavo liberado de Vila Rica, objeto de escándalo y comentarios por parte de los otros patronos.

—¿Dónde terminaremos si liberamos a los esclavos? Se está acabando el oro y a ese loco de Augusto no se le ocurre otra cosa que darles la libertad —comentaban escandalizados.

Sin embargo, era Augusto el que estaba teniendo buena vista.

Ese mundo alocado, esa Vila Rica construida por y para el oro, tenía los días contados.

Chico Rey, una vez libre, no deja la mina, se vuelve capataz, ahora a cambio de un salario. Su experiencia y su empuje siguen siendo necesarios.

Claro que el trato a los esclavos cambia, aunque la mina del mayor Augusto nunca había sido de las peores.

Chico sigue viviendo con su gente, en la *senzala*, aunque en un camastro aparte, en señal de respeto al rey más que al capataz.

Pocos son sus gastos, todo lo ahorra, porque tiene un gran proyecto en la cabeza, un proyecto a la altura del rey que era y es: quiere libertar a todos los esclavos que pueda en Vila Rica.

Al cabo de pocos meses ya puede rescatar a su hijo Mu-yinga; después, poco a poco, va liberando a otros, conocidos o no conocidos, congoleseos o de otras proveniencias.

A muchos de los propietarios de minas no les hace mucha gracia esta situación, y menos todavía que el grupo de negros liberados se organice bajo el liderazgo de Chico, para aliviar el sufrimiento de sus coterráneos todavía esclavos, la gran mayoría.

Por otro lado, tanto el derecho como la moral católica están del lado de Chico, que se ha vuelto, como la mayoría de los esclavos, muy devoto, aunque en sus adentros los africanos también mantendrán, y durante mucho tiempo, la fe en sus dioses ancestrales.

Una de las medidas que más le ayuda a Chico en su esfuerzo de rescate de su gente es el acuerdo alcanzado con mayor Augusto: unos días al mes, el oro encontrado en la mina ingresa en las arcas de la asociación de Chico, que consigue así aumentar mucho más rápidamente sus ingresos.

Al cabo de los años, Chico ha conseguido liberar a varias decenas de esclavos. Un día Augusto, ya viejo y cansado, le propone algo sorprendente: venderle la mina cuya producción, también es verdad, ya estaba menguando otra vez.

Este fenómeno afectaba en esos años a todas las minas de Vila Rica y Mariana, la ciudad vecina.

Alrededor de 1750, el pique de producción aurífera de la región ha quedado bien atrás, y empieza el declive económico de Minas.

Pero sería injusto infravalorar en nuestra historia la contribución del mayor Augusto, un patrón que trataba a los esclavos mejor que lo hacían los otros, que tuvo el valor de liberar a Chico (primer africano libre de la colonia) en señal de agradecimiento por los esfuerzos prestados, y que supo ver, verdadera

excepción en sus tiempos, que implicar a los trabajadores en el esfuerzo de la mina acarrearía mejores resultados.

Augusto se mereció la vejez tranquila que tuvo, brasileño de sus tiempos que supo entrever el Brasil del mañana.

Mucho peor lo llevaron los patrones tradicionales, que habían malgastado en el pasado, y no supieron encarar la nueva realidad. Muchas fortunas se hicieron y deshicieron en pocos años, muchas familias del oro dejaron a Vila Rica con los años.

No así los africanos de Chico: siguieron trabajando en la mina, ahora de Chico Rey, como asalariados consiguiendo, a base de duro trabajo, pero trabajo libre, encontrar bastante oro durante muchos años.

Oro que permite liberar a más esclavos de Vila Rica, varios cientos de ellos, y hasta construir una iglesia allá encima de la cuesta más empinada de toda la ciudad: Santa Ifigenia, *Nossa Senhora dos Negros*, donde todas las estatuas, incluida la del Niño Jesús, son de color.

Esta fue la última gran obra de Chico Galanga, o Chico Rey como todos le conocieron.

Galanga fue rey en su país, y nunca perdió su firmeza y postura cuando ya dejó de serlo, a pesar de los inmensos sufrimientos que pasó.

Chico consiguió algo que parecía imposible cuando llegó en cadenas a Brasil: no tanto conseguir de vuelta su libertad, o comprar la mina, sino volver a dar esperanza y dignidad a su gente, que lo había perdido todo.

Los africanos de Minas no volvieron a cruzar el océano, pero sí recobraron una vida de hombres libres.

Chico Galanga, Chico Rey, es pues un gran brasileño, uno de los héroes de lo que será, unos años más tarde, el Brasil independiente. Cuya lucha para la libertad, la *inconfidencia*, se desarrollará a partir justamente de esa tierra de Minas.

No es de extrañar que en la Vila Rica de hoy, Ouro Preto, no sean los Reyes Magos los que llegan el seis de enero: el

viaje les quedaría muy largo y los camellos no cruzan el océano. Así que, ¿quién mejor que el mismo Chico Rey, bajando desde Santa Ifigenia en su manto dorado, rodeado de toda su corte negra, al son de los tambores y acompañado por las danzas de su gente?

Chico es primer héroe negro de Brasil, a la par de Zumbi, que huyó de la esclavitud de otra forma, escapándose con los suyos hacia los inaccesibles *quilombos*.

Luego vendrán Pelé y Gilberto, pero esa es otra historia...

HISTORIAS DE FAVELA

Novo Paraíso es una *favela* de Río, ni la más grande ni la más pequeña de la ciudad. ¿Quién sabe cuántas son de verdad las *favelas* de Río: cincuenta, cien, doscientas? Están allí, colgadas en los altos de la ciudad, gozando de las vistas más espectaculares, y de poco más. Algún burlón de la zona sur hasta podría atreverse a bromear sobre ello: «Fíjate tú que en Europa los barrios altos son los más cotizados. Aquí en Río les dejamos las mejores vistas a los de la *favela*, ¡y los barrios buenos los tenemos abajo!» Como decir que en Brasil todo se hace al revés.

Vistas o no vistas, ni un ciego paseándose por la «ciudad maravillosa» podría evitar divisarlas: están allí, en cualquier espacio libre, detrás de las casas «bien». Encima de ellas. Al lado de la carretera que viene del aeropuerto. Las *favelas* son Río.

Años atrás un proyecto bien intencionado, la cruzada de San Sebastián, en honor del santo protector de la ciudad (cuyo nombre entero, para quien no lo sepa es «São Sebastião do Rio de Janeiro»), intentó eliminarlas, substituyendo su precariedad con verdaderas casas. Se difundió el rumor, y a Río afluyeron miles para conseguir un pedazo del pastel. Que, claro, se quedó corto. Por muchas casas que consiguiera construir, siempre surgían más *favelas* por detrás.

Ahora nadie ya intenta «eliminarlas»: más bien hacerlas más habitables.

En Novo Paraíso, como en todas las otras, vive gente de todo tipo, pero sobre todo muy normal, con su vida «abajo», en oficinas, hoteles, restaurantes, tiendas, escuelas.

Por las mañanas bajan: a veces son pocos pasos y ya estás en la ciudad normal, ya nadie sabe que eres de *favela*. Por la

noche, todos vuelven cuesta arriba, que el autobús te deja muy lejos y después a caminar, que los de *favela* sí que tienen que tener buenas piernas.

A partir de las tiendas que quedan en la entrada las caras son cada vez más familiares: todos se conocen. Las calles no son horizontales, sino empinadas en vertical, la mayoría de las veces solo peldaños tras peldaños. Si un extraño entrase, lo cual no suele ser muy habitual, se perdería de inmediato en esta geografía azarosa.

En la *favela* vive gente como Rosa: a ella se le da muy bien cocinar bollos y pasteles. Parece mentira que con los medios escasos que están a su alcance puede hacer semejantes maravillas: pasteles de crema, fresa, el mejor pan de queso de los alrededores (de algo le sirvió tener una madre del interior de Minas). Rosa se levanta muy pronto, cuando la noche todavía es joven, y empieza a trabajar manos en la masa, ayudada por su hija Roseana, que está heredando toda su maña.

Cuando apenas empieza a nacer el día, Rosa y su hija ya lo tienen todo listo: bajan antes que nadie a llevar los bollos al puesto de Mario, que está allí abajo, justo al comienzo del barrio, donde la cuesta todavía es suave.

El *cafezinho* de Mario es de sobras conocido por todos, entre otras cosas porque suele ir acompañado por esos bollos tan sabrosos que le trae doña Rosa.

Los bollos se van tan de prisa que, después de la primera hornada, por la tarde hace falta una segunda. Rosa puede con todo, porque tiene toda la energía del mundo, y donde ella no llegue allí está Roseana, que la ayuda.

Lo que Rosa saca de su actividad no le da para mucho: sólo para vivir con lo mínimo y comprar más harina.

¿Cómo vas a enriquecerte en la *favela* vendiendo algo?

A Rosa hacer pasteles le gusta mucho, hace tiempo ya que aprendió a no abusar de ellos y, a pesar de pastelera, hasta se ha quedado con una buena silueta. En la *favela* no se encuentra

mal, la gente la quiere, la mima (con lo que los mima ella) y no deja nunca de decirle algo cariñoso cuando se cruza con ella en uno de los caminos empinados del barrio. Sí, porque en la *favela* otras cosas podrán faltar, pero cariño y buenas palabras eso sí que no faltan nunca.

Ya hemos dicho que Roseana la ayuda a Rosa: es muy joven, pero ya dejó de ir al colegio, abajo en la ciudad. Roseana está en la flor de su belleza, mulata adolescente de esas que llaman la atención. Princesas, pero de *favela*, que tienen muy pocas probabilidades de convertirse en reinas.

Rosa bien se enfadó cuando Roseana dejó de ir al colegio: por un lado la ayuda de su hija le servía mucho, que sus dos manos no daban abasto, pero sin educación, cómo vas a salir de aquello.

Roseana empezó a ayudarla, pero la verdad que después estaba muerta de sueño a la hora de irse al cole, así que lo fue dejando, un día después de otro. Rosa estaba dividida entre las esperanzas de un futuro lejano mejor para su hija, y un presente cercano un poco menos apurado. Hasta intentó hacerlo sola, pero a Roseana eso de ir a la escuela no la convencía mucho, y además los chicos eran muy agresivos allá abajo. Los de la *favela* no, que la fuerza se les iba solo por la boca (dentro de tu *favela*, conoces a los tuyos y te conocen, así que uno no se sale mucho de la raya), pero en la ciudad la belleza de Roseana no pasaba desapercibida, y los comentarios se estaban haciendo cada vez más salaces y directos.

Así que, entre una cosa y otra, Roseana fue dejando de acudir al colegio: su vida estaba cada vez más ligada a la de su madre y a los bollos.

Roseana tenía una amiga, la Dani, de su misma edad y tan guapa como ella. La Dani, mulata luciente que cuando sonreía el sol brillaba aún más fuerte que de costumbre, había tenido con la escuela la misma relación difícil que Roseana. Pero, al no tener ni la perspectiva de ayudar a su madre en algo (la madre

de Dani se dedicaba a tareas de limpieza en los barrios ricos que poco atraen a una joven muchacha), había escogido un camino que parece más fácil y atractivo, y que tantas *meninas* de Río emprenden sin saber en lo que se meten: el de las avenidas.

Al caer la noche, ¿cuántas de ellas bajan los morros vestida con colores chillones para dirigirse hacia las discotecas de Copacabana o las avenidas que bordan al océano?

Su capital lo tienen todo puesto encima: sus cuerpos atractivos. ¿Qué otra cosa tienen en el fondo? Dentro de sus bolsos baratos no hay mucho, pero raras veces falta una cruz, un pequeño Jesús o alguna otra imagen sagrada.

Sí, porque lejos de consideraciones morales que poca aplicación tienen en este mundo lleno de carencias, todas ellas no dejan de ser muy creyentes. El Dios de los pobres no se esfuma en las *favelas*, sino que se hace más fuerte, sea cual sea tu vida. Nadie piensa poder prescindir de él, nadie tiene tanto como para poder vivir sin él.

Así hizo la Dani, como muchas otras amigas lo habían hecho ya antes de ella: una noche bajó en grupito a una discoteca en la avenida Atlántica donde solían acudir muchos extranjeros, allá al lado de los hoteles caros.

Bailar al ritmo de la música que allí se tocaba ciertamente no era un problema para ella, que hasta había desfilado en la avenida de Sapucaí: a las brasileñas las piernas empiezan a moverse solas cuando arrancan las notas y además la música lo hacía todo más suave. Y bailando, bailando, fue inevitable que las miradas de algunos de esos gringos se fijaran en ella, en el ritmo naturalmente llevadero de su cuerpo y en algo más.

Algunos se fueron acercando, intentando seguir su ritmo con esa inigualable torpeza que tienen los extranjeros cuando intentan bailar música latina.

El primero que se atrevió a hablarle dijo llamarse Sam, pero nada más entendió Dani, porque el inglés eso sí que no lo dominaba, y el otro por las mismas andaba con el portugués.

Así que la conversación se apagó pronto, y el bailar tampoco daba para mucho, que las piernotas del tal Sam no podían seguir el ritmo.

Así que no fue Sam el primer acompañante de Dani, ni fue esa la primera noche en que ella se fue con alguno de esos. Al cabo de unas noches ella ya se hizo más experta en el juego ese y, desde entonces, fue bajando a la avenida casi todos los días después de cenar, para volver arriba a primera hora de la madrugada, cuando su tarea se terminaba, sus clientes se volvían a sus hoteles y ella reemprendía el camino de regreso.

No sin parar en el diminuto café de Mario y ser de las primeras en probar los bollos de Rosa y Roseana, que a esa hora estaban aún calientes y deliciosos.

Gracias a los bollos, Roseana esa tentación no la había tenido nunca, pero también es verdad que las chicas que bajaban a la avenida conseguían tener más dinero en sus bolsillos y comprarse más cosas. Aunque raras veces consiguieran tanto como para cambiar sus vidas.

Zé María había pasado por muchos empleos en su vida: camarero, ascensorista en una empresa pública, limpiabotas. Claro que su verdadera vocación había sido otra: de joven había hecho maravillas en las playas de la zona sur, driblando a todos los que le vinieran en frente en la cancha de arena. A Zé María la pelota se le pegaba en el pie, y no había forma de sacársela, aunque no llevara medias y botas. Era el rey del zigzag, y eso le gustaba tanto que hasta se olvidaba de pasar la bola o de chutar, menesteres vulgares comparados con el sublime *dribling* que tanto le gustaba.

Así que para el joven Zé María un partido no consistía en meter goles o en dar buenos pases, sino en coger la bola y no soltarla más. Ahora, esto en la playa de Botafogo le valía para llamar la atención de los espectadores ocasionales que admiraban sus virguerías, pero cuando se trató de pasar a algo serio sobre el césped, sus habilidades ya no cuajaron mucho con las

exigencias del juego de un equipo. Y de carrera profesional para Zé Maria ni se habló, que demasiado enamorado de la bola estaba para conformarse con compartirla con otros veintitantos.

Así que Zé Maria tuvo que dedicarse a otros quehaceres, sin duda menos artísticos, y con el tiempo sus bajadas a las playas se hicieron más raras, que el corazón ya no aguantaba mucho.

Zé María veía a las niñas pasar cuesta abajo y pensaba en lo bellas que eran, y lo desperdiciadas que estaban sus vidas al haber nacido en la *favela*. En otro barrio, habrían podido llegar a ser estrellas de telenovela, pero aquí tenían que bajar a atender a extraños.

Veía a Rosa cargando sus bollos y pensaba en el don que tenía esa mujer, y lo bien que lo hubiera podido hacer en un restaurante en Copacabana o en Ipanema, si estos hubieran sido lo suficientemente listos para contratarla.

Zé Maria, como muchos otros en Novo Paraíso, tenía cierta dificultad con las letras. No que no supiera leer y escribir, pero mucha práctica no tenía. Cuando le llegaba una carta de unos de sus primos en Alagoas, o de su hermana que se había casado con un gaucho y que vivía en Pelotas, esas se entregaban abajo, en el café de Mario, que después mandaba uno de los muchachos a avisarle, a él como a otros muchos en la *favela* cuando llegaba correo.

Sí, porque lo que pasaba era esto: que como las *favelas* eran agrupaciones espontáneas e ilegales, surgidas allí donde sus pobladores habían querido, sus calles no tenían nombres, y el correo no podía llegar directamente hasta ellos.

En efecto, las calles de las *favelas* no tenían nombre, porque nadie se había preocupado nunca de bautizarlas, lo menos oficialmente. Sus nombres las calles bien los tenían, pero eran del tipo de: «allá en lo alto, donde Rosa la de los bollos» o «pasado donde vive Zé Maria, el que driblaba hasta a los ángeles».

Claro está, estas direcciones tenían un uso, digamos, interno en Novo Paraíso, pero resultaba algo difícil emplearlas para

la gente de fuera. Así, los que recibían cartas normalmente les decían a sus corresponsales que las dirigieran a «Novo Paraíso» no más. Que el cartero ya sabía que las tenía que dejar donde Mario, que antes o después todos pasarían por allí.

De hecho, una carta dirigida a «José Maria Guimarães Cunha-Novo Paraíso-Rio de Janeiro» no suena mal, pero a Zé Maria le hubiera gustado tener una verdadera dirección, como las tenían allá abajo en los barrios «bien».

Una de las razones que el correo no distribuyera directamente en las casas tenía que ver con el hecho que el cartero nunca había sido alguien de la *favela*.

Con esta fama que las *favelas* tienen de lugares peligrosos, ningún empleado de correos que no fuera residente allí se había atrevido nunca a entrar a entregar el correo personalmente. Además, al no ser de allí, hubiera que tenido que pasarse el tiempo preguntando a unos y otros por donde ir: así que mucho mejor dejar los sobres, que tampoco eran muchos, abajo donde Mario, y de paso tomarse un panecillo de queso, que los de allí eran los mejores en muchos kilómetros a la redonda.

Así que Zé Maria, acostumbrado a ser alguien simplemente de Novo Paraíso, con todo lo que ello comporta, quedó encantado cuando se difundió por el barrio el rumor que los del ayuntamiento vendrían a nombrar las calles. Se trataba, al parecer, de un programa impulsado por el recién elegido presidente de la república, un señor que, si no era de *favela* él mismo, había nacido bien pobre allá en el Nordeste, y después había sido obrero metalúrgico y sindicalista.

Ese programa preveía dar un nombre a todas las calles de las *favelas*: claro está a alguno le podría parecer que, más que darles nombres, hubiera sido mejor rehacerlas por completo y construir mejores casas para la gente. Sin embargo, a Zé Maria le pareció muy bien que se empezara por los nombres: por la primera vez en su vida iba a tener una dirección completa, que

fuera suya y sólo suya y además, ¿no empezaba la vida de un cristiano con darle un nombre a la criatura?

A falta de instrucciones más precisas, los moradores de la *favela* se reunieron un día en la plazoleta de la *favela* (estaba a media cuesta, y más que una plaza se trataba de un lugar donde la conformación del terreno había obligado a hacer un ensanche entre las callejuelas), y empezaron a discutir qué nombre querían para su calle.

La fantasía de unos y otros empezó a volar en todas las direcciones, y numerosas hojas de propuestas fueron escritas ese día. No contaban los habitantes de Novo Paraíso con la burocracia estatal, que pocas veces combina con la creatividad de la gente.

El día que los primeros emisarios del ayuntamiento llegaron a tomar los datos cartográficos necesarios para legalizar la *favela*, se encontraron con un representante de la *favela*, que no era otro que Mario, el de los cafés, que les entregó una hoja bien escrita con los pedidos de cada uno.

Claro que resultaba difícil aceptar algunas de ellas, como la de «calle de las mujeres bonitas», propuesta para la cuesta donde vivían las tres hermanas Preto y su madre Marga, más cautivante aún que sus hijas. No por otra cosa, sino por los celos legítimos que se podían provocar en otras partes del barrio, donde no faltaban otras hermosuras.

«Calle del gordo» también fue rechazado, no porque Tomás, el aludido, no lo fuera, que ni él podía negarlo, sino porque de gordos había tantos por allí, misterios de la mala nutrición, que hubiera resultado engañoso bautizar a una calle sola de este modo.

Pero las *favelas* en Río son muchas, y aún siendo la fantasía de sus gentes casi inagotables, resultaba casi imposible para los empleados del ayuntamiento encontrar nombres nuevos para cada callejuela.

Así que se alcanzó el siguiente compromiso: el nombre de una calle se podía repetir, con tal que fuera seguido por la indicación del barrio en el cual se encontraba.

Argumentando Zé Maria que desde su parte de Novo Paraíso se divisaba a lo lejos el Maracanã, lo cual justificaba que su calle fuera bautizada con nombre de futbolista, él consiguió que a su trecho le bautizaran «Rua do Garrincha», que había sido el mejor de siempre. O por lo menos así a él se lo habían transmitido.

Claro, otros se quedaron con Rey Pelé o con Zico, pero Garrincha había sido inigualable en la cancha y fuera (ay, cuántas había tumbado en sus días el gran campeón).

Así que la calle de Zé Maria quedó dedicada al gran campeón de antaño y, siendo su casucha la primera, desde entonces Zé Maria tuvo la satisfacción de tener como dirección «Rua do Garrincha 1-Novos Paraíso-Rio de Janeiro». ¡Eso sí que es zigzaguear!

Normalmente la gente cree que la *favela* es un lugar violento, opresivo, poblado de mala gente. No suele ser así: la *favela* es un lugar ciertamente pobre, donde vive gente que si pudiese trasladarse a mejores zonas lo haría. Pero al mismo tiempo es gente normal, con sus penas y sus alegrías. Nada de criminales a la fuerza o deshonestos.

Claro que a veces el crimen organizado, o algún violento, toma posesión de sus calles, en las cuales la Policía no se atreve a meterse. En esos casos, la vida de la *favela* se apaga progresivamente, el miedo se adueña de todos, la maldita droga empieza a circular y a corroer las relaciones entre sus habitantes.

Así pasó en San Bento, el morro de atrás, donde un grupo de traficantes impuso su regla y donde otros, al cabo de un tiempo, intentaron arrebatársela.

Un día, un tiroteo especialmente violento llenó el aire de San Bento. Todos sus habitantes estaban cerrados a cal y canto en sus casa a esperar que acabase el vendaval surgido entre la banda del Cabelludo y la de Pintão por el control del tráfico en la *favela*. Todos estaban encerrados, salvo Maria, que se arriesgó a ir a por leche donde su vecina Joana: se había quedado sin ella, y su hija la necesitaba. La mala suerte quiso que

una bala perdida le diera en el estomago cuando ya estaba volviendo hacia su morada.

Aun tuvo la presteza de ablandar su caída, para no dañar al hijito que tenía en su vientre, y después se quedó tirada así, apoyada en un flanco. Y perdió el conocimiento.

La suerte, relativa claro está, quiso que el tiroteo terminara poco después. Cuántos dejaron allí sus vidas no se sabe, que esta contabilidad no suele ser muy precisa en esos parajes, y quién ganó tampoco viene a cuento: el que prevalezca siempre tendrá a corto plazo un nuevo contrincante.

Las que nos importan son las vidas de María y de su hijo aún sin nombre.

Acabado el tiroteo, corrieron los vecinos a socorrerla. Todavía estaba con vida, aunque parecía que poco lo quedaba, y menos esperanzas aún quedaban de salvar a su vástago.

Pero el hospital más próximo no quedaba tan lejos, sino justo afuera de la *favela*, y desde allí subieron unos enfermeros que se llevaron a la desafortunada.

La suerte parecía echada, pero la historia iba a tener otro final.

Esa misma noche, en un hospital como tantos de Rio de Janeiro, Brasil, se intentó una operación arriesgada y casi imposible: operar a una madre y a su hijo, el más joven herido de bala de la historia de la humanidad.

Y el doctor Roberto Corrêia, que había rechazado ser cirujano plástico como su hermano mayor, consiguió una gran hazaña: ¡sacarle la bala del estomago del niño, y al mismo tiempo del de la madre!

Claro que el azar ayudó mucho: la trayectoria de la bala no afectó partes vitales de la madre, y por lo visto entró en el cuerpo del bebé de una manera que, milagrosamente, no le segó la vida.

Ya al operarla a María también se le efectuó una cesárea, y así nació un bebé que, entrado al hospital en condiciones críticas aún antes de nacer, salió de él herido, pero bien vivo.

Al día siguiente, el hecho estaba en la primera plana de todos los periódicos nacionales y hasta en el resto del mundo. La misma CNN vino a hacer un reportaje de esos que después de verlos no sabías si lo que impresionaba más al periodista era el hecho en sí, que en Río un niño pudiera ser impactado por un tiro aún en el vientre de su madre, o que en un hospital brasileño se hubiera conseguido semejante hazaña.

El doctor Roberto se volvió famoso por un día, y las telespectadoras de todo el país comentaron que además de héroe era buen mozo. A él, este segundo aspecto le traía bastante sin cuidado, pero sí le llenaba de orgullo haber conseguido lo que parecía imposible. Roberto pertenecía a una generación entera de médicos, pero ya hemos dicho que, a diferencia de su hermano, que había hecho una fortuna gracias a su clínica privada en la Barra, había preferido dedicarse a la medicina en un hospital público. Era su forma de ver la vida y la profesión.

Hasta habría podido salir ya de ese hospital situado en una zona conflictiva. Su madre se lo recordaba una y otra vez: «estás rondando el peligro cada día». De hecho ya había pedido el traslado a otro establecimiento más tranquilo, pero el éxito conseguido con la operación de María y su bebé (que todavía no tenía nombre, pero tenía ahora muchas probabilidades de volverse un Robertinho) le reafirmó en sus ideas y a los pocos días fue a pedir la anulación del pedido de traslado.

El clamor ligado al incidente de María impulsó el Gobierno del Estado a mandar a la Policía Estatal a tomar militarmente el barrio: esto obligó a los traficantes que habían triunfado en la guerra de bandas, y los pocos entre los perdedores que habían sobrevivido, a desaparecer del lugar y escaparse quién sabe dónde.

Así quedó demostrado una vez más que no hay mal que por bien no venga: la mala fortuna de María y Robertinho forzó una situación por lo demás enquistada, y por lo menos durante un tiempo la vida en San Bento mejoró.

Como ya hemos dicho, en Novo Paraíso nunca se había llegado a esos extremos: el tráfico nunca había conseguido penetrar la *favela*. Algún que otro pardo y listillo sí que vivía por el barrio, pero practicaba sus artes fuera de allí, y por suerte la droga si entraba por el barrio para el consumo de algunos, por lo menos no circulaba por él.

Así que si no podemos afirmar que Novo Paraíso fuera el lugar más feliz del planeta (por otra parte, levante la mano quién tiene la fórmula para medir la felicidad), sí podemos atrevernos a decir que en la vida discurría bajo patrones de relativa normalidad. Dentro de una precariedad ligada a las escasas oportunidades.

Sí, quizás podemos argumentar que, puestos a elegir, los habitantes de esa *favela* tendrían cada uno un sueño diferente, pero que se podía resumir en el siguiente: «lo que queremos es una oportunidad, que se nos tenga en cuenta».

Al poco tiempo de pasar lo de María y su pequeñín en el cercano San Bento, los habitantes de Novo Paraíso notaron movimiento en un chiringuito al lado de la Iglesia Evangélica. Lo de la Iglesia no penséis que fuera nada del otro mundo: más bien un pequeño local donde cabían unas cuantas sillas y donde acudían los fieles cuando el padre Francisco, un joven sacerdote que no vivía en el barrio, venía a dirigir las ceremonias religiosas o a hablar con los fieles.

Al lado del local de la iglesia estaba otro igual, que llevaba un tiempo desocupado. Allí se vio un día al padre Francisco llegar con un chico joven de fuera, que llevaba una pantalla de ordenador. Después trajeron otros pocos, y al final del día estaban instalados en el local cuatro ordenadores, con sus respectivos teclados y ratones.

Allí se quedó la cosa, y la puerta fue cerrada con un buen candado.

Al día siguiente, cuando ya el rumor había circulado que algo raro estaba pasando, Francisco, otra vez acompañado por

ese joven, recibió a los que acudieron a la iglesia con una gran sonrisa y una novedad aún más grande. ¡En ese local se iban a dar cursos de informática!

Los asistentes, no precisamente los más jóvenes residentes de Novo Paraíso, se miraron atónitos: eso, ¿qué iba con ellos? Eso era muy complicado y además, si apenas muchos de ellos sabían escribir, cómo iban aprender a manejar un aparato tan sofisticado, y además ¿para qué?

Mario, el de los cafés, fue el primero en hacer la gracia:

—¿Será que esa máquina imprime billetes?

Carcajada general, y otro en seguida dijo:

—Billetes no, pero si es por eso ni café te va a sacar —y mirándola a Rosa—, ¡imagínate los bollos!

El padre Francisco no se enojó, les dejó terminar los comentarios jocosos y después dijo:

—Queridos, aunque no os lo creáis, este joven que aquí veis, que se llama Rodrigo, me ha propuesto montar esos cursos porque está convencido, y yo le hago confianza, que la informática es más simple de lo que parece, y que os puede ayudar en mucho. ¡Oigamos lo tiene que decirnos!

Rodrigo, no muy alto, delgado, con una apariencia de menos de treinta años, vestido en vaqueros y *T-shirt* buena, pero sin pretensión, sonrió afablemente, miró a sus interlocutores y empezó a hablar:

—Sí, soy consciente de que os pueda sonar raro, porque hasta ahora nadie se ha tomado la molestia de decíroslo, pero eso de los ordenadores es mucho más simple de lo que podáis imaginar, y familiarizarse con la informática os puede venir muy, pero muy bien.

Mirando a Mario, le dijo:

—Tú hablaste de fabricar dinero, pues aunque te cueste creerlo imprimir billetes no, pero el buen uso de este artilugio os puede abrir nuevos caminos, y eso sí que puede traer dinero para ti y para tu familia. Café y bollos no va a hacer,

pero quién sabe que no os pueda servir para mejorar vuestra organización y sacar algo más de beneficio.

La mayoría de ellos no lo veían claro.

— Y tú, ¿quién eres?, ¿quién te manda?, ¿para qué lo haces? Tú no eres de la *favela*, ¿por qué te tenemos que escuchar? —espetó uno.

—Mirad, es verdad que no soy de aquí. Podéis pensar que pertenezco a otro mundo, y en cierto sentido es verdad. Soy carioca como vosotros, no vivo muy lejos de aquí, pero es verdad que hasta ahora no había subido mucho a los morros. Soy informático, estudié en la Universidad de Río y después hice un máster en Estados Unidos. De vuelta a Brasil, he ido trabajando de consultor, ayudando a empresas a organizar sus negocios con arreglo a las nuevas tecnologías. Me ha ido muy bien, pero la verdad que no me satisfacía mucho mi vida dedicada plenamente a mis clientes. Estoy convencido de que el potencial de la informática va mucho más allá de organizar negocios para que sean más rentables. Puede cambiar vidas. Por eso me he desenganchado parcialmente de la consultora, a la cual ya no me dedico a jornada completa, y he conseguido convencer algunas empresas con las cuales he trabajado de que me dejaran un poco de material para montar unos cursos —le respondió Rodrigo.

Los que escuchaban no es que hubieran entendido todo, pero al chico se le veía sincero y bien intencionado. Así que a los pocos días, Roseana, atraída más por el buen aspecto de Rodrigo que por su confianza en el potencial del conocimiento informático, y Rosa, empujada a ello por la hija, se animaron a empezar los cursos.

Los demás decidieron esperar acontecimientos, que pensaban que eso no duraría mucho.

Los comienzos no fueron fáciles, pero con empeño y buen humor, y dejando de lado la teoría para adentrarse más bien en la práctica, Rosa y Roseana fueron aprendiendo a escribir un texto, hacer cálculos, enviar correos electrónicos.

Rosa, que en la escuela no había estado nunca, quedó encantada con el corrector de textos, que le permitía darle una arregladita a la ortografía un tanto compleja del portugués. Empezó a tomarle gusto a la cosa y al final de las clases ni notaba la fatiga al subir las callejuelas hasta su casa.

Al ver su cara llena de felicidad uno y otro se fueron apuntando, tanto que hubo de hacer tandas separadas, porque el local no daba para más.

Rodrigo también trajo unos juegos para el que quisiera empezar a romper el hielo por allí, y por «h» o por «b» medio barrio estaba ya involucrado en el proyecto.

Al cabo de un tiempo, se organizó la primera ceremonia de entrega de certificados de asistencia, y la primera en recibir uno fue, claro está, Rosa.

Pero la cosa no termina aquí: Rosa, con la ayuda de Roseana y de Rodrigo, diseñó una página Web para dar a conocer sus bollos (www.docesdarosa.br). Gracias a ello, consiguió montar un sistema de venta en todos los alrededores de la *favela*, incluyendo algunos restaurantes de la playa, y su pastelería familiar tuvo que expandirse.

A Mario no le quedó más remedio que admitir que sí, el ordenador podía imprimir dinero, aunque fuera de forma indirecta. De hecho, él puso en una esquina de su puesto un pequeño Internet-café, o sea una pantalla conectada a la red en frente de la cual los jóvenes del barrio empezaron a agruparse.

A partir de los cursillos, Roseana también le volvió a tomar gusto a la escuela, y se matriculó en una academia para ser secretaria.

La escuela de *samba* del barrio, que vegetaba, falta de recursos, en la segunda división del carnaval sin poder nunca subir a primera, puso en red sus trajes del desfile de ese año, y reservó unas plazas para unos gringos que pagarían para desfilan con ellos (solo faltaba que no pagasen, ¡con lo mal que baila-

ban!). De allí resultó un pequeño margen, y a ver si el año que viene la Poderosa va a dar el gran salto.

Otros tuvieron la idea de organizar unas vueltas turísticas de la *favela*, como ya hacían los de la Rocinha: un poco más baratos, que Novo Paraíso es advenediza en el negocio, pero con el tiempo....

Quien hizo una cosa, quien hizo la otra, desde ese día la *favela* ya no fue la misma. Muchos de sus habitantes se habían conectado con otro mundo, y eso gracias a la idea de un consultor al cual su trabajo, envidiado por muchos, le quedaba corto.

Quien no sintió la atracción de lo digital fue Dani, la bella mulata que pasaba las noches fuera del barrio.

Pero hasta para ella su momento llegó, y de la forma más inesperada. Un día subió el morro toda animada porque, gracias a unos contactos hechos en la discoteca donde iba a bailar, había conseguido salir en *Playboy*, el trampolín de lanzamiento de tantas fortunas en el mundo del espectáculo en Brasil.

Venía con la copia aún caliente de imprenta para enseñársela a sus amigas, empezando por Roseana, que ni se paró donde los chicos en frente del Internet-café, que la miraron con unas sonrisas diferentes a las habituales: tenía mucha prisa de llegar arriba.

Las amigas no pararon de felicitarla, ¡menudo éxito el suyo! Y a Roseana se le ocurrió que quizás las fotos de su amiga estuvieran también en la edición en línea: bajaron al chiringuito y...allí estaban, no todas por cierto, sino una sola, como anzuelo, que para la edición completa había que pagar o irse al quiosco.

A Dani le pareció fantástica esa nueva dimensión de sus imágenes y también decidió que se metería en ello.

Mientras tanto, Rodrigo ya se veía menos por el barrio: su proyecto había llamado la atención de otras comunidades, en Río y fuera, y había fundado una cooperativa para gestionar proyectos semejantes en todo Brasil. Hasta un organismo

internacional se estaba interesando por su experiencia para reproducirla en otros países.

Una empresa brasileña, al enterarse del éxito en Novo Paraíso, sacó la idea de producir unos ordenadores simplificados y baratísimos, que solo contenían los programas esenciales necesarios a un usuario principiante, y comenzó a difundirlo por todo el país con costes bajos.

Vamos, que en Novo Paraíso se gestó algo importante: y a Rodrigo no faltó quién la avisara que comprase el último *Playboy*, que se iba a encontrar con algo muy autóctono.

Para que después nos vengan a decir que en la *favela* son todos delincuentes.

YENDO AL COLEGIO

Brasilia, la sorprendente capital federal de Brasil: ciudad de líneas arquitectónicas limpias, de espacios vacíos, de naturaleza exuberante, de majestuosa luz. La capital de Brasil es un lugar realmente especial: quien no la conoce suele despreciarla, dedicándole un par de definiciones recibidas por otros (fea, aburrida). Sin embargo, quien la ha frecuentado a fondo, pasando allí más de pocos días, la aprecia mucho más, y la quiere para siempre.

En teoría, la ciudad tenía que ser un himno a la modernidad, a la funcionalidad, a la organización, la imagen de un nuevo Brasil que surgía en su inmenso interior, viniendo a completar el país que los portugueses se habían limitado a establecer en sus lujuriosas costas tropicales. Construir desde la nada una capital en el interior tenía como objetivo enlazar ese Brasil marítimo con el inmenso continente a sus espaldas, el país original habitado por los indios y abundante en recursos naturales.

Tuvo que ser un hombre del interior, un *mineiro* de apellido extraño, y por lo tanto bien brasileño, quien impulsara un proyecto cuyas bases se habían fijado bien antes: la expedición que había recomendado el lugar para construir la nueva capital había tenido lugar en 1892, y había elegido esa inmensa meseta prácticamente deshabitada en el estado de Goiás, a unos ochocientos kilómetros de la costa. Bien lejos del Brasil que contaba en aquel entonces (Rio, São Paulo, Minas Gerais). Pero mucho más lejos, y así aclaramos otro tópico frecuente, de la selva amazónica, que se sitúa a no menos de mil quinientos kilómetros al norte. Cuando se dice que la nueva capital fue construida en el «medio de la selva», hay que entenderse. Lo que se está dicien-

do es que fue edificada en una zona que los brasileños definen *mato*, o sea bosque. Pero dicho bosque no es para nada la selva amazónica que en seguida se asocia a la idea de Brasil, sino una meseta de vegetación baja, que podríamos definir mejor como sabana, salvo que diciendo así todos pensarían en África. Los brasileños lo definen *cerrado*.

Intentar construir una capital en el medio del Amazonas hubiera sido, aparte de muy poco práctico (en la época en la cual se decidió el emplazamiento de Brasilia, el recorrido entre las ciudades del Sur y el norte amazónico tomaba lo menos un mes de barco), físicamente imposible, dado que la selva suele volver a crecer muy rápidamente y el trabajo de derrumbamiento de los árboles hubiera sido gigantesco, una especie de tarea de Sísifo.

Más realista era construir una capital en esa meseta bien fornida de agua, de tierra fértil y no separada por ningún obstáculo natural de envergadura de la costa atlántica, aún bastante lejana.

Kubitschek se llamaba el presidente que volvió a desempolvar el proyecto capitalino, Costa el urbanista que concibió el plan urbano, Niemeyer el arquitecto que llevó a cabo los edificios principales.

Cuarenta años más tarde, es difícil decir si las inspiraciones originales fueron colmadas. Brasilia como fuente inspiradora de un nuevo concepto de ciudad quedó seguramente corta: la división del tejido urbano en espacios separados por funciones no ha llegado a ser imitada, ni a funcionar por completo en la misma Brasilia.

Sin embargo, la ciudad ha crecido más allá de los límites de su proyecto original sin perder su esencia, y se ha convertido en una ciudad agradable para vivir, siempre y cuando no se limite uno a pasear por las fantasmagóricas zonas centrales.

Pero el impulso al Brasil del interior sí se dio, y todo el centro-oeste de Brasil se ha vuelto una nueva frontera en cons-

tante crecimiento. Que Brasilia se haya además convertido en el centro de la vida política está claro también, pero que eso sea un gran éxito lo está bastante menos.

En los planes originales de Costa, la ciudad no debería haber excedido un determinado número de habitantes, que se desplazarían en coche de un sector a otro de la urbe (sí, se llaman así: sectores).

En ese contexto optimista y desarrollista ya no cabía la pobreza, que ese Brasil afianzado y futurista iba teóricamente a eliminar en pocos años. No fue precisamente así, y en las avenidas sin aceras se desplazan muchos peatones a los cuales los arquitectos no les han hecho la vida nada fácil.

Al Brasil próspero y motorizado no pertenecen Wagner y Robert(inh)o, dos niños que corretean por las avenidas desde primera hora de la mañana intentando hacer trabajitos: limpian cristales en los semáforos, zapatos a los peatones, a veces tienen productos baratísimos para venderlos aún más baratos. Entre tanto, corren, juegan al fútbol, regateándose el uno al otro con chapas, balones hechos con hojas de periódico o trapos.

Wagner y Robertinho tienen nueve y siete años, pero aparentan más de su edad. Han crecido en la calle, y de ella han extraído todas sus astucias, sus mañas.

No han ido al cole nunca, apenas saben lo que es: adivinan lo que está escrito por intuición o por lógica, no por haber podido leerlo.

Técnicamente, Wagner y Robertinho no forman parte de los famosos «niños de la calle»: de hecho, nunca duermen en ella, sino que siempre que vuelven al hogar cuando cae la noche o más bien cuando por las calles queda poco negocio por hacer.

El hogar no es que sea gran cosa: poco más de una cabaña en una de muchas ocupaciones que salpican el territorio del Distrito Federal. ¿Qué es una ocupación? Es tierra virgen o desocupada, destinada en el caso de Brasilia, a quedar vacía en homenaje a la concepción arquitectónica original de la ciudad.

Dentro de la Brasilia propiamente dicha no hay muchas de estas ocupaciones, pero en el más amplio Distrito Federal, en el cual han surgido a lo salvaje muchas ciudades que Costa y Niemeyer no habían planificado, sí hay bastantes.

Wagner y Robertinho viven en una muy conocida, que ya no se puede definir ni ocupación, sino verdadero asentamiento casi legalizado. Se encuentra en la misma «ala sur» de Brasilia, allá donde acaba el sector de las embajadas, la última de la cuales es la de Irak.

Muchas casas son de ladrillo, el latón y la lona negra han desaparecido casi por completo. Hasta Paulo, el padre de los niños, ya ha conseguido levantar cuatro paredes de ladrillo, recuperando aquí y allá en unas cuantas de las obras en las cuales es empleado de forma esporádica. Sí, porque Paulo es albañil, no un gran artista para decir toda la verdad, pero un honesto peón de obra que, a buenas o malas, consigue trabajar la mayoría de los días en las siempre numerosas obras de construcción en la capital.

Paulo tiene esa tez indefinida, más bien oscura, típica de los nordestinos tostados por el fuerte sol de la meseta de Goiás.

Vino como muchos, desde el pueblo allá en el Norte, a probar fortuna en la capital: en autobús, un viaje lento y pausado que le llevó a la estación, situada allá donde confluyen las dos alas que forman la ciudad.

Había venido solo, pero no tardó mucho en toparse con la bella Luana, nordestina como él, aunque de otro estado: en los sueños peluquera, pero que a tanto no había llegado y se limitaba a chapucear un poco en las cabezas de las vecinas en los fines de semana.

En lugar de peluquera, Luana ejerce de limpiadora en casas, aunque ella también con mucha irregularidad.

Luana y Paulo tuvieron dos hijos casi en seguida, impulsados por esa fogosidad amorosa tan frecuente en esos parajes y aunque no se casaron nunca, son una familia más estable que muchas otras por allí.

La opción de ir al cole Wagner y Robertinho no la tuvieron nunca, porque ni Paulo ni Luana lo habían hecho nunca ni tenían claro que eso sirviese de algo. Los colegios no estaban muy lejos, solo hacía falta cruzar las avenidas para entrar en el sector correspondiente, pero mucho más ancha era la distancia entre su mundo y el de allá.

Los niños se habían acostumbrado hacía mucho a pasar el día por su cuenta por las calles de Brasilia, intentando acumular lo suficiente para comer ese día y eventualmente llevar algo para casa.

Un día de verano, al caer la tarde, Paulo volvía de trabajar en una obra en el ala norte, donde aún queda mucho terreno por edificar. Al entrar en el asentamiento, se topó con Nelson, el cartero de la zona, que le entregó ceremoniosamente un sobre dirigido a él: la verdad que Paulo no era destinatario frecuente de correspondencia, ya que prácticamente no tenía ninguna relación con personas que supiesen escribir.

Así que como mucho, Paulo podía recibir cartas oficiales, y eso gracias a que hace poco se había dado cierto viso de legalidad a la presencia de los moradores del barrio espontáneo, mediante un programa de empadronamiento impulsado por el nuevo Gobierno.

Era la primera vez que Paulo recibía una carta de ese tipo: en el sobre reconocía el símbolo del Gobierno del Distrito Federal, información esa confirmada por Nelson.

—¿De qué se trata, Nelson? ¿No será que nos quieren echar de aquí?

—Qué va, ¡Paulo! Todo lo contrario. De aquí ya no os echa nadie. No, parece que tiene que ver con la escuela de los niños, ya he entregado varias por allí.

—¿Qué diablos de escuela? Mis niños nunca han ido.

—Pues de eso se trata. El gobernador quiere conseguir que todos los niños que no acuden a los colegios públicos tengan acceso a ellos.

Paulo se quedó mirando a Nelson con cara de perplejidad. ¿De qué iría eso? ¿Desde cuándo alguien se ocupaba de niños como los suyos? Esto olía a trampa.

Paulo cogió el sobre, lo escondió en su pantalón y se dirigió hacia su casa.

Al llegar, no le dijo nada a Luana, con la cual se limitó a intercambiar pocas palabras antes de salir para el puesto de bebidas de Jacinto, donde de todo se habló esa noche menos que de colegios, dado que nadie parecía haber abierto todavía esos sobres.

Cuando Paulo volvió a su casa, Wagner y Robertinho estaban en el patio: Paulo los fue mirando desde la distancia, pero apenas recordaba ya lo de carta, todavía enfilada en su pantalón.

Paulo les gruñó algo, les pidió que entraran, pero sin decirles nada de lo ocurrido. Aprovechando que Luana estaba fuera de la habitación, escondió el sobre debajo de la televisión, donde no se divisaba su presencia, y se echó a dormir.

Al día siguiente, cuando Luana movió la tele para poder ver la novela de la tarde, se encontró con el sobre, en el cual llegó a leer que se trataba de una carta del Gobierno del Distrito Federal. Luana, algo menos sospechosa que Paulo, la abrió, pero realmente le costaba entenderla, que apenas sabía leer.

Le llevó la carta a Joana, vecina suya y clienta ocasional de su peluquería informal. Al ver la carta y el sobre, Juana la reconoció de inmediato: se trataba de las comunicaciones del Gobierno acerca del lanzamiento del nuevo programa «Bolsa-Escuela»: ya varias familias la habían recibido en el barrio.

Joana le leyó el contenido de la misiva a Luana: la iniciativa tenía como objetivo alfabetizar a los numerosos niños del Distrito Federal que no acudían al colegio a pesar de su obligatoriedad. Los datos al respecto eran escalofriantes, pero de poco valía insistir en la letra de la ley. ¿De qué sirve recordarles a los pobres que tienen que mandar a los niños al colegio, si exigencias más urgentes priman sobre esa obligación?

Lo novedoso del programa era su concepción. ¿Por qué las familias no enviaban los niños al colegio? No tanto porque no quisiesen hacerlo, sino porque ello constituía un coste insoponible para sus economías tan precarias. No porque la matrícula fuese cara: las escuelas públicas son gratuitas en Brasil, no como las privadas que cuestan una fortuna. Pero, al pasar sus días en el colegio, los niños ya no contribuyen al presupuesto familiar con sus trabajitos irregulares, hechos aquí y allá: pequeñas chapuzas sin futuro que, sin embargo, sirven bastante para apuntalar las rentas realmente mínimas con las cuales tienen que contar tantas familias brasileñas.

La mayoría de los padres, agobiados por las dificultades del día a día y carentes ellos mismos de un pasado en la escuela, pocas veces consiguen valorar lo importante que sería para el futuro de sus niños alcanzar una educación más alta. Así que el mecanismo perverso se perpetúa, no sólo en las aldeas remotas donde no se consigue mantener abierto un colegio, a falta de profesores suficientemente motivados para vivir una vida de sacrificios en el medio rural, sino en el mismísimo Distrito Federal, que las estadísticas sitúan en lo más alto de la renta por persona de todo el país.

El nuevo programa «Bolsa-Escuela», concebido por un grupo de profesores de la Universidad local, intentaba ir a la raíz del problema: dado que los niños no acudían al colegio por tener que contribuir al mantenimiento de la familia, se proponía pagarle un sueldo a las familias que mandasen sus hijos al colegio. Una renta de substitución, que quitaba a los niños de la calle sin perjudicar económicamente a las familias.

Una idea sorprendente por su simplicidad, pero prometedora en un contexto como el brasileño.

Y además, bien barata: el Gobierno local proponía desembolsar a cada familia doscientos cincuenta reales mensuales por hijo, más o menos la mitad de un salario mínimo mensual, que es lo máximo que muchos brasileños realmente consiguen ganar.

Joana, que ya estaba al tanto, leyó el texto de la carta a Luana y además se lo explicó en un lenguaje más directo: para mandar a Wagner y a Robertinho al colegio en vez que por la calle el Gobierno les pagaría quinientos reales, ¡más que el dinero que la familia manejaba en un mes normal!

Al llegar esa noche a casa, Paulo ni se acordaba ya de la dichosa carta. Otros pensamientos tenía él por la cabeza, con el jefe de la obra que le echaba cada bronca y que amenazaba con despedirle por inútil.

Luana le acogió con una cara alegre: en seguida él vio la carta apoyada en la mesa.

—Paulo, ¿sabes algo de esa carta?

—Pues a ver, sí, llegó ayer, pero se me olvidó comentártelo.

—Mira Paulo, que esto es algo bueno: el Gobierno de Brasilia nos propone matricular a los niños en el colegio, y encima ¡darnos dinero por ello!

A Paulo las explicaciones le sonaban raras: ¿desde cuándo se había visto que los políticos se preocuparan de darle dinero a la gente, cuando solía ser al revés? Esta historia no le acababa de convencer: a ver qué había detrás de todo aquello. Nada bueno, probablemente.

—A mí esto no me convence, Luana, ¿qué nos van a pedir a cambio? Además al colegio, ¿para qué?, ¿hemos ido nosotros, acaso?

—Pues no, Paulo, y de eso se trata. Tampoco es que nos haya ido demasiado bien. Quizás sea esta una gran oportunidad para nuestros hijos, para que tengan una vida diferente a la nuestra.

—Pero han nacido pobres, y pobres quedarán, a menos que se vuelvan futbolistas.

Siguieron hablando un rato, pero Paulo se desentendió pronto del asunto. Desconfiado por naturaleza, acostumbrado desde siempre a vivir al día a día, le faltaba esa confianza que le permitiera ser optimista.

Así que fue Luana, acompañada por Joana, a acudir, pocos días más tarde, a la dirección indicada en la carta y matricular a los niños en el colegio: ambos, a pesar de la diferencia de edad, en la misma clase.

A los directos interesados la novedad les pareció bien: siempre habían mirado con cierta envidia a esos niños que iban y venían de los colegios con las carteras a hombros. No que nunca se hubieran realmente parado a pensar por qué razón ellos al cole no iban: les parecía natural, en el fondo bien pocos niños del asentamiento lo hacían.

Llegado el primer día, Paulo salió aún más pronto de lo habitual para el trabajo, pero Luana ya estaba despierta hacía rato, entre excitada y nerviosa.

Paulo no dijo casi, salvo que su salida tempranera se debía a que tenía que acudir a buscar trabajo a una nueva obra en Núcleo Bandeirante.

Luana le recordó que hoy era el primer día de colegio para los niños, pero él no pareció darle importancia: refunfuñó solamente «a ver qué da todo eso». Y se fue sin mirar atrás.

La escuela primaria pública Juscelino Kubitschek, en el sector Cruzeiro, hervía de nervios y colores: muchas familias traían por la primera vez sus hijos a un colegio, haciendo ese primer día de curso realmente especial.

Wagner y Robertinho no vieron ninguno de sus conocidos de las calles: se fueron hacia su clase, donde estaban con una veintena de otros niños, la gran mayoría más pequeños porque tenían solo seis años.

Isabel, una joven profesora, recibió a los niños y a las madres con tranquilizadoras sonrisas: el primer día de cole no es una experiencia fácil para nadie, y menos para las mamás.

Al otro lado de verja, escondido para que no le viesen, Paulo les siguió con la mirada mientras entraban en la clase: lo de la nueva obra había sido una trola para disimular su inquietud, pero él tampoco se había querido perder el primer día en el colegio de sus hijos.

Día tras otro, Wagner y Robertinho fueron integrándose en el colegio: el primero, agudo y sociable, no tardó en hacerse popular entre sus más pequeños compañeros, haciendo gala no sólo de su edad, sino también de su experiencia adquirida en sus años de vagabundeo en las calles: un mundo de diferencia con respecto a sus compañeros que venían de hogares «normales».

Wagner aprendía rápido a descifrar los signos del alfabeto, y su sed de aprender le llevaba a olvidarse a veces de su hermano, más tímido y todavía intimidado por el nuevo ambiente.

Robertinho se escondía detrás de su hermano, pero no tenía, al menos en apariencia, la misma agilidad del otro en dominar los nuevos conocimientos. Además, por primera vez Robertinho empezó a balbucear, aunque solo lo hiciese en el colegio. Señal clara de su creciente inseguridad en ese nuevo ambiente.

Eso sí, a Robertinho le gustaba dibujar, y lo hacía con una habilidad sorprendente, aunque de momento nadie reparase en ello.

Las dificultades de los primeros días sacaron para fuera toda la energía, hasta ese momento inexpresada de Wagner, y toda la inseguridad de su hermano, que se fue encerrando cada vez más.

La desconfianza de Paulo con esta historia del colegio empezó a esfumarse cuando, a los pocos días de empezar el año escolar, recibieron en casa un aviso para presentarse en una oficina del Banco de Brasil en la W3 para cobrar la primera mensualidad del programa: ¡500 reales!

La vida empezó a cambiar en casa de Paulo y Luana, que seguían con curiosidad las tareas, de verdad todavía muy sencillas, de sus hijos. Pero si Wagner demostraba entusiasmo, Robertinho no le seguía, y no que tenía para enseñarles que unos dibujos, esplendidos, ¡eso sí!

Sus padres no llegaban a entenderlo, limitándose a pensar que Robertinho para más no daba.

Pero el día que el cheque recibido por la Consejería de Educación solo fue de 250 reales Paulo se puso furioso: pen-

só en un error, pero lo que verdad estaba pasando se lo explicó Ana, una asistente social que se presentó a su casa pocos días después de la desagradable sorpresa.

Robertinho había dejado de ir al colegio, viéndose así incumplida la regla básica del programa «Bolsa-Escuela»: de hecho, Ana había venido a comprobar lo que había pasado con la familia.

Paulo y Luana, poco acostumbrados a seguir de cerca lo que hacían sus hijos, no sabían nada, y fue a los niños que se lo preguntaron, cuando esos volvieron a casa: Wagner miró a Robertinho, Robertinho a su padre, nadie habló.

Paulo le preguntó abruptamente, a su manera, qué había pasado, si era verdad que ya no iba al colegio.

Como respuesta, Robertinho le gritó a su padre:

—Sí, es verdad, y no iré más —dijo y después salió corriendo de la casa.

Paulo se dirigió entonces a Wagner:

—Pero ¿qué pasa con tu hermano? ¿Por qué ha dejado de ir al colegio? ¿Y tú, por qué no nos has dicho nada?

—No sé, padre, es que no le gusta —respondió Wagner.

—Me da igual que no le guste. Si él no vuelve al cole, el Gobierno del D.F. nos va a cortar el pago. Tiene que ir, le guste o no. Yo le voy a convencer —dijo, yendo hacia la puerta con aire nervioso.

Luana se interpuso e intentó disuadirle:

—Paulo, no hagas así. Robertinho tendrá sus razones, habrá que escucharle. Con esos nervios no arreglas nada.

Paulo no es que se quedara muy conforme con eso, que su autoridad de jefe de la familia quedaba en entredicho, pero se volvió a sentar. Este asunto ya se solucionaría, total el niño tendría que volver a casa en algún momento.

El momento la verdad que se hizo esperar.

Pasó esa noche, y todo el día siguiente. Al caer la noche Luana no cabía en sí de la preocupación: Wagner no sabía nada de su

hermano, a la escuela no había ido. Por mucho que fuera niño acostumbrado a la calle su madre no podía dejar de estar preocupada.

Pero al día siguiente, sobre el mediodía, Robertinho apareció y, sorprendentemente, de la mano de Ana, la asistente social que había estado buscándole por varios kilómetros a la redonda hasta encontrarle en un descampado cerca del sector Noroeste donde estaba jugando al fútbol. Y eso que solo tenía consigo una fotografía suya.

Para ganarse la confianza de Robertinho, Ana, que había quedado intrigada por los bonitos dibujos que había visto esparcidos por su casa, había comprado un magnífico juego de rotuladores de todos los colores (de la marca Carioca, no faltaría más), que le entregó al fascinado Robertinho, que dejó el partido de fútbol.

Robertinho le había preguntado a la chica, que tenía mucha mano izquierda con los niños, de donde sabía su nombre: él no estaba acostumbrado a que los adultos lo llamasen por su nombre, salvo los del barrio.

Ana le dijo que en el colegio le habían hablado de las grandes dotes para el dibujo que un niño llamado Robertinho tenía, y de que hacía un tiempo que ese niño había dejado de ir a clase.

Así que le habían pedido a ella, que con los niños se llevaba muy bien, que fuera a buscarle para que volviese al colegio, que allí echaban de menos sus dibujos.

—Pero ¿qué dices?, ¿quién va a echar de menos mis dibujos si me toman el pelo todo el tiempo? —se sorprendió Robertinho.

—¿Quién te toma el pelo a ti, Robertinho?

—Los otros niños, porque no sé hablar ni escribir. Pero si les pillara por aquí ya verían...

—Pero qué dices que no sabes hablar. ¡Aquí conmigo estás hablando muy bien!

—Sí, pero allí me atropello. Y el cole no me gusta, siempre estamos encerrados.

—¿Cómo que te atropellas?

—Bueno, no me salen las palabras, yo no soy tan bueno como esos niños de allí.

—Y tu hermano, ¿qué? ¿Él también se atropella?

—No, él no, él sabe más, pero yo no sé nada, y se burlan de mí.

A Ana se le ocurrió una idea, y se lanzó a ella sin red, que vio que a Robertinho no le convencería solo con buenas palabras.

—Sabes Robertinho que Isabel, tu profe, es muy amiga mía, y me dijo que necesitan de ti para un espectáculo que quieren organizar para mitad del curso. Necesitan de tus dotes artísticas. ¿Quién podría dibujar los disfraces mejor que tú?

—¿Va a ser como carnaval?

—Pues sí, por allí, ya sabes que para ser rey de la fiesta lo que menos cuenta es ser bueno escribiendo. Ahora, tu mano de artista sí que vendría bien.

—Oye, que yo también sé *sambar* muy bien. ¡Mírame qué bien lo hago! —y empezó a mover las caderas.

No sé cuántos de los automovilistas que pasaban en ese momento al lado del descampado donde Robertinho y Ana se daban un pase de *samba* se fijaron en la extraña situación de un niño de la calle *sambando* con una acompañante que había pasado los veinte, pero los que lo hicieran tampoco se sorprenderían tanto: se ven cosas mucho más extrañas por las calles de Brasil, y cuando de bailar se trata, todo vale.

Así que Robertinho y Ana, ya hechos unos buenos amigos, volvieron juntos a la casa de él, donde Ana le explicó la situación a la madre: Robertinho, chico tímido y sensible, se sentía rechazado en colegio. Quién sabe si de verdad así sería, pero seguramente así lo percibía él.

Ahora sólo quedaba lo más difícil: convencer a la profe de Robertinho, Isabel, que de verdad montara un espectáculo para poder así involucrar a Robertinho.

Qué mejor forma que aprender jugando y, en este caso, ¿bailando?

En los meses siguientes, la clase de Wagner y Robertinho estuvo trabajando sobre los insectos: aprendieron a reconocerlos, se familiarizaron de su forma de vivir, los dibujaron, se inventaron un guión para un espectáculo.

Robertinho dibujó los disfraces de cuatro grupos (abejas, cucarachas, etc.) y partir de ellos Isabel y unas cuantas madres se las ingeniaron para transformar esos dibujos en disfraces.

El espectáculo fue un exitazo, a Robertinho se le atribuyó un aplauso de honor por lo bien logrados de sus bocetos, que estuvieron incluso expuestos en la clase el día del espectáculo.

A Robertinho ya dejaron de tomarle el pelo, y él le empezó a tomarle el gusto a ese lugar.

El pago de la contribución gubernamental para la familia de Wagner y Robertinho se reactivó y, aún más importante, a los dos niños ya ni se les pasaba por la cabeza de dejar la escuela.

Algún tiempo más tarde, cuando ya el río había vuelto a su cauce, Paulo volvió a casa un poco más pronto de lo habitual. Pero Luana ya le estaba esperando con una gran sonrisa: al entrar en la casa, olía estupendamente a *feijoada*, bien completa con carnes y todo.

—¿A qué se debe tanta fiesta? —preguntó Paulo, que estaba acostumbrado a que hubiera *feijoada* muy de vez en cuando.

—Adivina esto, mi Paulo. ¿Sabes qué?, ¡estoy embarazada!

—Otra vez, hija mía, pero ¿no tomaste cuidados? ¡Cómo vamos a hacer ahora! Habíamos dicho que ya bastaba así.

—Déjalo ya, Paulo, qué problema hay, ¡si ahora hasta nos pagan por ello!

Y así se puso en marcha el tercer retoño de Paulo y Luana, hijo del nuevo programa y también de un nuevo arranque de optimismo. Aunque el Gobierno que sobrevino a raíz de las siguientes elecciones locales inmediatamente suprimió el programa, demasiado exitoso en su sencillez, para reemplazarlo con otro que tuviese su firma. Pero así van las cosas, y a Wagner y a Robertinho ya nadie les quitará las ganas de estudiar.

EL HIJO DEL MINISTRO

El churrasco se está acabando, ya quedan pocos amigos alrededor de la mesa, llena de latas de cervezas vacías.

Las chicas ya se han ido, la noche ya no esconde muchas sorpresas, o por lo menos así parece.

Hasta hace algo de frío, a estas horas de la madrugada a orillas del lago Paranoá, en uno de los clubes del sector norte.

Humberto y los demás están gastándose las últimas bromas, pero, como dicho, la noche no parece dar más de sí.

Humberto propone sacar su flamante bote para dar una carrera a toda pastilla por el lago completamente oscuro: tiene ganas de velocidad.

Pero el bote está en tierra, aparcado, es mucho esfuerzo prepararle y bajarle al agua, especialmente ahora que el personal del club se limita a dos camareros que, impacientes, están esperando que se termine la fiesta para irse a sus casas.

No, no se puede hacer, sólo queda como opción dar una espantada a las chicas de la calle, allá en la zona central.

Humberto y sus amigos, todos miembros de la así llamada «corte», la juventud dorada de Brasilia, se dirigen al coche deportivo de éste. No que esté realmente en condiciones de conducirlo, la cerveza y el whisky han corrido abundantes, pero ¿qué más da?, ¿quién se lo va a impedir?

El coche sale rabioso, en pocos segundos la velocidad alcanza límites peligrosos, pero las sinuosas calles del sector Clubes Norte están totalmente desiertas, ¿qué peligro va a haber?

Una curva, y otra, una desbandada y luego otra. La excitación aumenta en paralelo a la velocidad. ¡Qué bien se vive con alcohol en el cuerpo!

El coche vuela, ya no está lejos el centro comercial.

Pero, al franquear una de las últimas curvas, ¡pam! Un terrible golpe en la oscuridad.

Humberto pierde por un momento el control del coche, después lo recupera y consigue pararlo al lado de la carretera, unos cien metros más allá del lugar del impacto.

Los chicos salen corriendo del coche a ver qué ha pasado. La oscuridad es total, la noche es sin luna, no se ve nada de nada.

El coche está muy abollado, el choque no ha sido un sueño, pero a primera vista los chicos no encuentran nada.

No se oye ni un suspiro, ¿a quién han arrollado?

Allí está, un cuerpo sin vida, al lado derecho de la carretera. Es un hombre, muerto en el acto por la violencia del golpe.

Qué hacemos, mierda, qué lío. Quién será éste, ¿qué hace aquí un hombre caminando en esta parte solitaria de la ciudad y a estas horas?

Hay que informar a la Policía, qué dices, nos vamos.

Humberto activa las luces largas del coche para ver al hombre sin vida: es alguien de la calle, sin afeitarse, seguramente un mendigo.

—¿Vale la pena complicarse la vida por él? Pues no, chicos, nos vamos y de prisa.

El coche arranca otra vez, un poco más despacio por si acaso. Solo quedó aplazado el plan de las fulanas, que los nuestros ya no estaban de humor.

Saturnino de Moraes era sí, un mendigo. Vivía de chapuzas en las calles de Brasilia, y pasaba sus noches donde mejor podía.

No tenía muchos amigos, y nadie hubiera sabido decir de dónde venía, quién había sido antes de ser un mendigo en la zona de Clubes Norte.

Desde que le habían echado de su barco de hojalata a su único amigo Getulio, dado que su barco estorbaba la vista de

los que cruzaban el puente de las garzas, ya no le quedaba ningún amigo cerca.

Pero a Saturnino no le gustaban las calles de asfalto de Plano Piloto, prefería quedar cerca del lago, y esa zona selvática del sector clubes le hacía especial gracia.

Las investigaciones de los días siguientes llevarán a descubrir que se alimentaba de las sobras de las cocinas de diferentes clubes náuticos de la zona, que conseguía pasando cerca de sus cocinas a las horas apropiadas: había siempre algún empleado que le echaba una mano.

Saturnino, lo hemos dicho, no tenía muchos amigos. Era uno de esos habitantes de la calle que no le hacen daño a nadie, pero que nunca renunciarían a su libertad por un poco más de bienestar.

¿Qué le había llevado a vivir así? ¿Habría tenido Saturnino otra vida, sueños, aspiraciones, proyectos?

Probablemente sí, pero de él solo sabemos que se llamaba Saturnino de Morais, deambulaba por el sector Clubes Norte, comía de las sobras de los miembros de los clubes y no intimaba con nadie.

También sabemos que amaba los caballos, esos extraños caballos que como él deambulaban, misteriosos, por esa misma zona: Saturnino y los equinos, igual de misteriosos.

El cadáver de Saturnino fue encontrado a primera hora de la madrugada: lo vio una empleada del Club Naval que acudía a su trabajo, luego de bajar del autobús en la parada cerca del lugar del impacto mortal.

La Policía no necesitó publicar las fotos de los restos mortales en el periódico para identificarle, porque Saturnino llevaba consigo algunos papeles: una cédula de identidad con su nombre y fecha de nacimiento, y la foto antigua de una mujer joven y bella, que quién sabe quién sería.

Así que Saturnino murió casi de incógnito, así como había vivido.

En el tanatorio quedó poco tiempo, el previsto por la ley, y después fue enterrado, agotado los procedimientos legales y hechas las fotografías de rigor.

El caso si hubiera podido cerrar así, una muerte sin más, de no haber sido por la tozudez del comisario Estevão Garimpo, que mandó efectuar una búsqueda de los coches agolpados en los talleres de la capital. En efecto, el vigilante de un club poco lejano había declarado haber visto un coche parar de golpe y después volver a irse justo en el lugar donde habían encontrado a Saturnino.

Se identificaron unos cuantos, pero en seguida quedó claro que el culpable era un Golf negro con una imponente abolladura, encontrado en un taller del sector de Industrias.

Pero el asunto se torció, porque resultó que el coche pertenecía a Humberto M, hijo de un ministro del Gobierno federal.

Pero las investigaciones no tardaron en dar con el blanco: el chofer de la familia, Gustavo, admitió haber atropellado un animal, él creía que un caballo, en una calle del ala norte, pero confesó no haber parado para comprobarlo.

El caso se iba a cerrar así, pero no se encontró ningún caballo atropellado por esa zona, ni nadie que se hubiera percatado de algo.

Sin embargo, sí se había encontrado el cuerpo de un hombre que había sido claramente arrollado por un coche: Saturnino.

De no haber pertenecido el coche en cuestión a un ministro, el caso se hubiera quizás cerrado así, por la buena paz de todos (bueno, de Saturnino no sabemos, y de la señora de su foto tampoco).

Pero la casualidad quiso que un cronista de esos en perenne busca de chismes, que se daba la vuelta de los talleres a ver si descubría algo jugoso de contar, se enteró de que un coche del ministro estaba en ese estado, y había sido cuestionado por la Policía.

Empezó el cerco al chofer de la familia, y empezaron a salir artículos en la prensa lanzando variadas hipótesis.

Durante varios días la tensión fue creciendo, y hasta el presidente empezó a inquietarse de los rumores acerca de su ministro, que por cierto en los días del accidente no estaba en Brasil, sino que estaba en una visita de Estado en Europa.

La situación política no era de las más tranquilas, y no le hacía falta al presidente un escándalo más.

Será mediando una fuerte suma de dinero que la prensa conseguirá sacar la verdad de Gustavo que, lloroso ante un reportero, confesará no haber conducido ese coche, usado habitualmente por el hijo del ministro.

El castillo de naipes se desmoronó pronto, y produjo el procesamiento de Humberto.

Pero, sorpresa, la justicia no siempre es ciega, a veces se tuerce sinuosa e imaginativa, para encontrar las soluciones más oportunas: al fin y al cabo Saturnino no era nadie, ni le había reclamado familiares suyos, ¿qué valor tenía para la sociedad? ¿Cómo estropearle la vida a un chico tan joven y de tan buenas perspectivas por un accidente así, sin mayor importancia?

Así que el juez decretó la absolución de Humberto, por haberse encontrado ante un obstáculo sin poder evitarlo. Todo bien, solo faltaban unos herederos de Saturnino para cobrarles los gastos de arreglo del coche.

Pero el asunto ya era de dominio público, y la prensa no se pudo callar. El escándalo salpicó al ministro, que tuvo finalmente que dimitir al demostrarse la existencia de conexiones suyas con varios jueces que podrían haberle facilitado la absolución al hijo.

A los pocos meses, un Humberto guapo y bien vestido sale sonriente de la sala que lo acaba de condenar, en la revisión del juicio, por conducta temeraria y homicidio no intencional, al pago de tres cestas básicas (es decir, una multa equivalente a tres salarios mensuales mínimos) a instituciones de beneficencia de la capital.

La condena había llegado, la pena siendo proporcionada al valor social de la vida de Saturnino.

¿Una tomadura de pelo? ¿La vida segada de un hombre, aunque mendigo, solo vale el precio de unos pocos kilos de arroz y judías?

—Pues sí, una tomadura de pelo —afirmó sonriente el guapetón Humberto—. Que sepáis que me han condenado solo por ser quien soy. De no haber sido hijo de ministro, esto nunca hubiera pasado.

¿El qué?, ¿la carrera en la noche o tu condena, Humberto? Siempre nos quedaremos con la duda.

MENINAS DE ARRIBA Y MENINAS DE ABAJO

Ya está a punto de llegar el carnaval, y con él el puente más importante del año: en ningún otro momento el país se para de la forma que lo hace en esa ocasión.

Trabajar esa semana es inconcebible, si te toca es que has tenido realmente mala suerte.

Tres de nuestras protagonistas, las *meninas* de arriba, están preparándose a viajar, en coche, de la Brasilia donde viven dos de ellas a Río, la capital del carnaval (bueno, la discusión está servida, muchos piensan que el carnaval de Bahía y los de Recife y Olinda le ganan en autenticidad y participación al carioca, pero en ese campo no hay certezas, solo opiniones).

De todas formas a nuestras chicas, que no son brasileñas, sino extranjeras y viven temporalmente en Brasilia, el carnaval que les llama la atención es el universalmente conocido, el de Río.

Y allí se preparaban para ir en el coche de una de ellas. El viaje no es que sea muy corto, pero en compañía se puede hacer ameno: de Brasilia a Río no se hace en el día, son más de mil kilómetros y hay que dormir en carretera. Pero el carnaval no se da todos los días, por una vez que valga la paliza.

Unas últimas compras se hacen necesarias, de allí que el coche de Isabel, que es española y trabaja en una agencia de Naciones Unidas, y que va acompañada por Marga, una amiga suya venida de Madrid para la ocasión y Anne, una francesa compañera en el trabajo, se está dirigiendo hacia el pintoresco mercadillo que surge a los pies de la Torre de la Televisión. Pintoresco por las mercancías, porque el lugar no deja de ser sorprendente, como toda la ciudad de Brasilia, por otra parte.

El coche, no nuevísimo, pero teóricamente en buen estado, **sube** la rampa hacia la Torre cuando, de repente, pam, un **estruendo** desde el motor y, horror de los horrores, mucho humo **saliendo** del capot.

Lo que faltaba, madre mía, un desaguisado con el coche **justo** ahora que se debe ir a Río. ¿Será que el Escort también **es** partidario del carnaval de Bahía?

Verán, encontrar asiento a última hora en un avión **hacia** Río el fin de semana de carnaval es empresa **prácticamente** imposible.

De renunciar a ir ni hablar. Las reservas para carnaval son **uno** psicodrama nacional: es un complicadísimo proceso que **empieza** en el otoño anterior. Necesitas tener apoyos en Río que **te** permitan el acceso a una de las *escolas de samba*, los grupos **representativos** de los diferentes barrios de Río de Janeiro que **concurren** en la competición carnavalera, dividida en primera **y** segunda división, con relegación y todo.

Una *escola de samba* es un conjunto esperpéntico de **carros** decorados de las formas más llamativas, con cientos de **figurantes** —no todos ellos de cuerpos impecables como muchos **imaginan**—, colores, cuerpos en movimiento, sudor, música, **rimo**, alegría, desenfreno.

Mediante costoso pago se te hace, a ti, extranjero, el honor **de** participar en el desfile, sin duda lo más divertido del carnaval: **tienes** que comprar el traje (cuyo uso en otra ocasión se antoja **algo** difícil) que combine con el tema elegido por la *escola*, en **este** caso la vida en el fondo del mar, así que a Isabel, Marga y **Anne** ese año les tocaba ir de crustáceos.

Con el traje ya puesto (te lo dan al llegar a Río, en el **punto** de encuentros de la escuela, ya cerca del *sambodromo*), te **integras** en tu *escola* después de un rápido entrenamiento. Sí, **porque** el carnaval es también una competición. Los jueces **valoran** la letra de la *samba* compuesta por cada *escola*, el **ritmo**, los trajes, la gracia de los participantes, su capacidad

de mantener el orden en el desfile y quién sabe si también los nuevos senos de la estrella invitada, que va la primera, esa sí que muy poco vestida.

Las notas de semejante competición, varían entre 10, 9.9 y 9.8, algo parecido, para quien las conoce, a las evaluaciones de los funcionarios públicos, que siempre apuntan hacia arriba.

En fin, este es otro tema, no mezclemos algo tan serio como el carnaval con el funcionamiento de las instituciones públicas, tema evidentemente bastante menos crucial.

Como se jactan algunos, en Brasil no funciona nada, salvo el carnaval. Quizás tengan razón.

La venta de los trajes a los extranjeros es la fuente esencial de ingresos que permite a todos el barrio financiar el desfile de su propia *escola de samba*, que entra una cosa y otra resulta bien caro: carros, instrumentos musicales, cientos de trajes preparados exclusivamente para la ocasión. De allí la idea de atraer a los turistas, por patosos que resulten.

Para el día que no toca desfilar, otro problema: acceder a los *camarotes* (palcos) de la Sapucaí como invitado es empresa que requiere meses de esfuerzos y juegos de influencias: claro que si lo consigues, estás rozándote con el no va más de la «gente maravillosa» de Brasil, que normalmente sueles ver por las pantallas de la tele a la hora de la novela.

Si hasta allí no has llegado, bueno te tocará meter mano otra vez a la billetería para comprar unas carísimas entradas en la grada: unos escasos centímetros cuadrados donde más te vale bailar todo el tiempo del desfile (unas diez horas, desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana), porque si te atreves a sentarte igual no encuentras bastante sitio para tu trasero, por moderado que ese sea.

Pero bueno, todo vale, es carnaval.

Isabel se había movilizado hacía meses para conseguir entrar en Emperatriz, una de las escuelas más consideradas de los últimos años, varias veces campeona.

Lo había conseguido a través de amigos de origen carioca, **que** también desfilarían y que ya se habían desplazado a Río.

Ellas habían quedado atrás: el año anterior ya habían ido **al** carnaval, pero desde la grada, y la idea de dar el paso hacia **la** avenida sí que era un gran aliciente para volver.

Hasta habían tomado clases de *samba* para no desentonar, **bueno** Marga no, pero ella no tenía muchos márgenes de **mejo-**
ra, que en Galicia se baila diferente.

A estas alturas, todo estaba hecho, pagado y soñado: así **que** de renunciar, nada de nada.

Habrà que ver qué pasa con ese coche. Que, por cierto, no **quiere** arrancar.

El viernes de carnaval empieza con una grúa, mala señal...

Allí van, en un taxi siguiendo a la grúa de camino al taller **de** emergencia.

Viernes de carnaval por la tarde, taller mecánico y de **car-**
rocería, todo a punto de cerrarse o casi: esto pinta muy mal.

Allí llegan corriendo, tres guapas chicas con pinta de **ex-**
tranjeras, una morena, la otra rubia y la tercera con pelo casta-
ño. «Hay que ver qué variedad», pensó Camilo, el jefe de ta-
ller en funciones.

En otras circunstancias, a ese coche ni le habrían mirado, **quedaría** para el miércoles de Cenizas, pero bueno, un vistazo **no** cuesta nada si es para complacer a tres bonitas mozas.

—Pero, no hay nada que hacer, el problema es serio, va-
rias piezas que cambiar y ni las tenemos. Bueno chicas, se han
quedado sin coche, empezaremos a trabajar el miércoles con él,
y entre el trabajo y el tiempo de recopilar las diferentes piezas,
cuenten con él para dentro de una semana.

¡Una semana, una semana!

Anne, racional rubia francesa, se quedó atónita ante la no-
ticia, congelada por el estupor; Marga, gallega bien gallega,
murmuró algo para sus adentros, pero no muy comprensible,
pensando en su viaje estropeado.

Quedaba Isabel, que decidió usar un arma poderosa: desfundando su mejor portugués, con esa pizquita de acento español que le quedaba tan resultón, planta sus encantadores ojos en los del buen Camilo, diciéndole en un susurro:

—Pero, Camilo, no puede ser, ¡si nosotras vamos a desfilar en el carnaval!

Será la magia del carnaval o la de la feminidad, pero esta frase lo cambió todo.

—¿Desfilar?, ¿en una *escola*? —le preguntó Camilo, admirado por todo lo que oía y veía (claro que sus ojos no apuntaban al taller).

—Claro, mi Camilo, vamos a desfilar para Emperatriz —redondeó Isabel su golpe de efecto.

—Emperatriz, Emperatriz, y este burro os quiere dejar aquí. ¡De eso ni hablar! No puede ser. ¡Esto se arregla ya!

Manos a la obra, mozos brasileros, que se trata de salvar al honor nacional. Estas chicas se están yendo para Río, y no para cualquier cosa, sino a desfilar para Emperatriz.

Y así Camilo se puso él mismo manos a la obra, que el desafío (cual de ellos, por cierto) le encantaba.

Hay que ver como curraron esa tarde: desmonta, limpia, corre a buscar recambios en otros talleres, móntalos otra vez, todo corriendo, que las energías no falten.

Milagro o no, Camilo y los suyos, bajo el encanto de las tres *meninas* extranjeras, quizás no grandes *samberas*, pero seguramente de buen ver, consiguieron lo inimaginable.

Allí estaba, esa misma noche a eso de las nueve, ¡el Golf de la española listo para volar hacia la costa!

Isabel y sus amigas no se lo podían ni creer, ni cómo darles las gracias.

Se deshicieron en elogios y agradecimientos, pero para Camilo y los suyos no había misterio: ¡cuando un brasileño quiere, un brasileño puede!

Empezó así el viaje de nuestras tres chicas hacia la lejana Río. Río en Carnaval, es aún más especial que de costumbre.

Allí están nuestras chicas, boquiabierta antes los personajes esperpénticos que deambulan por sus calles, hay que ver qué buenos están los tíos, sobre todo en Ipanema.

—¿Estarán también en nuestro desfile de mañana?

—Pues claro que no, estamos en Ipanema, este es el carnaval gay.

«Ay que desperdicio», dijeron o pensaron, la famosa frase que tanto les hace gracia a las mujeres y que tanto les cabrea a los hombres.

Mira para allá, mira para acá, llegó también la hora del traje: ay, cómo me quedará, ¿no estaré enseñando mucho?

Depende del crustáceo que os toque queridas, que si vais de ostras estaréis inatacables.

A las tres, muy modositas, les tocó de cangrejo, bien alineaditas, pero, ay ay, unas extranjeras *sambando* para atrás, a quién se le habrá ocurrido.

Bueno, bueno, ese día los cangrejos desfilarán para delante, ¡ya sabemos que este no es el primer milagro de este carnaval!

Allí van tomando un taxi tres cangrejos, pero no caben las pinzas, mejor en autobús.

No hay que creerse que alguien se extrañe al ver a tres cangrejos subirse a un autobús en días de carnaval: si la dirección es el *sambodromo* todo vale, tres cangrejos con corpiño debajo para no pasarse en enseñar tampoco son gran cosa.

Llegan ya al punto de encuentro de Emperatriz: cientos de personas en total confusión, peces, mejillones, submarinistas («ay, bailar *samba* con aletas, nos va bien ir de cangrejos», pensaron nuestras *meninas*). Algunos con los trajes puestos, otros a medio poner, no faltan los que se cambian de ropa sobre la marcha, ¿qué os creéis que va a haber vestuarios para todos?

Los que más probando pasos, los del barrio dando los últimos retoques y supervisando los pasos de los forasteros. De mano en mano las octavillas con la letra de la samba *Emperatriz no fundo do mar, Emperatriz no fundo do mar*.

Los nervios están a flor de piel, tanto entre los verdaderos cariocas, preocupados que todo salga bien, como entre los forasteros, que se conforman con no llamar demasiado la atención, ahora que ya no hay vuelta atrás, en la que nos hemos metido.

La música ya ensordece, pero no es la de la *samba* de Emperatriz, sino la anterior, la de Beija-Flor, que está entronando la avenida hace ya más de media hora, y lo seguirá haciendo otra media hora más: *Sou Beija-Flor e o meu tambor de energia e vibração vai ressoar em São Luís de Maranhão...*

«Hay que ver qué patosas se las ve», pensó Isabel, la *menina* de Emperatriz que las entrenó los pasos en la larga espera de la salida «Dios quiera que los jueces no se fijen que éstas son un desastre»,

Así que, sonrisa tras sonrisa, las puso algo alejadas la una de la otra, a ver si entre crustáceos más agraciados pasan más desapercibidas.

Isabel era mulata, y también sus amigas Margarida e Anazinha, nuestras *meninas* de abajo. Adolescentes con el *samba* en el cuerpo, pero este año no les había tocado desfilas, que no hay sitio para todo el barrio en la escuela, hay que dejarle sitio a los de fuera.

Así que las tres, que se habían pasado el verano zurciendo y trabajando en miles de otras cosas para preparar el desfile, y que se sabían la letra de la *samba* hace meses ya, les tocó este año enseñársela de prisa y corriendo a los espontáneos venidos de fuera.

Injusticias del carnaval: las entradas en las gradas cuestan una fortuna, inabordable para los habitantes de las *favelas*.

Entrar en el desfile no les es posible a todos, así que al final muchos de los que realmente viven el carnaval como su fiesta

ni llegan a bajar del morro, conformándose con mirar las luces del *sambodromo* a lo lejos.

Nuestras amigas habían desfilado sí, pocos años antes, en el desfile de los niños, el de las mañanas: nadie o casi en la grada, solo unos niños y adolescentes con las sobras de los trajes del verdadero desfile, bailando como endiablados al ritmo de la música que por la noche será la de la *escola grande*.

Pero no crean que Isabel, Margarida e Anazinha tienen rencor alguno: la vida es así de desigual, nada mejor que unas *meninas* brasileñas para saberlo.

Allí va, la *bateria* empieza a dar el ritmo, el primer carro sale ya, la avenida es todo un clamor, que sale Emperatriz.

Ahora les toca a los cangrejos, detrás de ellos los submarinistas a su caza serán los que más suden esta noche.

—¡*Tudo joia!* —«vamos Isabel», le grita su homónima a lo lejos.

Pero la samba no te deja quieto: las blancas de cangrejo bailan para delante, las morenas en vaqueros lo hacen para atrás, dirigiéndose hacia la Río Branco, donde están los muchachos del barrio esperándolas, que ni al recinto han podido entrar esos pobres.

Allí ya van nuestra *meninas* de cangrejo, en la avenida ya, intentando mantener el paso sin romper las filas.

Inciertas al comienzo, arrolladoras en el medio, cuando el ritmo se las había metido ya en la sangre, *Emperatriz no fundo do mar, Emperatriz no fundo do mar*, exhaustas al final, que es más de una hora bailando.

Al ritmo del fondo del mar Emperatriz fue a revalidar su título esa noche, los jueces les dieron todos dieces porque allá al final, donde los puntuaron, hasta los peces venidos de fuera ya habían cogido el ritmo.

Lo celebró Camilo, que lo vio delante de la tele allá en Brasil, bailando claro está, si no hubiera sido por mí....

Los celebraron las chicas de fuera, qué bien lo hemos hecho, hasta hemos ganado.

Y lo celebraron las *meninas* de abajo, ¡a ver si al año que viene conseguimos desfilas también nosotras!

Solo no lo celebró el Escort, que le hicieron trabajar cuando los demás estaban todos de fiesta y, carajo, ¡sí que era de Bahía¹!

1 La principal planta de la empresa Ford en Brasil está situada en el estado de Bahía.

FALTA DE DECORO

Hotel Nacional de Brasilia: el primero de la ciudad, en pleno sector hotelero sur. Los nuevos hoteles, construidos en los últimos años, le han dejado atrás a este establecimiento totalmente años sesenta, situado en la W3 Sur, en el que fue el primer eje urbano de la nueva capital. Se puede considerar que esta esquina, entre el Hotel Nacional y Venancio 2000, es el centro de Brasilia, o por lo menos es lo que más se le parece a un centro urbano a los visitantes que se hospedan en los hoteles de esta zona.

Un centro bien extraño, por cierto, que no te puede no chocar la primera vez que lo ves.

Aquí, en frente del Hotel Nacional, se congrega un grupo bien curioso: una veintena de hombres y mujeres bien vestidos, no los habituales en una protesta callejera, más unos cuantos periodistas.

Uno de ellos, un señor mayor, tiene la cara tapada por una careta de payaso, con una nariz bien roja. Algunos llevan pancartas, varios hablan con excitación a la prensa y a los transeúntes.

Cuando un coche con los cristales negros se acerca a toda velocidad, los chillidos se hacen muy fuertes, y el grupo empieza a increpar a sus ocupantes, que bajan simulando indiferencia en frente del hotel: entre ellos destaca un señor con aire muy distinguido, elegante, el pelo plateado.

Es a él a quien se dirigen las imprecaciones e insultos de los manifestantes, mantenidos bajo control por unos musculosos guardaespaldas, que no les dejan acercarse: «ladrón, payaso, sin vergüenza».

Y eso que ese señor, el constructor y ex diputado Mario Palha venía a recoger un premio, («constructor del año»), que le ha sido otorgado por el gremio nacional de la profesión.

Nada raro, y nada de señalar, de no haber sido que, un par de años antes....

Es domingo de carnaval en Río. La ciudad está en ebullición, es noche de *sambodromo*.

La excitación es algo menor en la Barra de Tijuca, el nuevo barrio de moda entre la clase media carioca, donde en pocos años han surgido de la nada decenas de inmuebles altísimos en lo que antes no eran más descampados o pequeñas fincas en el extrarradio de la ciudad.

Los edificios están al frente del océano y de una larguísima playa de fina arena. Por detrás, la impresionante Floresta de Tijuca, reducto de selva tropical, por la cual se puede subir al símbolo de la ciudad, el famoso Cristo del Corcovado.

Las familias que residen en la recién estrenada Torre Atlántica, en la primera línea de playa, se preparan para cenar.

Están los Gomes Aleixandre, los Schmidt, los Ferreira, los Altoprato, los Kibe. Sus apellidos son un ejemplo mismo del calidoscopio de nacionalidades que es Brasil. Son familias de clase media-alta, profesionales con buenos ingresos, pero no especialmente acomodados, que se han hecho atraer por este nuevo barrio, que reúne dos grandes ventajas: la primera, alejarse de la congestión de Río consiguiendo un lugar para vivir en la primera línea de playa, todo un mito para los cariocas. Claro, la playa no es Copacabana, Ipanema o Botafogo, pero siempre playa es.

Pero la segunda ventaja es aún más apreciada: los edificios altos y bien protegidos de la Barra resultan mucho más seguros en comparación con cualquier residencia en la zona sur de la ciudad, encantadora sí, pero plagada de violencia.

La seguridad se ha vuelto con los años el primer factor a tener en cuenta en Río, y explica mucho del éxito acelerado del nuevo barrio.

La Barra es un barrio totalmente «gringo»: en enormes centros comerciales se sitúan todos los entretenimientos, todos los

movimientos se efectúan en coche y los bloques de apartamentos están protegidos por vigilantes privados. En suma, el sueño de todo brasileño que esté subiendo en la escala social: quizás no tan bonito como lo tradicional, pero seguro y «chic».

Los precios de los apartamentos son altos, altísimos si tienen en cuenta los costes de financiación, que en Brasil son los más elevados del mundo.

Por esta razón, la mayoría de los propietarios de la Torre Atlántica se han endeudado de forma significativa para comprar su casa.

Pero, aquí están los Gomes Aleixandre, los Schmidt y todos los otros, felices de pasar su primer carnaval en su nueva propiedad, y dispuestos a gozar de lo lindo de la playa en el largo puente en el cual los turistas extranjeros y los *favelados* toman posesión de la ciudad.

Sin embargo, un ruido estremecedor les interrumpe estos pensamientos: un poco más tarde se descubrirá que para ocho de los habitantes de la torre fue algo peor que eso.

Al alcanzar rápidamente la calle, no queda totalmente claro lo que ha pasado: la grieta que aparece todo a lo largo del edificio sólo se hará evidente con el sol de la mañana.

Incrédulos, todos los residentes son evacuados del edificio: pasarán la noche en un hotel. Lo que no se pueden imaginar a esas alturas es que nada podrá salvar a la Torre Atlántica: recién estrenada, pero, como se sabrá más tarde, muy mal construida. Al día siguiente, la torre, dada por irrecuperable por los peritos, es derrumbada por implosión.

Los vecinos y los curiosos ven, incrédulos, deshacerse como un castillo de naipes un edificio de lujo recién estrenado.

Una entera familia, los Ferreira, ha perecido en el accidente: Luiz, su mujer Rosalaura, sus hijos Luizinho e Carmen, de 8 y 5 años.

No se percataron del primer derrumbe, o no los dio tiempo a dejar el edificio. Como los otros cuatro muertos, cuyos cuer-

pos fueron encontrados solo después de la implosión definitiva del edificio: demasiado peligrosas las operaciones de rescate en una torre a punto de despeñarse.

Sepultados los muertos, empieza la peor de las odiseas para los propietarios de los apartamentos destruidos: unas tribulaciones que durarán varios años.

El propietario de la empresa constructora es un conocido diputado del interior del estado de Río, Mario Palha, riquísimo constructor con poderosísimos apoyos.

Ingeniero él mismo, había firmado todas las licencias necesarias para la construcción de la Atlántica, aunque no es autor del proyecto.

Palha, cuya reputación, ya lo iremos viendo, no es de las mejores, anuncia primero una conferencia de prensa, que luego anula, a la vista de la ola de conmoción que el evento ha provocado en el país; sin embargo, emitirá un comunicado culpando a los ocupantes de los apartamentos por unas presuntas obras no autorizadas que habrían dañado la estructura del edificio.

La explicación resulta poco creíble, al haberse entregado los pisos pocos meses antes. ¿Cuándo se habrían hecho esas obras tan letales?

La investigación desvelará otra realidad: apresurados para entregar los apartamentos y reducir los costes, la empresa Atlántica S.L. exageró un poquito y decidió juntar arena de la playa con el hormigón. No exactamente el tipo de aproximación con la arena de la playa que los desafortunados propietarios de apartamentos derruidos habían deseado.

La empresa acepta, no sin manifestar algún reparo, cubrir los gastos hoteleros de los afectados, pero al poco tiempo se quedará sin fondos (claro, con todo lo que eso cuesta).

Los bancos hacen unánimemente saber a sus clientes que, a pesar de lo ocurrido, tendrán que seguir reembolsando los préstamos. Las compañías de seguro no cubren este tipo de circunstancias (de hecho, nunca cubren nada cuando realmen-

te hace falta) y de todas formas, el beneficiario del seguro contraído por Atlántica es la misma empresa, que usará el dinero para cubrir los costes de los hoteles, pero que no llega para reembolsar los pisos.

El dinero de Atlántica se ha ido ya para otra empresa, y después para otra, y otra, quién sabe dónde está ahora. Palha no lo tiene, pero los compradores ellos sí que no tienen nada más.

La emoción recorre el país: todo el mundo ha entendido perfectamente de qué va el asunto, y quién es responsable. Pero el entramado es tal que las familias afectadas tienen que seguir pagando los préstamos recibidos para comprar apartamentos que ya no existen, y los responsables de la empresa constructora están dando largas para no reembolsarles: de hecho, solo una sentencia judicial podrá obligarles a ello, pero podría tomar años.

El mismo presidente de la república interviene públicamente, mencionando la posibilidad de reembolsar a la familia con fondos públicos, pero su buen propósito naufragará en el Congreso: hay temor que todos los afectados por alguna calamidad o timo acudan pidiendo lo mismo, y sería el fin de las siempre endebles finanzas públicas federales.

A los pocos días del derrumbe, un canal de televisión ofrece un escalofriante documental: trozos de intervenciones públicas, o conversaciones privadas, pero que alguien había grabado, del tal Palha en su reducto electoral del interior del estado.

Entre las perlas de nuestro hombre, todo Brasil pudo oírle vanagloriándose de haber falsificado la firma del gobernador del estado, haber traído equipos de contrabando, trabajar con materiales de segunda mano (pero que una vez pulidos parecen de primera), haber comprado votos, tener cientos de juicios pendientes con la justicia laboral (cuanto más tardas en pagar, menos pagarás, ¿no entendéis el truco?).

Si la simpatía popular hacia Palha ya era poca, el escándalo de sus declaraciones le llevará a ser desposeído del cargo: por primera vez en la historia de la república, se le aplica a un

diputado la cláusula de «falta de decoro». Palha pierde su mandato. Sus homólogos no hubieran podido permitirse proteger a Palha ante la evidencia de sus comportamientos.

Palha será hasta objeto de una tesis de doctorado, defendida pocos meses más tarde por un antropólogo brasileño, sobre «Bravuconadas y retórica de la mentira en el proceso de casación de Mario Palha». Para que se vea que para todos hay sitio en el mundo de la ciencia.

Todo muy bien, Palha está desenmascarado, pero hay que contar con la lentitud de un sistema judicial sumergido de casos que no consigue llevar a término.

Y, mientras tanto, él no suelta prenda, que le obliguen a pagar, si pueden.

Así que cuando, a la espera que la justicia siga su curso, los afectados se enteran de que, pasados un par de años del derrumbe de la Torre Atlántica y de la expulsión de Palha del Congreso, la asociación de constructores de la capital le ha atribuido a Palha un premio de constructor del año por quién sabe qué misteriosos méritos, lo único que queda es presentarse en el lugar de entrega del premio con cara de payaso.

¿Quién podrá adivinar la lógica detrás de semejante premio? Será la autodefensa del grupo, o la cultura de la bravuconada, tan bien analizada por lo menos un nuevo antropólogo brasileño, pero la verdad que el país no sabía si reír o llorar.

¡Tenían que haber leído las intervenciones de los lectores en la exitosa página Web euodeioomariopalha.com, estéril desahogo ciudadano ante la inoperancia de la justicia!

Pasó más tiempo, más años, y por fin la justicia dictó sentencia: no bastaron las firmas de Palha en el proyecto, sus antecedentes, las evidencias de errores técnicos: fue absolución para Palha y para el arquitecto jefe de la obra.

Lástima que para Palha fuera demasiado tarde para volver a presentarse a las elecciones: el plazo para presentación

de candidaturas se había cerrado poco antes de la sentencia absolutoria: podemos estar seguros de que no habrían faltado los que, en reducto electoral, le hubieran votado («con todo lo que hizo para nuestra ciudad», dirían).

Hubo, sin embargo, apelación, y sí llegó una condena, a poco más de dos años, y al pago de unas indemnizaciones a los propietarios desposeídos, mediante embargo parcial de las propiedades de Palha (valoradas en la notable cantidad de 500 millones de reales, lo mismo en dólares al momento del derrumbe). Nada mal.

Pero, una vez más, los tecnicismos jurídicos pudieron con la justicia: al cabo de otro año, será el Tribunal Supremo que exculpará a Palha de toda responsabilidad penal, apelando que la modificación del delito de derrumbamiento doloso a no intencional, efectuada por el tribunal de segunda instancia, había sido ilegítimo y así la condena de Palha.

Vamos, que el bueno de Palha no había querido que la torre se derrumbase (gracias por la información), sino que, como mucho, la torre se había derrumbado por haber sido mal construida.

Pero como a Palha se le procesaba por el primer delito, no se le podía después condenar por el segundo.

Todo impecablemente cierto y correcto del punto de vista jurídico.

Pero, recapitulando esta penosa historia, después de ocho años los vecinos de la que en su día fue la Torre Atlántica se encontraban en esta situación:

- * ocho de ellos, muertos;
- * los familiares de los ocho, intentando olvidar su pérdida;
- * todos ellos, sin poseer ya su apartamento y sin haber recibido ninguna compensación financiera aún (ya llegará, no lo duden).

El responsable de la constructora, el inefable ex diputado Mario Palha, mientras tanto:

- * perdió su escaño parlamentario;

* se volvió la persona más odiada del país, con página Web contra él y todo;

* fue absuelto de toda responsabilidad penal y, por lo tanto, no estaba inhabilitado para la política (siempre que le vuelvan a elegir, pero ya sabemos como la memoria colectiva de los votantes es extrañamente selectiva, y no solo en Brasil);

* se verá probablemente condenado, en un futuro sin determinar, a perder una mínima parte de su patrimonio para compensar a las víctimas;

* ganará un premio otorgado por sus generosos compañeros de profesión.

Sumándolo todo, seguro que a nuestro apuesto diputado no le molesta que alguien se le dirija con careta de payaso.

Quien ya no está por la labor de ponerse careta ninguna es el padre de Oswaldo, un chico de 18 años que todos estos avatares no los vivió, al quedarse sepultado bajo los escombros esa noche maldita de carnaval.

Su padre se ha vuelto a su ciudad de origen, en Minas, para intentar olvidar: le resultaba insoportable la vista de lugares que tanto dolor le habían causado.

Cuando le llegue el dinero, seguro que no le consolará ni un pelín.

Por aquel entonces, seguro que Palha estará de vuelta en el Congreso.

Al fin y al cabo, todo el mundo se merece una segunda oportunidad.

LOS SIN TIERRA

João levantó la lona negra para salir fuera de la tienda de campaña donde todavía dormían María, su esposa, y sus dos hijos, João pequeño y Diamantina.

João escrutó al cielo nublado y pensó: «Mejor que ocupemos la hacienda antes de que empiecen las lluvias». Los días lluviosos se hacen insoportables en los mini campamentos de los sin tierra: las tiendas de lona negra son muy poco acogedoras, con el barro que se adentra por todas partes.

João se acercó al fuego, donde una cafetera estaba hirviendo. Mario, el cocinero de la ocupación, y un par de otros hombres estaban sentados en silencio, esperando que el café subiese.

Todavía era bien oscuro, pero las condiciones tan precarias de las tiendas no favorecían largas noches de sueño, así que el día solía empezar muy pronto, dejando mucho tiempo para las conversaciones, los sueños, los proyectos. No había mucho más que hacer, antes que la verdadera ocupación empezase.

João se había juntado a los sin tierra algunos meses antes; la vida en Diadema, en el gran São Paulo, era demasiado dura para él y su familia: peón de obras sin ninguna estabilidad de empleo, había llegado a lamentar su decisión de dejar el pueblo, allá en Alagoas, para buscar fortuna en la gran ciudad.

Claro que la caña de azúcar que él y todos los suyos trabajaban en el Nordeste no ofrecía perspectiva ninguna de salir de la miseria, en su pueblo olvidado, que ni tenía acceso por carretera.

En São Bernardino, Alagoas, el tiempo se había estancado, inmutable. Los campos de caña ondeando al viento son el único panorama; las peonadas a las órdenes del capataz de Dom Pedro son la única ocupación; la taberna donde quemar en *ca-*

chaça los escasos cuartos sobrantes, la única distracción antes de volver a la red para juntarse con Maria.

El ciclo de la caña no permitía sueño ninguno a un simple recogedor como João, así que parecía lógica la decisión de ir, como muchos otros, a buscar fortuna a la gran ciudad.

Pero el gran São Paulo no se había portado muy bien con João: lejos los tiempos de las fábricas llenas, él estaba por debajo del nivel de calificación necesario para dar el salto hacia un empleo fijo, o remunerativo.

João solo sabía hacer trabajos manuales simples, y leía con mucha dificultad. Así que la precariedad no se redujo, y de recogedor de caña a peón de obras, con mucha energía eso sí, el salto fue breve,

Un peón de la construcción corre muchos riesgos y está muy desamparado, pero el sueldo de la peonada es mejor que el de la caña: lástima que también los precios de São Paulo sean también muy superiores a los de São Bernardino, y el simple alquiler de una diminuta vivienda se llevaba la mayor parte de sus ganancias. Para comer y el resto, hacía falta que Maria se las ingeniase con sus habilidades de zurcidora.

Así que de la pobreza no habían salido, y la vida en la gran urbe no ofrecía muchas comodidades.

Fue Maria la que había comentado a João la posibilidad de juntarse a los sin tierra, y participar en una expedición que llevase a cabo la ocupación de alguna hacienda infrutilizada del interior, donde habría tierra para todos.

Una de las razones que, sin confesárselo a João, le habían impulsado a Maria a emprender este camino fue el horror que le provocó la experiencia que tuvo junto con Margarida, una amiga suya del barrio que en lugar de zurcir se procuraba sus ingresos de otra forma más física.

De hecho, Maria era una bonita mulata, de fondos anchos como gustan en Brasil, mucho más llamativa que esa Margarida, que era bastante gorda, pero sin los atractivos de su amiga.

Así que, para aliviar las dificultades económicas que la acuciaban, Maria, no sin reluctancia, se había hecho convencer por la amiga a atender a un amigo «rico» de Margarida junto con ella. Una solución adoptada por muchas mozas de las periferias brasileñas, pero que a María le costaba aceptar.

Una vez lo hizo, pero no se sentía nada cómoda en el bar donde se encontraron con ese hombre: no le gustaban su aspecto, su lenguaje, la situación. Sobre todo, no se gustaba a sí misma en esos derroteros.

Aún así, subieron a una habitación, pero no pudo soportar el espectáculo de su amiga desnuda acercándose al hombre, que sin embargo la miraba deseoso a ella, pidiendo que también se desnudara ella: era ella, María, la novedad del día, la que excitaba sus pasiones más turbias.

No consiguió hacerlo: se volvió a poner su ropa y escapó corriendo de la habitación, dejando atrás sus ocupantes, que no estaban en condiciones de perseguirla, y el dinero de la cita. Ese no era el camino de Maria.

Maria dejó atrás esa posibilidad y las relaciones con Margarida, pero quería escaparse de algo que aborrecía, que la hacía sentirse sucia.

Fue así que se le ocurrió lo de acudir a las reuniones de los sin tierra, que tenían un círculo de simpatizantes en su barriada pobre, poblada en su mayoría por gente que, como ellos, venía del Nordeste.

João y Maria empezaron a frecuentar el círculo de los sin tierra, donde se hablaba de las enormes cantidades de tierras sin explotar que quedaban en el país, partes de haciendas inmensas poseídas en su mayoría por propietarios que vivían en las ciudades y solo se dedicaban a explotar el ganado, o ni eso.

La tierra se había vuelto una pura y simple inversión financiera, en cuanto alguien tenía un poco de dinero compraba tierra en el interior sin tener realmente la intención de explo-

tarlas, sólo para especular con los precios a la espera de una buena oferta futura.

Esto, decían los líderes de los sin tierra, llevaba al absurdo que el país con más tierra fértil del mundo se quedase con gran parte de ella sin explotar por el desinterés y el egoísmo de los propietarios, al tiempo que millones de campesinos, que hubieran podido trabajar esas tierras, carecían de propiedades, aunque fueran pequeñas.

En Brasil nunca se habían dado distribuciones de tierras en gran escala, con la excepción de las tierras del Norte, repartidas cuando se intentó construir la autovía transamazónica; pero esas tierras eran muy especiales, porque el suelo de la selva queda improductivo a los pocos años de haber sido deforestado, y no soporta los cultivos tradicionales, arroz y judías, invariablemente escogidos por los colonos venidos del Sur.

Así que las distribuciones de tierras en el Norte siempre fracasaron.

En el Sudeste y en el Sur también había inmensas haciendas infrautilizadas. Estas haciendas eran el objetivo actual del movimiento de los sin tierra, que quería forzar un cambio de la política agrícola seguida por el Gobierno: en lugar de fomentar los cultivos masivos destinados a la exportación, dar paso, por lo menos en cierta medida, a una agricultura de subsistencia basada en la pequeña propiedad.

La idea de ocupar las tierras sin cultivar para forzar su redistribución tenía mucho que ver también con las inmensas dimensiones del campo brasileño: haciendas grandes como provincias de un país europeo no podían ser físicamente vigiladas por nadie.

Periódicamente se daban estas ocupaciones, y grupos de sin tierra eran llevados en proximidad de la finca objetivo, de la cual se anunciaba la ocupación.

Los sin tierra esperaban al día del asalto en campamentos de fortuna, como el que hospedaba a João y Maria en este momento.

Si los propietarios no tomaban ninguna iniciativa para negociar con el movimiento, se pasaba a la ocupación de las tierras. Normalmente las ocupaciones eran pacíficas, y los pocos capataces presentes no ofrecían resistencia.

Sin embargo, no habían faltado casos de saqueo de la casa de la hacienda, y de sus provisiones. En caso de desmadre, la ocupación se volvía un caso nacional, y hacía noticia en la prensa y en las televisiones.

La dirección del movimiento no rehuía para nada la publicidad, que era parte del secreto del éxito, pero procuraba evitar que hubiera violencia o excesos, porque eso le daba fuelle a la reacción de los propietarios de tierras, muy fuertes en el Congreso y que habían formado escuadras de auto ayuda que se movilizaban sobre el terreno.

Ese grupo de diputados y senadores vigilaba atentamente que ninguna iniciativa legislativa general dirigida a una expropiación forzosa de las tierras inutilizadas prosperase nunca en Brasilia. Por eso el grupo que habían formado era transversal, pertenecían a él miembros de todos los partidos, salvo de los de la izquierda, que tenían cierta relación con el movimiento de los sin tierra.

La hacienda que el grupo de João se estaba aprestando a ocupar, la Migueliña, pertenecía a una familia de banqueros de São Paulo, y se destinaba exclusivamente a la ganadería. Tenía una dimensión tal que toda la ciudad de São Paulo hubiera cabido en su interior, pero con bastantes menos habitantes, claro: una decena de empleados de la hacienda, que acudían a unas 20.000 cabezas de ganado.

Pero grandes partes de la hacienda se hubieran podido utilizar para otros cultivos, ya que el clima era ideal para la agricultura.

Sin embargo, la familia de propietarios nunca había dado ese paso, y todo quedaba como pasto para el ganado. Había agua en abundancia y todo lo que hiciera falta: un verdadero paraíso sin explotar a modo.

El propietario nunca venía aquí, hacía algunos años había celebrado una de esas fiestas que tanto les gustan a los terratenientes de aquí: para la boda de su hijo había invitado a sus amigos a la hacienda, que se había arreglado para la ocasión, y se la había provisto de una pista de aterrizaje para avionetas, de unos doscientos metros de largo, para que los invitados pudieran llegar con comodidad.

De hecho, las fotos de la quincena de avionetas alineadas en la hierba habían sido publicadas en la prensa nacional.

Desde entonces, el banquero no había vuelto, y el asfalto de la pista se había ido levantando.

La actividad ganadera había seguido y daba buenos resultados, pero de agricultura, nada de nada.

João y los otros se tomaron su café, y estuvieron hablando un rato, pensando en la ocupación que iban a realizar, los cultivos que iban a implantar, en lo bien que les iba a ir una vez instalados en parte de la hacienda.

João deseaba de verdad que la ocupación tuviese lugar ya, que esa espera al lado de la carretera se hacía insoportable y se vivía muy mal, aunque hubiera comida y buen paisaje, eso sí.

Los días iban pasando, y Rufino, el jefe del movimiento en la zona, anunció públicamente que el día tal el movimiento ocuparía la hacienda.

No pasó nada, y finalmente llegó el día D.

Ese día se levantaron todos pronto. Deshicieron el campamento y, detrás de Rufino, los ocupantes se dirigieron, con aire festivo, al interior de la hacienda (ya serían las ocho de la mañana). Era suficiente traspasar los límites: las haciendas brasileñas no están rodeadas de filo espinado o de paredes, son demasiado grandes para ello. Nada más fácil pues: la famosa ocupación tardó pocos minutos en materializarse.

Rufino, un chico alto y muy apuesto, gaucho del Sur, con ojos muy azules y barba rubia, indicó el lugar donde formar el nuevo campamento, ya en tierra de la hacienda, y les aconse-

jó no entrar en la casa, ya que estaba vigilada por el capataz y sus hombres, que por otro lado no hicieron intento ninguno de defender la propiedad.

Llegaron algunos reporteros televisivos, y Rufino, muy a gusto antes las cámaras, habló largo y tendido de la ocupación, de los derechos de los sin tierra, de la necesidad que el Gobierno del estado expropiase a las tierras para restituírselas al pueblo trabajador.

El clima era de fiesta: João y María no estaban muy satisfechos con volver a dormir bajo las lonas, habían soñado algo mejor para después de la ocupación, pero tenían que escucharle a Rufino, el chico rubio que tan bien sabía hablar.

Pasaron unos días, tan inactivos como los previos a la ocupación, salvo que João y sus compañeros se desplazaban por la hacienda para buscar los mejores sitios para cultivar, cuando fuera el momento.

Los empleados de la finca no les molestaban mucho, hasta llegaron a intimar con ellos alrededor del fuego.

—Sois tontos —les decían—. No os dais cuenta que os están explotando, lo único que vais a conseguir es que nosotros perdamos el trabajo, pero ¿qué vais a hacer vosotros con las tierras?

—Compañeros, no vais a perder el trabajo, habrá tierra para vosotros también, para qué trabajar para que se haga rica la gente de ciudad, ¿no veis que os explotan?

Así que, explotados los unos, explotados los otros, a los pocos días llegó la Policía del Estado, y se plantó, armada hasta los dientes, en frente de la entrada principal de la hacienda, bien visible. Detrás de ella, gente de ciudad, probablemente representantes de los propietarios o los propietarios mismos.

Se palpaba una fuerte tensión en el aire: los hombres armados estaban fuera y leyeron un comunicado, que intimaba a desalojar la propiedad por orden del tribunal.

Rufino reunió al grupo de los suyos y los arengó.

—De aquí no nos vamos hasta tener satisfacción de nuestros pedidos, la tierra es del pueblo, las armas no nos derrotarán.

Se sentaron allí, del otro lado de la verja, todos juntos, hombres, mujeres y niños, unos cincuenta campesinos esperando el contraataque.

Pero el contraataque no podía darse, porque también habían llegado las cámaras de televisión, y lo que menos se quería era que las imágenes de la Policía enfrentándose a un grupo de campesinos le dieran la vuelta al país.

Otros días pasaron, los policías no desmovilizaban, los sin tierra tampoco.

Quien vino fue, esta sí fue una gran sorpresa, el gobernador del estado, que vino a visitar a la hacienda y se entrevistó con todos, también con los sin tierra.

El gobernador se sacó fotos con ellos, besó a las mujeres, cogió en brazos a los niños, bromeó con los hombres.

Maria pensó: «Qué majo es el gobernador».

No prometió nada concreto, pero Rufino les vino a decir que las cosas se estaban poniendo muy bien.

De hecho, los policías se fueron, solo quedó una patrulla que se apostó fuera de la finca: la única diferencia con los sin tierra eran los uniformes y el hecho que tenían una televisión conectada con un generador donde podían ver el fútbol y las telenovelas, el primero acompañado por João y sus amigos, las segundas por Maria y sus amigas.

Los hombres con aspecto de ciudad también habían desaparecido, probablemente enfurecidos, pensaron João y Maria, porque iban a perder sus tierras.

También Rufino se fue para la capital del estado, para negociar la rendición de la tierra, él dijo. Total, aquí ya no hay peligro, todo está atado y bien atado.

Así fue, la ocupación se saldó con un gran éxito. Hubo expropiación: el Gobierno del estado le compró la hacien-

da al banquero, por un precio, pagado por dinero público, doscientas veces superior al que él había pagado unos cuantos años antes. Gracias a la hiperinflación de los años anteriores, que había hecho las comparaciones de precios una operación algo compleja, este hecho no saltaba inmediatamente a la vista, dado que se había comprado en cruzados y se vendía en reales. Pero así era: la tierra ocupada se había revalorizado doscientas veces, ¿era un buen negocio o no que te ocupasen tu tierra?

Si ya era millonario, el señor banquero se había hecho ahora multimillonario, y al poco tiempo se vinieron a llevar el ganado para trasladarlo a otra finca no muy lejana. La expropiación solo concernía a la nuda tierra, no los bienes adicionales, así que el ganado se fue y se quedó la tierra.

El gobernador, que tanta comprensión demostró lidiando este asunto, se aprestaba por aquel entonces a lanzar su campaña de reelección, y seguro que de todo esto había sacado unos cuantos votos, probablemente venidos de las dos partes en la contienda. Y quizás algo más.

Rufino también se presentaría en esas elecciones, como candidato de la oposición, eso sí, pero sus labias y sus ojos azules aumentaban su potencial. Y además era eficaz, ¿quién podría dudarlo?

Ya se han apagado las luces del escenario: fuera de la hacienda ya no está la Policía, que se ha llevado también su tele. Los de la recién creada cooperativa de usuarios de la Migueliña no verán el Brasil-Argentina de hoy, todavía no les ha dado para comprar una tele propia.

Con los fondos de auto tasación, integrados por un subsidio del movimiento, compraron semillas y utensilios para el trabajo y otros bienes de primera necesidad para cocinar y vivir.

La casa de la hacienda fue despojada de todo lo que había dentro después de la expropiación, pero se quedaron las paredes y se pudo usar como sede de la cooperativa.

Para construir casitas individuales no quedaba mucho más que fuerza de brazos, así que eso se haría más tarde, que ahora la prioridad era empezar a cultivar lo más pronto posible.

Los nuevos propietarios se alojaron provisionalmente en los establos, no sin intentar rebajar un poco el terrible hedor heredado por los anteriores inquilinos.

Al cabo de un tiempo, el subsidio del movimiento se fue acabando: ahora resultaban más prioritarias, les dijeron en una carta de contestación a su pedido de nuevos fondos, las nuevas ocupaciones que todavía quedaban por hacer en el resto del país.

João tenía su tierra, María tendría su casa, pero después de la primera cosecha, cuando ya hubiera dinero para ladrillos.

João y Maria son felices, en el fondo son gente simple y de pocas pretensiones: estar juntos, tener la barriga llena, ser libres.

Mientras tanto, otros han hecho su agosto, pero ya se sabe, la política no es un asunto simple.

EDUARDO

Eduardo era el autentico arquetipo del futbolista brasileño, genio y figura hasta la sepultura.

De orígenes modestos, como la mayoría de los astros del fútbol, pero no tanto como la mayoría de sus compañeros de aventura. No había crecido en la *favela*, sino en la parte norte de Rio.

Blanco, no negro o mulato, desde niño destacó por su toque virtuoso de la bola y sus innatas dotes atléticas, que hasta la época juvenil le permitían aguantar los partidos a tope hasta el final, aún sin matarse excesivamente en los entrenamientos, que eso nunca le gustó.

Cuando llegó al primer equipo del Flamengo, el club con más seguidores en todo Brasil, Eduardo no tardó en convertirse en uno de los ídolos principales de la afición. Rápido, atlético, dotado de una zancada poderosa y de un chute peligroso. Y además, atractivo, y siempre con un aire desenfadado, hasta burlón. En el calor de la contienda parecía defender los colores rojo y negro como nadie, terminado el partido su seguridad se tildaba otra vez de ironía.

Aunque al Flamengo los títulos nacionales se le resistían, que los tiempos nobles de Zico ya habían pasado, a nivel carioca sí que el equipo, con Eduardo a la cabeza, aguantaba el tirón.

A medida que la fama y el dinero crecían, a Eduardo se le reducían las ganas de entrenar y le aumentaban proporcionalmente las de pasárselo bien.

No que fuera una novedad en el mundo del fútbol, pero para Eduardo ese era su momento, y él quería aprovecharlo hasta el fondo.

Los entrenadores iban y venían, pero ninguno tenía pulso suficiente para obligarle a asistir con regularidad a los entrenamientos. Niño mimado de la afición y de los directivos, respetaba sólo sus propias reglas, y esas eran bien peculiares.

La costumbre quiere que a las súper estrellas se les perdone todo, con tal que rindan en la cancha. Y para el joven Eduardo parecía no existir incompatibilidad alguna entre los vagabundeos nocturnos y el buen desempeño deportivo.

A veces parecía estar dormido o descansando en la zona sombreada de la cancha, pero de repente se despertaba y con agilidad felina se abalanzaba sobre una pelota perdida creando peligro y, a menudo, goles.

Así que las cosas seguían su curso con regularidad, y a Eduardo nadie le podía decir nada.

Las discotecas de moda de la zona sur abrían sus puertas de par en par cuando llegaba él, en flamantes coches deportivos y acompañado por esas chicas que parecen inalcanzables para el resto de los mortales.

Nunca las mismas, eso sí, que a Eduardo le gustaba la variedad, así que nunca se le llegaron a atribuir, en esos años, flirteos consolidados.

Pero una noche, todo cambió de repente, y de la peor manera posible.

Había sido una noche larga, de hecho eran altas horas de la madrugada. Eduardo había hecho la ronda en varios locales y había terminado varias de las botellas de whisky que tenía apuntadas a su nombre en cada uno de ellos.

Pero él se fue cansando de pagar copas a los amigos de siempre y a los admiradores eventuales que le llenaban de elogios para salir en una foto con el campeón, y decidió que esa noche quería emociones fuertes.

Así que decidió dirigirse, acompañado de uno solo de sus amigos, hacia una discoteca conocida por la abundancia y fáciles costumbres de las jovencitas que la frecuentaban.

La entrada de Eduardo en semejante lugar no podía no hacer sensación, y él se podía ofrecer el lujo de elegir a su acompañante. Pero esa noche se sentía con muchas energías y de allí salió no con una, sino con tres chicas, excitadas de ser las escogidas de la gran estrella del momento. Su amigo le siguió el juego y se fue a su propia batalla.

Cuando los porteros de la discoteca le vieron salir con Claudia, Jessica y Pamela, se intercambiaron miradas de admiración: *puxa a vida*, ¡ese Eduardo sí que es una figura!

Noche especial sí sería, pero no por lo acontecido hasta ese momento, que tan novedoso no era: el mismo Eduardo se fardaría, en la primera conferencia de prensa que dio poco después en Europa, en ocasión de su fichaje por un club de allí, que en su vida había estado por lo menos con mil mujeres, aunque quizás fuera una de sus habituales fantasmadas. Pero quedaba bien para un titular de prensa veraniego, y entonces con la reputación morbosa que los habitantes de Brasil tienen por esos parajes.

Sería especial porque el fin de fiesta, que se prefiguraba tan feliz, llegaría muy pronto.

Eduardo, bajo los efectos del alcohol, pero sobre todo de su prematura excitación, se vio animado por lo desierto de la avenida Atlántica a acelerar más allá de la cuenta a su poderoso cochazo. Sin embargo, los gritos de admiración de las chicas se tiñeron de terror cuando, pocos cientos de metros más adelante, Eduardo perdió el control del coche, que empezó a dar vuelta como un loco para después incrustarse en la acera y capotar en la playa cercana.

Claudia y Jessica se quedaron aprisionadas en el habitáculo del coche, y eso les resultó fatal. Pamela salió disparada hacia la playa y quedó muy malherida, pero con vida. Por esos milagros que a veces se producen, Eduardo, que también fue expulsado del coche, apenas se rasguñó y no sufrió ninguna herida grave.

El primer informe policial hizo constar que el futbolista no estaba en condiciones de conducir: fue llevado a un hospital donde se le tomó una muestra de sangre y le prestaron los cuidados necesarios.

Pasó la noche allí por precaución, pero a la mañana siguiente un abogado del club consiguió que se evitara su paso a prisión.

Los periódicos brasileños se llenaron del escándalo: Eduardo, la estrella loca del Flamengo, se había pasado de la raya y su conducta imprudente había causado la muerte de dos personas y heridas graves, con consecuencias aún por definir, a otra.

El país se dividió en dos partidos: los que pedían un castigo ejemplar para el futbolista irresponsable, una muestra más de las degeneraciones de los campeones deportivos; y los que subrayaban lo accidental de la situación y la involuntariedad del pobre Eduardo.

Eduardo se escondió en su casa, renunciando al protagonismo que le era habitual, protegido por los abogados y los hombres de seguridad puestos a disposición por el club.

Un par de semanas más tarde, Eduardo volvió a los entrenamientos, a los cuales se entregó como nunca lo había hecho antes.

El día que volvió al Maracaná, se le acogió como a un triunfador: probablemente entre los que le aclamaron no estarían familiares de Claudia, Jessica y Pamela (que, mientras tanto, estaba fuera de peligro, pero cuya recuperación se antojaba muy larga). Sin embargo, lo que parecía importar a la mayoría de los presentes era que Eduardo estuviera de vuelta a la arena, lo cual llenaba de satisfacción también a la junta deportiva, orgullosa de haber amparado al ídolo de la hinchada en esos momentos tan difíciles.

La comprensión del club había llegado tan lejos que hasta había enviado un ramo de flores a Pamela, formulándole deseos de pronta recuperación.

Esa tarde no fue de la mejores de Eduardo, que contuvo sus piruetas y acabó reemplazado en la segunda parte, pero todos lo comprendieron y justificaron.

La forma volvió poco a poco, y para las finales del campeonato, Eduardo estaba a punto para enfrentarse en su mejor condición a los adversarios de siempre: los del Vasco da Gama.

Mientras tanto, el procedimiento judicial seguía su curso y, aunque los abogados de Eduardo intentaran conseguir que no se tomara en cuenta el resultado de los análisis sanguíneos por algún defecto formal, la puesta en acusación del futbolista se hizo inevitable ante las abundantes evidencias. En realidad nadie había visto a Eduardo ingerir alcohol esa noche, pero que él no estuviera en condiciones de conducir cuando el accidente no lo podía negar nadie.

Terminado el campeonato con un título más en las vitrinas del club de Gavea, las negociaciones para la transferencia de Eduardo a un famoso club italiano entraron en su fase final. La cotización del jugador había alcanzado cuotas muy significativas, y el club no quería perder la ocasión de sacar una buena plusvalía vendiéndole.

La hinchada se enfureció, pero más por deber que por otra cosa: ya sabían que todos los buenos jugadores acababan por marcharse de Brasil para maximizar sus ganancias en alguna liga europea, no se podía hacer nada para revertir ese flujo incesante.

El caso de Eduardo era, sin embargo, distinto: carioca hasta la médula, había siempre pregonado a los cuatro vientos su fidelidad a la ciudad maravillosa y a su club, afirmando a todos los que le quisieran escuchar que nunca hubiera podido vivir fuera de Río.

Claro que la oferta que se le hizo (en esos años, muchos clubes europeos parecían estar sentados sobre un arcón lleno de oro, y se permitían el lujo de contratar a los jugadores que parecían interesantes a condiciones de maharajá; pocos años más tarde, se descubriría que en la mayoría de los casos se tra-

taba de un bluf, y varios de esos clubes quebrarían ante el peso de unas deudas acumuladas del todo insostenibles) había sido muy tentadora, y quizás valiese la pena de renunciar durante tiempo a los placeres de la noche carioca para ir rentabilizando la fama adquirida.

Su amor a Río de Janeiro quedó reflejado en la curiosa cláusula contractual que el procurador del jugador le exigió al club comprador: Eduardo debía quedar libre, pasase lo que pasase, no solo para acudir a las llamadas del seleccionador nacional, que eso era habitual, sino también para participar en el carnaval de Río y en sus famosos desfiles a paso de samba.

Eduardo empezó a jugar en una famosa liga europea, donde mantuvo un nivel decente, sin alcanzar jamás las cotas excelsas que se esperaban de él a causa de la falta de entrenamiento y disciplina. Toda excusa le venía buena para saltar prácticas y montarse una fiesta.

Si ese ritmo le permitía aún destacar en la blanda liga carioca, en el fútbol europeo, muy físico y agresivo comparado con el brasileño, su condición imperfecta ponía en evidencia sus límites. A veces, Eduardo traducía su impotencia en excesiva fogosidad, y esto le valió un buen número de tarjetas rojas.

En fin, Eduardo no destacó nada en su primer año en el extranjero: con ínsulas de estrella, rindió más bien como uno del montón. Sin embargo, su técnica depurada le permitía mantenerse a flote.

Allí en el extranjero, Eduardo no había acabado de acoplarse incluso fuera de la cancha, así que en cuanto podía se subía a un avión para pasar unos días en su ciudad de origen.

Esto hizo que tampoco entablara especial amistad con ninguno de sus compañeros de equipo, además no había ni brasileños ni latinoamericanos.

El primer carnaval no hubo problema, porque la suerte quiso que coincidiera con un parón del campeonato debido a un partido internacional de la selección local: Eduardo pudo volar

a Río y hacer gala de sus encantos en los camarotes más selectos, que le abrieron sus puertas sin recelos.

Mientras tanto, el juicio a su cargo seguía adelante con paso de tortuga: si el juez de instrucción le había en un primer momento denegado la posibilidad de viajar al extranjero, habiéndosele retirado el pasaporte, el revuelo en la opinión y las discretas presiones hechas por algunos sectores llevaron otro juez a suspender la decisión del otro, mediante una de esas famosas *liminares* que salpican la vida judicial brasileña.

Pasando el tiempo, nadie se acordaba ya de la provisión tomada por el primer juez, y Eduardo podía ir y venir sin el menor reparo.

La segunda temporada se esperaba de Eduardo una notable mejora de sus prestaciones: la adaptación al fútbol internacional había sido lenta y difícil, pero en efecto la clase del sujeto no era agua, y Eduardo empezó a entonarse, llevando para arriba a su equipo, que ya se situaba en las zonas altas de la clasificación.

Pero el carnaval se acercaba otra vez: Eduardo tenía previstas dos semanas de vacaciones en pleno campeonato, y su equipo se enfrentaba a dos partidos absolutamente decisivos para su futuro.

En el último partido antes de la salida prevista de Eduardo para Brasil, el compañero de ataque de Eduardo, un eslavo, se lesionó con cierta gravedad, quedando excluido por varias semanas de la competición.

Los directivos y el entrenador del club se reunieron con Eduardo pidiéndole que, ante esa situación, suspendiera su vacación fuera de temporada y se quedase para echar una mano al equipo en los importantes compromisos que se avecinaban.

Eduardo no le podía ni creer, y se les rió en la cara. Su contrato lo decía claro: él tenía derecho de irse al carnaval y no pensaba renunciar a ello.

El derecho estaba (esta vez) con él, así que nadie le pudo parar. Dejándose atrás los problemas suyos y de los demás,

Eduardo se subió a la primera clase de un vuelo de Varig con destino al aeropuerto Galeão.

Eduardo destacó como nadie ese año en la avenida de Sapucaí: del camarote del año anterior bajó a un carro en una prestigiosa escuela de samba y quedó como una de las principales figuras destacadas.

Luciendo su espectacular físico en la cima de una torreta, demostrando además un certero dominio del ritmo. Era un carioca de verdad, ¡caramba!

Ya nadie recordaba las pendencies judiciales de Eduardo, cuyas extravagancias hacían gracia a muchos. Entre ellos, no se encontraban los allegados de las dos chicas muertas y de la otra infortunada, que se había recuperado parcialmente, pero no del todo.

Pero, a pesar de todas las artimañas de los abogados para atrasar el curso de la justicia, el juicio estaba a la vuelta de la esquina.

Eduardo volvió a su club, donde sin embargo el ambiente se había enfriado mucho debido a su actitud de pocas semanas antes.

El campeonato terminó, y el club no mostró interés ninguno en respetar el contrato del jugador, que acabó traspasado de vuelta a Brasil, nada menos que al Vasco, el rival mortal del Flamengo.

Causó sensación la primera foto en la prensa de Eduardo enfundado en los colores blancos y negros del club de São Januario.

Las frustraciones vividas en el extranjero no le habían hecho perder ni una pizca de arrogancia a Eduardo, que volvió a los céspedes brasileños con las mismas ínsulas de antes. Además, el Vasco era en ese momento un equipo puntero.

Llegó también el juicio, y las divisiones de antaño se renovaron: Eduardo acabó condenado, por homicidio involuntario, a una pena de prisión relativamente leve comparada con los excepcionales estragos ocasionados.

Algunos opinaron que, por ser famoso, se había hecho de él un chivo: al fin y al cabo había sido un lamentable accidente, eso le podía haber pasado a cualquiera; otros opinaron que, por ser famoso, se le había otorgado un trato de favor.

Fuera lo que fuese, a Eduardo se le suspendió la pena de prisión, que sin embargo quedó pendiente sobre él.

Poco después Eduardo, que parecía haber terminado la etapa de descontrol absoluto que le había valido el apodo de «el Bestia», montó una súper boda como solo una futbolista hoy en día lo hace, cuando se casó, claro está, con la modelo de turno.

Eduardo siguió como siempre, muy irregular en la cancha, un poco menos fuera de ella.

Al cabo de un tiempo, el juez, revisado su caso, decretó su ingreso a prisión, otorgándole sin embargo el privilegio de un horario reducido entre rejas, que le permitiese entrenar y jugar los partidos. Sin embargo, debería pasar, de lunes a viernes, las noches en prisión.

La polémica se reavivó, y muchos concordaron en la causa fundamental de la decisión judicial: se iba acercando la enésima final Vasco-Flamengo, y ¡el juez sería flamenguista!

Hasta la amenaza de este régimen carcelario bien generoso duró bien poco: la enésima *liminar* de complacencia vino a aliviar a un Eduardo al cual la justicia no dejaba respiro.

Pero si nuestro héroe no llegó a pagar para su lamentable actuación de unos años atrás, un nuevo acontecimiento vendría a compensar esa situación poco tiempo después.

Si Eduardo no llegó a conocer una celda por el caso anterior, resbalaría más tarde sobre una piel de plátano totalmente imprevista. Sería en ocasión del cumpleaños de su hija, para el cual invitó a su hermosa y exclusiva residencia —ubicada en los altos que llevan al Corcovado— a montones de amiguetes de su hija y a mucha más gente, en la típica pachanga que se produce en estas ocasiones cuando los famosos abren parcialmente las puertas de sus casas.

Claro, hasta la prensa estuvo allí, y publicó en las revistas de rigor, leídas en todo el país, una foto retratando a Eduardo en su última gracia, que tanto había divertido a los niños: el país le vio suministrándole un biberón lleno de cerveza a un mono bebé que pasaba por allí.

Hecho liviano, podrían pensar algunos, pero la paciencia hacia nuestro personaje ya se había agotado: podían quedar perdonadas dos muertes bajo el influjo del alcohol, pero esta nueva virguería no podía quedar impune.

La Agencia Federal de Protección de los Animales tomó cartas en el asunto e instruyó un caso sumarísimo que se saldó con una sanción pecuniaria de cierta importancia impuesta a Eduardo por malos tratos a un animal.

Para que se vea que la justicia humana antes o después llega, no siempre hace falta conformarse con la divina.

GAMA

¿Qué es el fútbol para Brasil? A pesar de las extraordinarias pasiones que este deporte levanta a lo largo y ancho de todo el planeta, la relación que los brasileños tienen con él es algo diferente. La afición a un club permite expresar, como en todas partes, el sentido de pertenecer a un grupo, de deberse a unos colores, a un territorio.

Y a esa pertenencia se vinculan las rivalidades enconadas, el gozo con la derrota del contrincante tradicional (Vasco-Flamengo, Palmeiras-Corinthians etc.), el mofarse del mal ajeno. En fin, como en todas partes, nada nuevo en ese sentido.

Pero, más intensamente que en otros países, todas esas diferencias se allanan cuando se trata de apoyar al equipo nacional, la *verde e amarela*. En un país relativamente joven como Brasil, que pocas veces ha tenido conflictos fuera de sus fronteras o razones para grandes movilizaciones nacionales, la camiseta de la *seleção*, que lleva los colores de la bandera, une a todos los brasileños por encima de las diferencias en una muestra de identidad.

Y, aún más allá de este sentimiento nacional, se unen, en el fútbol vivido a la brasileña, el amor a la estética, a lo bello, a lo genial, tan arraigado en el alma de este pueblo mestizo y latino a un tiempo.

Así que no basta que la selección gane: tiene que hacerlo bonito, ganar bailando como en la tradición. Hacerlo usando el estilo de otros, no vale; Brasil tiene que ganar a su ritmo, yuxtaponiendo las dos grandes artes que enorgullecen a los brasileños, la de la bola y la musical.

Pero Brasil es Brasil, y en el fútbol también. Si en los céspedes los artistas son inigualables, en los despachos se mueve

otra clase de especialistas. Porque el fútbol también es poder, y para algunos que de ello se aprovechan, todo vale para que nada cambie, como mostrará nuestra historia, que tuvo lugar pocos años atrás.

Es la historia de un equipo pequeño, el Gama, que después de una andadura incierta en la primera parte de la temporada, consiguió una serie de excelente resultados y, por primera vez en su historia, alcanzó el pase a la primera división, al lado de los grandes tradicionales.

Se trataba de la primera vez que un equipo del Distrito Federal (Brasilia) estaba en la máxima división del fútbol brasileño, excepción hecha de una lejana temporada en la cual el campeonato se había jugado sobre base regional, y cientos de equipos de todo el país habían tomado parte en él, pudiendo vanagloriarse de ser, por una vez, «equipos de primera».

La subida a primera división del Gama, que en realidad es el equipo de una pequeña ciudad del Distrito Federal del mismo nombre, fue seguida con creciente interés por los habitantes de la capital, que fue adoptando al club como representante de toda la ciudad.

Los partidos decisivos para la subida fueron jugados en el estadio central de Brasilia, el algo vetusto y a menudo desocupado «Mané Garrincha» y no en el pequeño estadio de Gama, el «Bezerrão».

En realidad, nadie o casi nadie era del Gama, equipo pequeño, pero sí el Gama se había convertido en el segundo equipo de todos, «flamenguistas, corinthianos» u otra cosa que fueran.

En el fondo, lo que animaba a muchos era la idea que sus equipos vendrían una vez al año a jugar a Brasilia, una simpática novedad para los aficionados a los diferentes clubes residentes en la ciudad, acostumbrados a ver a sus equipos solo por la tele.

El Gama, segundo equipo de todos, empezó sus andaduras por la primera división con dificultad: formado en su mayoría por jugadores prestados por otros equipos, era un equipo dife-

rente al del año anterior, cuyos buenos elementos habían todos vuelto a sus equipos de origen. Para los jugadores también el Gama era una segunda opción, no más.

Así que una vez más, la primera parte de un campeonato fue para el Gama un calvario de derrotas y un vals de entrenadores, a cada cual se le daban dos o tres partidos como plazo máximo para llevar a cabo un milagro.

Tristemente asentado en las últimas plazas de la clasificación, el segundo equipo de todos parecía abocado a un rápido descenso a segunda (y los más cínicos sonreían, un club pequeño como ése no puede valer para más).

Pero la pelota es redonda, y tampoco es que ese grupito de jugadores fuese especialmente peor que muchos otros en el campeonato.

Y las cosas, para sorpresa de muchos, empezaron a cambiar el día menos esperado.

Ese domingo de septiembre llegaba a Brasilia el Flamengo, ese sí el equipo de todos, o por lo menos de medio país. Carioca con tradición, el equipo que fue del gran Zico había conseguido, desde los ochenta, aunar alrededor de sus colores rojo y negro la pasión de una mayoría de brasileños. Hasta en las remotas cabañas de los caboclos del Amazonas el escudo del Flamengo hace muestra de sí, acompañado a menudo, eso sí, por la mismísima Virgen María, que la fe es a menudo un concepto binario.

El Mané Garrincha, cuyas gradas nunca se llegaban a llenar, estaba a rebosar ese día. Hasta el acceso a los pésimos fondos, desde donde se ve francamente mal, tomó horas. No cabía un piñón más. Hasta las cámaras de la televisión se habían dignado desplazarse por primera vez a la capital federal, para enseñarle al resto del país la inevitable goleada. Todos los presentes palpitando en rojo y negro claro, salvo un pequeño grupo de incondicionales que seguían fieles a los colores blancos y verdes del Gama.

El club pequeñín, víctima predestinada al sacrificio en el altar del grande, empezó titubeando, frente a semejante majestad.

Pero el rey estaba desnudo.

El apoyo sin frenos de la multitud no pudo inspirar menos a los jugadores de Rio, que no conseguían hacer nada bueno. Poco a poco el Gama se fue animando, al ver que el ogro en frente no era tan feo.

Mediada la segunda parte, pasó lo lógico: fue el pequeño que se adelantó en el marcador, dejando atónitos a casi todos, salvo a los que se habían preocupado en ver al partido real y no al imaginario.

Gama 1, Flamengo 0.

No terminó allí: el Gama tuvo miedo de ahondar en la herida, el Flamengo reaccionó, y de alguna forma consiguió en los minutos finales un golecito que salvó los muebles para los visitantes.

Pero lo esencial estaba hecho: ya al salir del estadio, los pocos blancos y verdes estaban hinchados de alegría, porque el clubecito se había ganado el respeto del grande.

Empezó entonces otro campeonato: al mando de un nuevo entrenador, más afortunado que los anteriores, y gracias también a un par de acertados fichajes hechos sobre la marcha, el Gama empezó a ganar partidos, en casa y fuera: cayó el Palmeiras, cayó el São Paulo, cayeron otros, y el Gama fue subiendo hacia la mitad de la tabla.

Los jugadores prestados empezaron a dar disgustos a sus clubes y la cosa estaba empezando a ponerse interesante.

A falta de pocas jornadas para el final, el Gama se había situado ya en una posición tranquila, que aseguraba su permanencia un año más en la elite del fútbol.

Fue entonces que las piezas empezaron a moverse para que la historia no cambiase de rumbo.

De haber sido los contrincantes del Gama en la lucha para evitar el descenso otros clubes de igual tamaño, otro gallo hu-

biera cantado. Pero allá al fondo de la tabla estaban unos «grandes» que, a falta de fútbol, podían exhibir linaje.

Entre ellos, el Botafogo de Rio y el Internacional de Porto Alegre, pero otros también andaban por allí corriendo riesgos.

De hecho, el sistema de competición, que en Brasil varía cada año al son de las ideas brillantes de los directivos de la federación, había previsto ya proteger de alguna forma a los grandes: a efectos del descenso, se tomaba cuenta no solo de los resultados de la temporada en curso, sino del promedio de los puntos en los últimos dos años. Lo cual le ofrecía de por sí cierto colchón de seguridad a los clubes que estuvieran especialmente abajo, y que podían así compensar en parte su mala actuación del año por una previsiblemente mejor actuación del año anterior (si la hubieran tenido peor, ya habrían bajado a segunda en aquel entonces).

En el caso del Gama y de los otros novatos, solo se tomaban en cuenta los resultados del año, lo cual de por sí creaba una extraña desigualdad a priori: un recién ascendido necesitaba distanciar en por lo menos tres o cuatro puntos a un equipo tradicional para salvarse.

Aún así, durante buena parte del campeonato pareció que ninguno de los grandes correría serios riesgos de bajar.

El despertar del Gama, unido a las derrotas continuas del Botafogo, cambió la situación, y todos los datos apuntaban a un descenso inevitable del equipo de Rio.

Hasta que alguien no descubrió que el día que el São Paulo le había ganado 7-2 al Botafogo, ese equipo había contado en sus filas con un jugador, Hiroshi, cuya ficha era irregular por un problema de edad.

El Botafogo, recibida la preciosa información, interpuso recurso justo a tiempo y la Federación de Fútbol, no conforme con quitarle los tres puntos de la victoria al equipo de São Paulo, se los otorgó al Botafogo, extremo este no previsto por el reglamento, que se limitaba a prever el descuento de los pun-

tos al equipo infractor. Puntos muy bienvenidos, por cierto. De paso, también le regaló tres al Internacional, que se encontraba en la misma situación.

Curiosamente, el mismo jugador había intervenido también en otros siete partidos, pero no se consideró necesario quitarle puntos al equipo paulista en esos casos, a no ser que empezara a peligrar la situación de ese club, al fin y al cabo el único culpable de lo acontecido.

¿Y el Gama en todo eso? Vio a sus contrincantes favorecidos a pocos días del final del campeonato, y acercarse peligrosamente a él. Con el São Paulo, el Gama había ganado en el césped, estuviera o no Hiroshi.

Se podría pensar que, frente a semejante trato, la calle se indignaría: el deporte supone reglas justas e iguales para todos, ¿no es cierto?

Sin embargo, el sentir de muchos brasileños era, extrañamente, otro: el comentario más común en esos días era que «un equipo con la historia que tenía el Botafogo no podía bajar a segunda. Era el equipo de Garrincha. Por lo contrario, el Gama no es nadie».

O sea, que parecía que el tiburón tenía más fanes que el pececillo.

Se llega a la última jornada: sumando los puntos regalados, promediando con los puntos del año anterior, al Botafogo todavía le hacía falta ganar el último partido para evitar el descenso.

Aún así, para que no cupieran dudas, el todopoderoso hombre fuerte del fútbol de Rio, un señor cuyo nombre no haremos porque de verdad falta no hace, anunció para el día siguiente a la última jornada, una reunión de todos los clubes grandes. Motivo de la reunión: imponerle a la Federación un cambio retroactivo de las reglas de competición, para arreglar el desguisado pasase lo que pasase. A su decir, el sistema actual favorecía indebidamente a un equipo como el Gama: vamos, el mundo al revés.

La idea que se pudiese considerar aceptable cambiar el sistema de puntuación y competición después de la conclusión del campeonato no pareció crear mayor escándalo en la opinión pública, muy sensible al drama vivido por el Botafogo: los eventuales dramas de otros no parecían comparables en importancia.

Llegada la hora de jugar, el equipo de Rio se las arregló para ganar a su contrincante ese día, que no nombraremos por piedad: gol en el primer minuto, después noventa minutos de pachanga y, entre medias, un descanso ampliado a treinta minutos para allanar eventuales complicaciones.

Con un parche y otro, se había conseguido evitar lo que había parecido inexorable: a pesar de tener detrás de sí ocho equipos con menos puntos, el cuarto equipo que descendía era el Gama, salvándole los muebles al Botafogo, que hubiese estado en su lugar sin tantas intervenciones «divinas».

La escena de un patoso secretario de la federación de fútbol, anunciándole al país por televisión desde los locales federativos lo que todo el mundo sabía de antemano, o sea el descenso anunciado del Gama, evocaba épocas pasadas que hubiera sido mejor olvidar.

Lo triste de la historia no era tanto la arrogancia demostrada por el consorcio de los equipos grandes, dispuestos a todo para ayudar a uno de ellos, la sumisión de la federación nacional a los intereses de aquellos o la reiterada vulneración de las reglas: lo más grave había sido la inercia con la cual la mayoría de los aficionados al fútbol habían asistido al atropello del sentido común.

Al día siguiente de esa conclusión tan turbulenta del campeonato nacional, el club de Brasilia anunciaba un recurso ante la justicia deportiva en contra de la indebida atribución al Botafogo de los puntos perdido contra el São Paulo: pías ilusiones, dado que a decidir sería el mismo órgano que había tomado esa decisión.

Que naturalmente confirmó su decisión anterior. Amparado por un político local en busca de popularidad, el abogado del Gama anunció entonces su intención de atacar la decisión ante la justicia ordinaria por fraude al consumidor: cambiar las reglas durante el campeonato suponía, en efecto, alterar la igualdad de la competición y, de esa manera, engañar al seguidor de fútbol. Un enfoque novedoso, eso sí, pero no carente de realismo a la vista de lo acontecido.

Recurrir a la justicia ordinaria es un anatema en el ámbito deportivo, en Brasil como en el resto del mundo: en efecto, en el deporte suele valer el principio que sólo la justicia deportiva es competente en materia, al fin de preservar una autonomía específica para este mundo. Pero esto supone también que dicha justicia deportiva actúe de forma satisfactoria: difícil argumentarlo en este caso.

Naturalmente, la justicia ordinaria dio en seguida la razón al club de Brasilia, ordenando a la Confederación Brasileña de Fútbol la readmisión del Gama a la Serie A del año siguiente: demasiadas habían sido las anomalías que habían llevado a su exclusión.

Muy significativo el hecho que el texto presentado por la Confederación de Fútbol y el presentado por el abogado del Botafogo ante el tribunal fueran idénticos, escritos por las mismas manos. O sea, que la imparcialidad federal en el caso quedaba demostrada una vez por todas.

Pero los clubes grandes se consideraban por encima de la ley y, en lugar de acatar la decisión judicial, hicieron todo lo contrario: convencieron a la Confederación Nacional de que denunciase la «actitud irresponsable» del Gama ante la Federación Mundial de Fútbol que, gozosa de meter la pata ella también (la arrogancia y el desacato a las reglas es materia que abunda también en el ámbito internacional), apoyó en seguida semejante tontería. Evidentemente, a ciertos personajes les parece normal que el apaleado agache la cabeza.

Así que la Federación Mundial envió a sus representantes a Rio: y ellos, bien felices por semejante excursión a la ciudad maravillosa, después de estudiar a fondo el caso aconsejaron suspender al Gama de toda competición. El señor Montesquieu hablaría quizás de espíritu de las leyes, pero él no fue consultado al no encontrarse en Rio en esa ocasión.

Bien, la novela continuaba en las semanas siguientes. Dado que le Confederación respondía de esa manera a las decisiones judiciales, el Gama acudía sucesivamente a los diferentes Tribunales Superiores, que todos confirmaban el dictamen que readmitía al Gama a la primera división (sin, por otra parte, condenar al Botafogo a la segunda).

Cuando la decisión llegó a ser del Supremo Tribunal, que dictó que todo campeonato de primera división del año siguiente tendría obligatoriamente que contar con el Gama, a los clubes poderosos no les quedó más remedio que abandonar ellos el campeonato. Esta sí que se puede definir como coherencia.

El ínclito señor diputado federal que ya hemos encontrado con antecedencia en su papel de hombre fuerte del fútbol carioca, anunció que los clubes «históricos» dejaban la Confederación para organizarse su propio campeonato, en él participarían todos los miembros del selecto club, y al cual además se invitarían todos los demás clubes de la primera división, con excepción, claro está, del Gama, reo de desacato mayor.

Dicha «liga» nunca vio el día: el Tribunal Supremo reiteró, en su decisión siguiente, que incluso ese campeonato estaría sometido a la misma regla: o con Gama o nada.

Al cabo de meses de deliberaciones, hasta los más obstinados tuvieron que ceder, y finalmente, en vísperas del campeonato, se publicó el calendario de la nueva competición, a la cual se admitían, en lugar de los 20 equipos previstos o de 21 con el Gama, 24 equipos: o sea, los 20 del año anterior, más los descendidos, incluido el Botafogo.

El parto había sido doloroso, pero al final el Gama se salió con la suya, y bien pocos hubieran apostado por esta conclusión al principio.

A quién afirmó en esos días que en Brasil el fútbol era grande a pesar de sus dirigentes, el bien fornido diputado y hombre fuerte, que ahora encontramos en su tercera encarnación de dirigente federal, respondió rabiosamente que si el fútbol brasileño había sido cuatro veces campeón del mundo se debía a su excelente organización: hasta los más parciales no pudieron evitar de sonreír ante semejante patochada. ¿No tendrían algo que ver con eso los Pelé, Garrincha, Rivelino?

Terminado el psicodrama, aún quedaba en las mentes de muchos la idea que «los grandes no podían caer», concepto este bien brasileño.

Al cabo de unos años, hasta ese mito se esfumó. El primero a despedirse de la primera división fue —¿quién lo hubiera dicho?— el mismísimo Botafogo, seguido del glorioso Palmeiras. Por cierto, al cabo de un par de años también el Gama bajó, esta vez por deméritos propios, logrados en la cancha. Y tanto el Botafogo como el Palmeiras volvieron felizmente a subir.

Así que el río ha vuelto a su cauce. Pero la historia demuestra que algunos anticuerpos empezaron a funcionar en esa ocasión, y para bien. Y quien piense que el fútbol no deja de ser algo liviano, bien, todavía no conoce Brasil.

LA MUERTE POR LAS CALLES

En la madrugada del 19 de agosto, noche de invierno austral y por lo tanto rígida, una patrulla de la Policía Militar encuentra en la Rua San Bento, a escasa distancia de la Plaza de la Sè, en pleno centro de São Paulo, a un mendigo gravemente herido en la cabeza. Son las 4.39 de la mañana.

No llegará al hospital con vida.

El fallecido aparentaba unos 55 años de edad y medía 1.72. Parece que estaba durmiendo solo en esa calle.

En los días siguientes, ningún familiar o conocido se personará para reconocerle o reclamar sus restos.

Solo queda de él un informe del Instituto de Medicina Legal.

Será enterrado el día 31 de agosto, en el cementerio Dom Bosco, en la zona norte de la ciudad.

No es la primera vez que una muerte violenta acaba con la vida de un habitante de las calles de la capital paulista. La expresión de «habitante de la calle» resulta ser una traducción literal de la expresión brasileña empleada habitualmente para definirlos: *moradores da rua*.

Según las estadísticas disponibles, en São Paulo se identificaron en 2002 a 10.394 habitantes de la calle, la mitad de los cuales acostumbran pasar sus noches sobre el asfalto. Los otros lo hacen en instituciones, asilos o donde puedan.

La impresión de quien circula por la ciudad es que en realidad pueden ser más que diez mil. Sus historias, normalmente no contadas, suelen tener varios puntos en común, como el alcoholismo, el desempleo, la pobreza, la marginalidad. Los caminos que los llevaron a la calle, sin embargo, pueden ser muy diferentes.

Como decíamos, no suele ser tan extraño encontrar a una de estas personas muertas, especialmente en el invierno.

Pero en estas páginas haremos una fría crónica de una noche maldita, la de ese 19 de agosto de 2004, que acabó no con uno, sino con seis cadáveres. Un asesinato, el más violento, completará la macabra secuencia dos noches más tarde.

Algunos, como pasó en el caso de nuestro primer desafortunado protagonista, no llegaron a tener ni siquiera un nombre.

Se fueron en silencio, golpeados en la cabeza por alguien que quiso limpiar las calles de su incómoda presencia.

Se me ocurre pensar en los mormones, y su imposible intento de dar un nombre a todas las personas que han vivido desde la Creación. En los archivos de Salt Lake City parece que están bastante avanzados ya, o sea que han conseguido llegar bastante atrás en el tiempo, consultando archivos y documentos. El objetivo es darle dignidad a todos y cada uno de los seres humanos que han participado, aunque sea anónimamente, de la historia de nuestra especie. Aunque sea simplemente recuperando su nombre una vez. No creo que conseguirán completar nunca semejante empresa, pero seguro que lo seguirán intentando durante mucho tiempo.

Pero en São Paulo no hace falta correr atrás en los siglos para perder la memoria de algunos de sus habitantes: poco tiempo atrás varios habitantes de la calle fueron sepultados anónimamente. Como en una guerra, que en el fondo son víctimas de una, pero con derecho a sepelio individual, a pesar que la tumba quedase sin identificación.

Givanildo Amaro da Silva, apodado *Pantera*, tenía 46 años. Era uno de los «residentes» más antiguos de la zona de la Plaza de la Sè y era muy conocido. De hecho, a parte del apodo de Pantera, se le conocía como «Madre de la Calle» a causa de su forma de ser protectora. Sabemos de él a través de Batatinha, otro habitante de la calle, que Pantera adoptó (informalmente, claro) cuando este fue abandonado por sus padres naturales a los ocho años de edad.

Pantera no se había criado en la calle. Llegó a trabajar en una fábrica de refrescos, después ingresó por algún motivo en el penal de Carandiru, donde se quedó seis años. Allí perdió visión por un ojo, y quizá también fue allí donde contrajo el virus del sida.

Batatinha, cuyo verdadero nombre es Juliano Menezes Oliveira, fue ingresado a los nueve años en un instituto para menores, donde se quedó hasta los 18 años. Givanildo le solía visitar allí todos los días.

También Pantera dejó la calle para una institución, una casa de la Fraternidad Toca de Assis, donde llegó a quedar cuatro meses. Pero, según uno de los sacerdotes que regentaba esa casa para habitantes de la calle, tuvo nostalgia de ese soplo de libertad que le daba la vida allá fuera.

Pantera pasaba muchas noches al lado de su hijo adoptivo, que le vio por última vez la noche anterior, en la cual le regaló un paquete de cigarrillos, diciéndole que sería el último regalo que le hacía.

Quién sabe por qué dijo así, pero sí que fue el último.

Después de pronunciadas esas palabras, Givanildo se dirigió hacia la tienda de Seu Pedro, frente a la cual pasaría esa noche, acompañado por su amigo Jakson Ferreira.

Jakson no estaría con él la noche siguiente, la del maldito 19 de agosto.

Givanildo fue encontrado cadáver. Su cuerpo fue reconocido por su hermana Irani Maria Lima, de la misma edad.

Fue enterrado el día 20 de agosto en el cementerio de la Saudade, en São Miguel Paulista, zona este de São Paulo.

Dos víctimas más de esa noche en la cual Dios estaba distraído no llegarán a tener nombre: un desconocido de unos aparentes 40 años fue agredido en esas mismas calles, y fue transportado a un hospital cercano, donde llegó en estado comatoso, con traumatismo craneal y hematomas por todo el rostro y la cabeza. A pesar de producirse mejoras en su estado de salud

en los días siguientes a su hospitalización, volvería a empeorar después, para finalmente morir el día 13 de septiembre. Nadie se presentó en el hospital.

Otro muerto sin nombre fue encontrado en estado muy grave en la Rua Tabatinguera, esa misma madrugada. Sin llegar a mostrar síntomas de recuperación, se apaga el día 21 a las cinco y media de la mañana. No reclamado por nadie, es enterrado en el cementerio Dom Bosco el 31 de agosto.

También Cosme Rodrigues Machado fue encontrado en la Rua Tabatinguera un poco más tarde, a las siete de la mañana, en frente de una oficina donde solía acostarse. Ya estaba muerto y, como todos sus compañeros de desgracia, su cráneo estaba destrozado.

De Cosme sí tenemos alguna referencia más, siempre gracias al mismo sacerdote que ya había revelado algunos detalles del carácter de Givanildo. Había nacido en Remanso, en el estado de Bahia, y se había trasladado a la capital paulista a los 15 años. Había trabajado como pastelero y también en una pizzería. Tenía reputación de ser buena persona, y gracias a eso se ganaba algún dinerillo ayudando a lavar coches en un parking y prestando algún servicio eventual a unos comerciantes del barrio.

Cosme era una persona muy reservada y, según nuestro sacerdote, confuso. Claro que el vicio de la bebida no ayudaba a despejar esa confusión, pero es una constante entre los habitantes de la calle.

Hacía ya varias noches que venía durmiendo en ese mismo lugar donde fue asesinado.

Cosme fue enterrado el 20 de agosto, en el cementerio de Vila Formosa, zona este de la ciudad. Sí se personó su hermana Flordenice, de 53 años, que se dedica a coleccionar y revender latas de bebida, que hizo saber que su hermano sufría de trastornos psiquiátricos.

Probablemente no era el único en esa condición que pisó las calles de São Paulo esa noche.

De Antonio Odilon dos Santos, encontrado en grave estado después de ser agredido en la misma Plaza de la Sè, conocemos el nombre no a través de ningún familiar, sino gracias a la identificación de las huellas digitales, que estaban fichadas en alguna parte. Sin embargo, su nombre no llamó la atención de nadie y Antonio fue enterrado, como otros de nuestra historia, en el cementerio Dom Bosco, el día 31 de agosto.

Las víctimas mortales de la noche de 19 agosto fueron seis. La estela de muertes, sin embargo, no terminó esa noche. A pesar de la vigilancia intensificada, el grupo de asesinos, ya que seguramente no se trataba de uno solo, actuó una vez más para masacrar a Maria do Indio.

Todas las pertenencias de Maria de Lourdes de Souza fueron encontradas a su lado, en la Rua Barão de Iguape, sucias de sangre: una muñeca de plástico, una caja de cartón, una bolsa, un peine, un chal, algunas camisas, panfletos electorales de candidatos en las elecciones municipales.

María, que aparentemente se relacionaba con un indio, de aquí el apodo, tenía unos 40 años, aunque mal llevados. Epiléptica, juntaba alcohol con medicamentos en una mezcla explosiva.

Aparentemente, ella y su compañero tenían un hijo, que, según lo que cuenta Sheila, otra habitante de la calle que la conocía, María tenía la intención de ir a visitar próximamente.

Ni el indio, ni ese hijo, ni ningún otro pariente fueron al Instituto de Medicina Legal para reconocer el cuerpo.

Lo cual llevó a un entierro solitario en ese mismo cementerio Dom Bosco, que ya sabemos que acoge a varias de las víctimas de la violencia de esas noches.

Parece increíble que en un país como Brasil, que por otros lados se hace querer tanto por la simpatía y la humanidad de sus gentes, puedan darse con tanta frecuencia arrebatos de violencia tan deshumana.

Es como si en él vivieran un doctor Jekyll y un mister Hyde, y se intercambiaran constantemente sus papeles. ¿Cuál es el

verdadero Brasil, el encantador y alegre que tanto nos gusta a todos o el tétrico y violento que tantas veces rebrota? ¿Cómo pueden ser ambos verdaderos? Parece imposible.

Los culpables de los asesinatos de habitantes de la calle de São Paulo no han sido identificados, ni nunca lo serán: como por tantas otras explosiones de locura, como la matanza de los niños en plaza de la Candelaria en Rio de Janeiro, la Policía brasileña se muestra implacable en su ineficacia: las estadísticas dicen que se resuelven en Brasil el 1% de los casos sometidos a la atención de la Policía, militar o civil que sea. Vamos, no podemos decir que sea un dato muy tranquilizador.

Las razones que explican tanta incompetencia son probablemente dos: por un lado, en una gran mayoría de hechos delictivos que se cometen en las ciudades brasileñas hay complicidades de miembros de esos cuerpos policiales, que muchas veces más que encubrir, cometen los delitos.

Por el otro, está la complacencia de las clases acomodadas, que no se sienten concernidas por la violencia, que suele golpear a los grupos sociales más bajos. Claro que la actitud cambia cuando que la barrera entre ricos y pobres se derrumba, y el crimen llega a afectar la vida de los de arriba.

Para entender un poco más qué es lo que puede llevar a un grupo de gente a matar a golpes a unos seres inofensivos en una fría noche de invierno, nos referiremos a un reportaje periodístico publicado por la revista de mayor difusión en Brasil, *Veja*, un par de años antes de la noche maldita a la cual hemos hecho referencia hasta ahora.

El reportaje narraba la experiencia de un periodista que, bajo garantía del más total anonimato y cumpliendo con unas estrictas medidas de seguridad, había llegado a entrevistarse con algunos componentes de un grupo de matones, activos en el extrarradio de la capital paulista: se trata de gente que lleva a cabo las tristemente famosas *chacinas*, que tan típicas han llegado a ser en los últimos años en los barrios periféricos del Gran São Paulo.

Una *chacina* o matanza consiste en la eliminación física, normalmente por ráfagas de metralla, de una o más personas que se encuentran en un local, normalmente un pequeño bar o puesto de bebidas (lo que en Brasil se define *lanchonete*). Una banda de encapuchados suele aparecer desde las tinieblas y abrir fuego sobre todos los presentes, masacrando en pocos instantes a todo ser vivo que hubiera tenido la desgracia de estar en el local junto con los verdaderos objetivos de la represalia, normalmente ligada al ajuste de cuentas en el mundo de la delincuencia.

A través de contactos confidenciales con el submundo de la delincuencia organizada, nuestro periodista, que llamaremos por comodidad Francisco, encontró a su contacto en una zona céntrica de São Paulo, en horas nocturnas, para allí empezar un periplo que siguió una ruta a veces en redondo, para al final acabar en un anónimo edificio de un barrio periférico. A partir de cierto momento a Francisco se le encapuchó para que no pudiese quedarle ninguna referencia del lugar al cual se estaban dirigiendo.

Se le quitó la capucha ya en el apartamento, totalmente sellado e imposible de identificar.

El que le quitó la capucha no fue quien le había llevado hasta allí, sino otra persona a su vez encapuchada. Estaba acompañado por otro, encapuchado a su vez. Los dos eran blancos, uno de estatura mediana, el otro más alto y musculoso.

Iban vestidos normalmente, de forma totalmente anónima: no se les hubiera podido distinguir de millones de otros habitantes de la ciudad.

—¿Eres periodista? Qué quieres saber de nosotros. Ya podrás imaginarte que no podemos salir en la tele —dijo el primero, que llamaremos Pedro.

—Bueno, no soy de la tele, escribo para *Veja*. ¿La leen?

—La conocemos, pero tanto como leerla... —respondió.

—El objetivo de esta entrevista es dar a conocer a nuestros lectores quien está detrás de las matanzas. Entender qué es lo que

os motiva a matar de esa forma indiscriminada. Tengo entendido que vosotros formáis parte de una banda. ¿No es cierto?

—Anda, que no has tomado riesgos viniendo aquí —intervino un segundo, que llamaremos Paulo.

—Pues sí, me la estoy jugando. Pero las medidas de seguridad que habéis tomado os garantizan por completo. Aparte de mi palabra, que también cuenta.

—Más vale, porque ya te imaginarás que muchos escrúpulos no vamos a tener si no te portas como es debido.

—No tengo la menor duda, mi querido.

Francisco encendió un cigarro. Estaba tranquilo, por lo menos exteriormente, pero no se puede negar que la situación se las pelaba. Así que por dentro, otro gallo cantaba. Pero no podía darlo a ver. Por otra parte, había sido él quien había propuesto ese alocado reportaje al jefe de redacción, que solo le había autorizado después de muchas resistencias y una vez consultada la propiedad.

Pedro y Paulo, una pareja cuyo nombres apostólicos no les pegan nada, y de hecho son nombres ficticios, encendieron unos cigarrillos.

Francisco formulaba las preguntas indistintamente a los dos, Ambos entrevistados intervenían libremente, Pedro siendo el más dicharachero en un principio. Pero Paulo se fue abriendo más tarde e intervino con más frecuencia a medida que el dialogo iba avanzando.

Francisco quiso saber cómo se habían metido a matones. ¿Era su única profesión, o tenían otro empleo, más normal?

Ambos trabajaban durante el día en otra cosa: uno, en una tienda de fotocopias; otro, haciendo entregas en tiendas. Habían cambiado de trabajo varias veces a lo largo de los últimos años, debido a la gran inestabilidad laboral que imperaba en el mercado. Esta era básicamente la razón que les había llevado a ponerse a disposición de una banda como matones por encargo.

¿Cómo se habían familiarizado con las armas? Pedro probablemente sonrió debajo de la capucha, por lo menos así su voz lo daba a entender.

—Hemos crecido en esta zona de São Paulo, donde las armas circulan más que cualquier otra cosa. Yo aprendí a usar una pistola ya de niño. Ya en el servicio militar aprendí aún más. Me siento cómodo con ellas.

Paulo dijo que él había sido policía, pero que había tenido problemas, en los cuales no quiso entrar, y nunca se había desprendido de sus armas. De todas formas, tenerlas era el más fácil de los problemas a solucionar.

—Cuando decís que os sentís cómodos con ellas, ¿qué queréis decir? Os gusta hacer gala de ellas, ¿os hacen sentir poderosos?

—Hacer gala de ellas no podemos, solo son un instrumento de trabajo. ¿Qué te crees, que vamos por allí armados a toda hora? Solo las usamos cuando nos lo piden.

—Sí, te da seguridad manejar armas, con toda la gentuza que hay por allí —añadió el otro.

—¿Quién os contacta? ¿Cómo funciona todo esto? —retomó Francisco, sin hacer caso de la extraña observación de Paulo.

—Nosotros no somos miembros fijos de una banda, no tenemos un sueldo. Somos externos, nos contratan de forma puntual para efectuar un trabajo.

—¿Qué implica vuestro trabajo, siempre matar?

—Sí, es lo que hacemos.

—¿Cómo identificáis a las víctimas? ¿De quién se trata?

—Siempre mala gente, que ha hecho algo sucio. Hay mucha gentuza por allí. De hecho, nosotros limpiamos las calles

—Pedro venía a confirmar el concepto ya expresado antes por su compañero.

—Sí, pero explicadme por qué las matanzas son siempre tan indiscriminadas. ¿No podríais ir solamente a por vuestro objetivo?

—Hijo mío, lo que pasa es que para pillar a esta gente tenemos que golpear en un lugar público, es mucho más difícil y

arriesgado atacarles en sus domicilios. Cuando nuestro objetivo, al cual hemos ido vigilando durante varios días, es identificado por alguien de la banda en un lugar y en una hora propicia para el ataque, alguien se pone en contacto con nosotros y en ese momento tenemos que pasar a la acción de inmediato. Nos buscan con un coche y actuamos ya mismo.

—Sí, pero ¿por qué eliminar a todos?, ¿cuántas veces se mata a gente que no tiene nada que ver con el asunto, incluso mujeres y niños? Se han llegado a masacrar a familias enteras. ¿No os parece una barbaridad?

—Pues sí, es triste que mueran niños, pero no podemos dejar ningún testigo vivo, en nuestra póliza de vida. Ya sabes que si por si acaso nos atrapa la Policía no llegamos ni a comisaría.

Francisco paró a pensar en los datos escalofriantes de los últimos meses: decenas de esas matanzas indiscriminadas, que habían golpeado ciegamente sin que pasase una sola semana sin ellas, habían provocado cientos de víctimas, matando a decenas de mujeres y niños incautamente presentes en los lugares equivocados. Que no eran otros que lugares de encuentro de barrio, donde debería ser lo más normal del mundo poder estar tranquilamente sentado.

El *crescendo* había llegado a tal punto que ni hacían noticias ya esas masacres que tenían lugar en barrios cuyos nombres malditos no eran más que una referencia periodística, de crónica de sucesos, para los miembros de la São Paulo «bien», que nunca en su vida pisarían esa tierra de nadie.

—Pero ¿vosotros tenéis familia, hijos? —volvió a la carga Francisco.

Ambos tenían: Pedro, tres; Paulo, dos.

—Cuando entráis a matar y veis a niños, ¿no pensáis en ellos, que podrían estar allí a su vez, al alcance de otros matones como vosotros?

Pedro se alteró un poco.

—Pero ¿qué dices? Mis hijos nunca están fuera de casa por las noches. Con todos los peligros que hay por allí —dijo y luego

agregó—. Sí, es una pena matar a inocentes, pero nosotros hacemos nuestro trabajo, y ellos no deberían estar en el medio.

Francisco lo dejó por imposible: estaba en frente a dos personas cuyas vidas parecían por fuera perfectamente normales, y así ellos se veían, pero que en realidad eran unos funcionarios de la muerte, que se consideraban con todos los derechos para ejercer su profesión sin obstáculos. Costase lo que costase.

—¿Ganáis mucho dinero por vuestros servicios? —preguntó Francisco cambiando de tema.

—Hombre, tanto como mucho no diría. Lo necesario para seguir tirando y mantener a la familia. Quiero que mis hijos estudien, tengan unas carreras honorables. Yo no tuve esa opción, y mira lo que me toca hacer para vivir un poco mejor —le respondió Pedro.

El horror convertido en cotidianidad, el otro como un ser ajeno. Cerrando los ojos y olvidándose de todo lo que está alrededor, el hombre puede llegar a hacer cosas increíbles. Como si no las estuviera haciendo él...

—¿Tenéis algún sentimiento de culpabilidad, llegáis a dormir bien?

—Hombre, no te creas que nos guste hacer lo que hacemos —intervino Paulo—. Pero una vez que estás en ello ya no te puedes ofrecer el lujo de remordimientos. Tienen que actuar, y sin fallos. Un error es tu fin.

—¿No tenéis miedo a que os paguen de la misma moneda, que os toque morir de la misma forma?

—Claro que podría pasar: tomamos todas las precauciones y de hecho muy pocos conocen nuestra identidad, pero claro que algún día algo se podría torcer y...adiós. Espero que pase lo más tarde posible, yo quiero ver a mis hijos mayores.

Paulo asintió, él también sentía lo mismo.

Al final de la conversación, que no fue grabada (Francisco iba tomando rápidamente notas), Francisco se levantó e hizo

amago de despedirse. Pedro le dio la mano y volvió a insistir en un concepto que ya había expresado varias veces:

—Verá, no nos gusta lo que hacemos, pero tenemos que hacerlo bien y sin compasión. Hay mucha violencia allá fuera, y yo protejo a mis niños, no les dejo que vean horrosas películas de acción y sangre. Hay tanto ladrón, drogado, *viado*, mendigo. Hay que limpiar este mundo...para nuestros hijos.

Los dos entrevistados cumplían, a su manera, una misión: como alejándose de su verdadero ser, se disfrazaban de otro yo y mataban a indeseables, cumpliendo en el fondo con un deber.

El mismo espíritu tendría probablemente esa pandilla que masacró a nuestros mendigos por las calles de São Paulo: eliminar a unos indeseables, ensuciadores de calles, inútiles para la sociedad.

Masacrándoles a golpes, sin testigos, sin piedad. Nadie los reclamaría, nadie diría nada.

Y de hecho así fue, la realidad les dio la razón: la ola de muerte tampoco es que dejase detrás de sí demasiados cambios, pasada la indignación de los primeros momentos.

Las manos asesinas no necesariamente serían las de unos desequilibrados: probablemente serían personas por fuera normales, hasta con «buenas» intenciones. Reunidos en pandillas, que la violencia se ejerce mejor en grupo, o mejor dicho en manada, esa gente se sentía con el derecho de eliminar a marginales, que no aportan nada, de los cuales ni se saben los nombres.

Así como otros eliminaron a esos niños allá en la Candelaria: sus cuerpos alineados en la acera dieron la vuelta al mundo.

Pero unánime la respuesta: esos eran niños, sí, pero delincuentes.

Entonces está claro.

Más que un cuento, esta es una crónica, cuyos datos se han tomado del informe especial publicado por el periódico *Estado*

de São Paulo a los pocos días de los hechos. El informe todavía está disponible en www.estadao.com.br.

Los nombres mencionados en el relato son reales.

Las referencias al artículo de *Veja* son imaginarias, pero en línea con el contenido allí publicado, o por lo menos como yo lo interpreté.

DR. MENEGHETTI

Andrea Meneghetti es un chico inquieto: vive en Varese, ciudad del norte de Italia, justo a la frontera con Suiza, la Suiza de habla italiana (cantón Ticino): un dialecto del todo idéntico se habla de los dos lados de la frontera, muchas otras son las similitudes que hacen de los habitantes del Ticino los «italianos» de Suiza y de los de la provincia de Varese «los suizos» de Italia.

Cuando alguien en Varese topa con algunos de los endémicos problemas italianos, por pequeño o grande que dicho problema sea, coge su coche y cruza la frontera, para ir al hospital, al banco o simplemente a la compra del otro lado. Los suizos, por su parte, a menudo hacen el recorrido contrario para comprar lo que sea más conveniente del lado italiano.

En fin, lo habitual en cada frontera, aunque en este caso sea una frontera entre ricos.

Esta parte de Italia hacía años que tenía los niveles de renta más altos de toda Europa, gracias a la gran productividad de sus múltiples pequeñas empresas.

Del lado suizo ni vale la pena hablar, aún más en esos años ochenta en los cuales se desarrolla nuestra historia: Suiza era muy próspera, y la economía del norte de Italia, fundamentada alrededor de sus pequeñas y medianas empresas, todavía estaba en su auge.

Así que mucha prosperidad por ambos lados, muchas liras yendo dirección del norte, mucha confianza en el futuro, relativamente poco interés en el resto del mundo, empezando por el resto de Italia, tan lejano de esta isla feliz.

Sin embargo, Andrea ha salido diferente: chico curioso, desde siempre ha soñado con el mundo, y no necesariamente en forma de importaciones y exportaciones.

A Andrea siempre le habían fascinado las fronteras: en esto lo tenía fácil, ya que le quedaba Suiza a tiro de bicicleta. También le gustaban mucho las estaciones de tren, a las cuales a menudo se acercaba para ver los trenes llegar y salir (aunque en Varese no es que hubiera mucha variedad, todos los trenes yendo a Milán). Aún más le atraían los aeropuertos, con sus fascinantes paneles en eterno movimiento, anunciando los vuelos (¡cuantos nombres exóticos declamados en el vecino aeropuerto de Malpensa, aeropuerto de Milán, pero situado en la provincia de Varese!); y los puertos, menos frecuentados por nuestro protagonista, más bien entrevistados por las ventanillas del coche de paso por la costa de Liguria.

En fin, todo lo que suponía movimiento, extranjero, diferencia, le apasionaba tanto a Andrea que desde pequeño se pasaba horas estudiando mapas, continentes, mapamundis, ciudades lejanas, geografías inalcanzables.

En el cole, cuando Andrea se aburría empezaba a mirar a uno de los mapas colgados en la paredes del aula, y siempre encontraba algún nuevo lugar, algún nuevo camino por explorar, algún nuevo viaje para planificar.

Andrea aún pertenecía a una generación de grandes lectores, que los ordenadores no pintaron nada en su formación: así que pueden imaginar que su autor favorito no podía ser otro que el gran viajero imaginario por excelencia, ese Emilio Salgari que nunca dejó la Turín que le vio morir, pero que suplió su falta de viajes reales con una admirable búsqueda de información en bibliotecas y una gran fantasía, que hacían creer a sus lectores que había sido en su vida anterior capitán de barco o aventurero.

Claro que, *noblesse oblige*, la predilección para Salgari iba acompañada de otra para Jules Verne, el gran inventor de la ciencia ficción en forma aventurera.

Así que más que de la prospera, industriosa y concreta Varese natal, Andrea podía decirse hijo de la fantasía y de la aventura.

No que esto fuera muy corriente en esos parajes, donde la mayoría de sus compañeros se preparaban a heredar las compañías familiares, o a entrar de una forma o de otra en el ciclo productivo tan bien organizado de la provincia: de hecho, los de Varese ya se sentían como peces fuera del agua en la cercana Milán (que en efecto, quedaba a 46 kilómetros, que son muchos hasta para un maratoniano): gran ciudad, internacional o convencida de serlo, que por eso a Andrea le encantaba. En Milán se oían, en las calles del centro, hablar idiomas extranjeros, se veía gente diferente, en fin, otro mundo comparado con la provincia.

Un verdadero habitante de Varese (no a lo Andrea) no tardaba ni dos minutos, en Milán, en hacer saber a sus interlocutores que él no era de la capital, sino de la provincia: no que eso impresionase mucho, pero dejaba muy tranquilo al directo interesado, en paz con su alma y sus orígenes.

Andrea no: aún no lo sabía hacer, pero dentro de sí sentía las ganas de mimetizarse, como ya haría una vez mayor, en persona de impredecibles orígenes: le hubiera encantado presumir de sangres mezcladas, de nacionalidades diversas, de antepasados aventureros. Cambiar de lengua y de acentos como de camisa, conocer y considerar a todos los lugares del mundo como si fueran suyos, y que ninguno fuera realmente el suyo. Que en todas partes pudieran tomarle como un lugareño, y que en todas partes fuera un poco extranjero.

Sólo muchos años más tarde Andrea entendería que ese constante vivir entre un lugar y otro le mantenía suspendido entre la sensación de búsqueda y la de huida, en un vaivén de lugares que era en realidad un vaivén dentro de sí mismo. ¿Búsqueda o huida? Según el momento, pero a él le gustaría pensar que estaba buscando, no huyendo.

Sus compañeros, concretos como rocas, no dejaban de tomarle el pelo a Andrea y a sus fantasías, seguros que él también se conformaría con el tiempo a ser hombre del mercado.

O más bien a entender que el bienestar era algo mucho mejor que disparatados sueños: el bienestar era la vida, la única que merecía la pena vivir.

Dentro de la familia, al padre de Andrea no le disgustaban los afanes de mundo de su hijo. Para él quería una posición estable y rentable, naturalmente. Sin embargo, a él mismo, ingeniero de profesión, no le hubiera disgustado haber participado en más proyectos internacionales que le hubieran permitido viajar un poco más de lo que había hecho.

La madre de Andrea no, ella era profundamente local en su forma de ser, y no veía con favor los sueños de mundo de su hijo.

La hermana mayor de Andrea, Giovanna, también había salido bien pragmática, y estaba saliendo con un prometedor futuro empresario con sólidas perspectivas.

Para celebrar su cumpleaños número diecisiete, su padre le regaló a Andrea un completísimo Atlas del Instituto Geográfico De Agostini, toda una institución en Italia.

Y con él Andrea comenzó a pasar las horas, visualizando los mapas de las regiones más recónditas y desconocidas, aprendiendo los nombres de ciudades, ríos, bahías, cadenas montañosas, soñando recorridos improbables, planificando un viaje después del otro.

En cuanto tuviera algo de dinero ahorrado, Andrea se iría a la India por tierra, utilizando los medios de transporte disponibles (aunque las guerras entre Irán e Irak y la confusa situación de Afganistán le hicieron aplazar dicho plan a la espera de tiempos mejores, que nosotros sabemos que todavía no han llegado).

O bajaría todo el continente americano desde México hasta Chile, cruzando todos los países y salvando todos los obstáculos (allí también, lamentablemente, el escenario de Guatemala hasta Nicaragua no era muy halagüeño, pero a la espera, allí también, de tiempos mejores, podría empezar su recorrido en Panamá, pasando de allí a Colombia).

Si a la fantasía no hay límites, un buen atlas tampoco, cada día nos reserva alguna buena sorpresa.

Pero un día, estando Andrea en Brasil, o más bien, estando Andrea en el mapa de Brasil, la sorpresa sí que fue mayúscula: en un detalladísimo mapa del centro-oeste brasileño, con más precisión en el estado de Mato Grosso, Andrea vio un pueblo cuyo nombre le hizo sobresaltar: ¡Doutor Meneguetti!

Esta sí que era toda una sorpresa: en el mundo, allá en el remoto Brasil, ¡había una ciudad (Andrea aprenderá más tarde que era más bien una *cidadezinha*) que llevaba el nombre de su familia!

Por la noche se lo comunica, todo excitado, a su familia, recibiendo a cambio una reacción algo fría.

—¿No tendrá eso algo que ver con ese tío abuelo que se había ido a América del Sur? —insiste Andrea.

Las respuestas no son concluyentes, pero Andrea nota en sus padres cierto recelo en hablar del asunto y Andrea se queda con la duda.

De ese tío abuelo, Andrea había oído lejanas referencias, pero nunca habían pasado de eso.

Solo en su abuela, algunas veces, al preguntarle Andrea algo más preciso acerca de ese cuñado suyo, había entrevisto él una extraña mirada, como dirigida hacia espacios lejanos.

Pero informaciones más precisas no se las había podido sacar.

Andrea le escribe a la Embajada del Brasil y consigue alguna información más sobre la pequeña ciudad, su situación, pero nada sobre el origen del nombre.

Esta historia le queda rondando por la cabeza, y al acercarse los exámenes finales para la selectividad, empieza a darle vuelta a una idea. ¿Qué mejor forma de enterarse que ir allí en persona a verlo?

Así que, al tiempo que sus compañeros de promoción están planeando fiestas de fin de curso, excursiones a la playa, im-

probables aventuras femeninas etc., Andrea empieza a trabajar en silencio para preparar su primera gran aventura: un viaje al corazón del lejano Brasil para averiguar un misterio que podría concernir a su misma familia.

Obvio que la idea de un muchacho de dieciocho años aventurándose solo por el remoto Brasil no iba a ser del agrado de sus padres, así que ni se los dijo.

Al acercarse el verano empezó a acumular trabajos extras, y hasta se apuntó a trabajar en una gasolinera para sacar dinero para irse a Inglaterra en el verano a mejorar su inglés, exotismo este lo bastante aceptable como para resultar creíble. Hay que recordar que los estudiantes, como Andrea, de la rama clásica terminan sus estudios superiores con un envidiable conocimiento del latín y del griego, pero no habrán pasado mucho de su tiempo sobre las lenguas vivas.

Claro que de soslayo Andrea estudiaba por su cuenta el portugués, idioma de más fácil aprendizaje que el inglés, y que tenía la ventaja añadida de ser muy resultón, especialmente cuando era usado con acompañamiento de guitarra.

El gran día se acerca: terminados brillantemente los exámenes (queda pendiente la elección de los estudios universitarios, a la Economía o Ingeniería del agrado familiar, Andrea prefería en principio las Ciencias Políticas o la Sociología, materias sospechosamente poco prácticas para los gustos de su entorno), Andrea se prepara para salir hacia Londres, para matricularse en un curso de inglés (lo que no saben en su familia es que Andrea, mientras tanto, ha mejorado sustancialmente también el inglés estudiándolo por su cuenta, así que a estas alturas podrá prescindir del curso en tierras británicas).

Al terminar el curso, se supone que Andrea seguiría allí para trabajar en no precisados menesteres para «practicar» el inglés.

En realidad, esa segunda parte del viaje sí está previsto que tenga lugar, justamente para financiar el viaje a escondidas a Brasil que Andrea ha organizado en gran secreto. Con una sola

excepción: la de su abuela, que un día, quien sabe como lo había adivinado, se le había acercado y le había prometido ayuda para la organización del viaje.

Su silencio, en primer lugar, pero también algo de sus ahorros (ay, los ahorros de las abuelas) que le había permitido adelantar el dinero del viaje y reemplazar el tedioso curso de inglés por un mucho más excitante viaje a la selva. El viaje empieza por un vuelo a Londres, donde la conexión de British Airways le llevará a Río de Janeiro.

En Río no es que no haya selva, hay mucha, aunque de origen reciente (la impresionante Floresta da Tijuca fue obra del Dom Pedro II, emperador de largas barbas y variadas aficiones, entre ellas la Botánica).

Pero no fue solo la impactante combinación de espacios urbanos y naturaleza la que impresionó a Andrea, sino el ambiente tan lleno de vida y pasiones de esta ciudad tan especial. Sus olores y sus colores, sus contrastes, su vitalidad, su cutrez y su exotismo.

Impresionante también la miseria de algunos de los habitantes de las calles, sobre todo unos niños, aparentemente desamparados, en cuyos ojos todo se leía menos niñez. Hay que decir que en esos años el país estaba sumido en una de sus recurrentes crisis financieras, y este hecho acentuaba aún más una de las lamentables características del paisaje urbano brasileño: la pobreza extrema de una parte de su población.

Andrea todavía no poseía conocimientos que le permitiesen analizar todo aquello, y se dejaba entonces transportar por la euforia del navegante sobre las olas de un desconocido mar de contrastes, pero que le fascinaba a modo.

Y bueno, a sus ojos de chico chapado a la antigua de las industriosas provincias del norte italiano, no le podía no llamarle la atención el impresionante porte de las muchachas cariocas, paseando sus sinuosos cuerpos en minúsculos bikinis por la misma acera.

No que Andrea tuviera una gran experiencia de cuerpos femeninos, más bien ninguna a esas alturas, pero le daba la impresión que las chicas de su ciudad, aún cuando muy bellas algunas de ellas, debían tener menos sinuosidades escondidas.

Andrea no podía parar de pensar en la impresión que podría hacer la aparición de semejantes personajes en la austera Piazza Monte Grappa de su ciudad natal: seguro que se atascaría la circulación y que más de uno se atrasaría en sus menesteres.

También es verdad que los pórticos de estilo fascista de dicha plaza la verdad que en poco se parecían a los tropicales parajes de la playa carioca, así que la puesta en escena resultaba poco creíble.

Después de unos pocos, pero intensos días en Río de Janeiro, empieza para Andrea el largo viaje hacia el interior: no podía, a pesar de la ayuda de la abuela, permitirse el lujo de tomar un avión para Cuiabá, capital del Mato Grosso.

Sí, porque Doutor Meneguetti no está en la costa urbanizada de Brasil que todos conocen, sino en ese interior misterioso de inmensas magnitudes que pocos se atreven a penetrar.

No que la idea de viajar en autobús (en Brasil casi no hay trenes) le molestara: al viajero de atlas le parecía mucho más interesante y genuino ir por superficie: para verlo todo, para memorizarlo todo. El viaje en avión no dejaba de ser, a sus ojos, una simplificación un tanto vulgar.

Una vez sacado el billete de bus para Cuiabá en la estación de autobuses, empieza el largo viaje: por la ventanilla verá partes de Río que no había pisado, y también las famosas *favelas*. La verdad es que, dejados los voluptuosos escenarios de la bahía de Guanabara, Río es una ciudad de fuertes contrastes.

El viaje durará dos días, a través de los estados de Río, São Paulo e Mato Grosso: y eso no es más que una pequeña parte de ese inmenso país, mucho más allá quedan el *cerrado* y después la selva amazónica, surcada no por carreteras, que le resultan insoportables a la selva, sino por ríos.

Aparte de los impresionantes paisajes, a Andrea le resultó especialmente curioso conocer a varios de sus compañeros de viaje, toda una muestra del universo brasileño.

Allí estaban Flavio *o maluco*, o sea «el loco», un chico de unos veinticinco años que le habló durante horas, aunque a Andrea le costaba a ratos seguir su avalancha de palabras, al fin y al cabo su portugués era muy reciente y de libro, pero al rato le fue cogiendo el acento.

Flavio le contó de Mato Grosso, de la grandeza de Brasil (tema este que obsesiona a los brasileños, siempre lo comentan, por si acaso no te hubieras dado cuenta), de sus improbables aventuras en São Paulo, de su pandilla de amigos de vuelta a su ciudad natal, no muy lejos de Doctor Meneguetti. En fin, miles de historias, no todas con mucho sentido, lo cual explicaba lo de su apodo, bastante merecido.

Después de horas hablando, durante las cuales Andrea un poco le escuchaba un poco miraba por la ventanilla, absorto en la potencia de los paisajes, al loco se le ocurrió preguntar a Andrea de donde venía, no lo había hecho antes.

Andrea explicó, en un portugués salpicado de palabras italianas, pero ya bastante razonable, de donde venía, la razón de su viaje, los días en Río.

Al acabar, Flavio *el Loco* le miró fijamente y, sacudiendo la cabeza, le dijo:

—Amigo mío, a mí me llaman «el loco», pero si tú después de tres días en Brasil te metes en autobús para irte a buscar ese pueblo perdido, bueno, tú estás mucho más loco que yo.

A Andrea le hizo mucha gracia la observación, y eso de ser tomado por alocado era algo que no le molestó para nada.

También estaba Joaquim (a Andrea no dejaba de sorprenderle que todo el mundo fuera tan dicharachero, no es que llegara a hablar con todos, pero todos los pasajeros llegaron a enterarse del extranjero que estaba a bordo), que volvía a su pueblo para acudir a la boda de su hermana.

De profesión era vigilante en Brasilia, en la casa de un diplomático que venía del mismo país de Andrea.

—¿Italia? —preguntó éste.

—Italia, sí —respondió aquel.

—Un tío muy majo —añadió Joaquim— aficionado al fútbol y siempre dispuesto a charlar con nosotros los vigilantes.

Joaquim le contó que en su trabajo no había tenido muchos problemas, el barrio en Brasilia donde trabajaba estaba a salvo de asaltos y violencia, pero que hacía pocos días el señor (el italiano) había venido a preguntarle si se había fijado que la noche anterior, cuando había una fiesta en casa de los vecinos, una pandilla de maleantes había asaltado los coches de los invitados, llevándose radios y otros objetos.

El vecino se había quejado, argumentando que no era posible que él, al estar toda la noche en la calle, no se hubiera percatado de nada y llamado a la Policía con su *walkie talkie*.

Joaquim, ni corto ni perezoso, le había respondido que sí, claro que los había visto llegar, pero que por suerte, ¡se había escondido a tiempo!

Andrea se quedó un poco perplejo: menudo vigilante, que a la vista de los problemas se esconde en su caseta. No es de extrañar que nunca se hubiera topado con problemas.

En realidad Andrea, aún no familiarizado con la realidad de las calles brasileñas, no sabía que ese hombre había actuado según otra lógica, imperante en el país: la de la supervivencia.

Una pandilla de ladrones de coches no duda en disparar a matar si alguien la molesta, en Brasil no hay proporción entre delito y medios de cometerlo, por un reloj se puede matar.

La vida de Joaquim no hubiera valido nada a sus ojos, así que esa era la razón del júbilo de éste: se había salvado el pellejo, y que se dejaran de historias.

Estaban también a bordo dos mujeres, una jovencísima, con un niño pequeño a cuestas y la otra, aún joven ella también, con pinta de ser su madre. La madre, no tendría aún cuarenta

años, una bonita mujer un poco ancha. Su hija, la típica mulata que tan bien representa a la imagen de Brasil en el imaginario colectivo, era bellísima y muy tímida, como sobrecogida por el niño que llevaba auestas, un recién nacido bien oscurito.

Andrea no habló con ellas, de qué iba a hablar, pero Joaquim, al ver la atención que despertaban en él, hizo un comentario:

—Bonita mujer, ¿verdad? Ni tendrá ni dieciséis años, y ya tiene un hijo a cuesta, sola por supuesto. Las mujeres son el orgullo de este país, ¡los hombres su vergüenza!

No dijo más, pero a Andrea se le escapaba algo.

Después de un largo viaje llegaron a Cuiabá, donde Andrea llegó exhausto, al haber solo dormitado durante el recorrido.

Al llegar allí le costó encontrar informaciones acerca de medios de transporte hacia Doutor Meneguetti: al final entendió que tenía que tomar otro autobús local, y apearse en la carretera principal, a unos veinte kilómetros de la población: transporte público hasta allá no había, haría falta encontrar algún coche que le llevase.

Ya era el anochecer cuando Andrea entró, a bordo de un destartado camión que le había recogido en el camino, en la famosa Doutor Meneguetti: cansado, no había querido contarle mucho de las razones de su visita al conductor del camión, que por otro lado era de pocas palabras.

Doutor Meneguetti, llamarla «ciudad» era mucho: casas blancas a lo largo de la carretera, más o menos asfaltada, unas cuantas calles sin asfaltar en perpendicular, una plaza cuadrada en el medio con ayuntamiento, una casita poco diferente a las demás, puesto de salud, iglesia.

Al bajar del camión, Andrea se dirige a la única fonda de la plaza, un puesto sin muchos atractivos, salvo una televisión chillando noticias que los pocos clientes no estaban escuchando.

Andrea se tomó un refresco y preguntó si había una pensión en el pueblo, pero le respondieron, extrañados, que no.

—Pero ¿tú qué haces aquí?, ¿quién eres? —le preguntó el gestor del barcito.

—Yo me llamo Andrea Meneghetti, vengo de Italia y he venido a conocer a este pueblo, que creo tiene algo que ver con un tío abuelo mío.

—¿Meneguetti?

—Sí, Meneghetti —contestó él.

—Hombre, yo no sé mucho, ni nací aquí, vine a por madera, como todos, pero creo que este pueblo le fundó un doctor italiano que se llamaba así. De hecho, muchos de los habitantes del pueblo descienden de él. Pero quien te podrá explicar esto es el alcalde, Serafín.

Andrea se alegró de ver reafirmadas sus suposiciones, pero de momento la tarea más urgente era la de encontrar hospedaje para la noche.

El tabernero le aconsejó dirigirse al puesto de salud, en la misma plaza. Estaba cerrado en ese momento, pero mientras tanto él hizo llamar a Esmeralda, la enfermera que lo regenta.

Esta Esmeralda tenía una tez bastante oscura, pero unos ojos verdes sorprendentemente claros.

Esmeralda, bien simpática, se queda atónita al oír a Andrea: pero claro que Doutor Meneguetti tiene que ver con su tío. Ella misma es una nieta de él, por lo tanto prima de Andrea.

Los dos nuevos primos se quedan a hablar por buena parte de la noche: Esmeralda le cuenta a Andrea la fascinante historia de ese brasileño de adopción que, llegado al Brasil poco más mayor que Andrea ahora, retoma en este país los estudios de Medicina y después la practica en el interior, animado por un profundo compromiso social.

El doctor Meneghetti, transformado en Meneguetti al estilo local, se llamaba él también Andrea. Había llegado a esta parte del Mato Grosso contratado como médico por una empresa de explotación maderera, pero al tiempo se había desvinculado de ella, al estar en desacuerdo con los métodos empleados por ésta y en constante polémica por la crónica

escasez de recursos destinados a la salud y a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores.

Alrededor del puesto de salud abierto por él, abastecido por los medicamentos que de vez en cuando le enviaban contactos suyos en la capital paulista, se había ido formando un pueblo, que no podría haber tenido nombre mejor que el del fundador no del pueblo en sí, sino del ambulatorio.

El mismo donde ellos se encontraban ahora y donde Andrea pasaría su primera noche en la población.

Andrea tío se había finalmente afincado de forma definitiva en el pueblo, donde se había casado y tenido hijos: descendientes suyos todavía estaban allí, pero la mayoría se había ido yendo, sobre todo hacia las grandes ciudades, después del cierre de la empresa maderera, debido al agotamiento de los bosques colindantes.

«O por otra razón», pensó Andrea, porque madera todavía quedaba mucha.

Su tío, que nunca había vuelto a Italia, ni había vuelto a dejar el país, practicó hasta su muerte, que sobrevino en los años sesenta, por un paro cardíaco para el cual los escasos medios de su ambulatorio no daban abasto.

Al día siguiente Andrea conoció al alcalde, que completó la historia de su tío con muchos otros detalles, y su llegada fue conocida por todos los habitantes, que se apresuraron en querer conocerle.

Eran años difíciles para el pueblo, que si nunca había sido realmente próspero, ahora estaba realmente olvidado después del cierre de la única empresa de importancia.

Quedaban unas enormes haciendas, que le daban trabajo a algunos, pero cuyos propietarios nunca se personaban allí. Y pequeñas actividades agropecuarias y madereras, pero de escasa envergadura.

Poco tiempo después de la fábrica también había cerrado la escuela del pueblo, y eso que no es que faltasen niños, sino

que el que vino a faltar fue el maestro: el último se había ido hacía tiempo al haber conseguido un puesto mejor situado, y nunca había sido reemplazado.

A esto se añadía la situación compleja que vivía la economía del país en su conjunto en esos años, con una hiperinflación que se comía los réditos de las familias en un santiamén.

Andrea pasó unos días inolvidables en la ciudad con su propio nombre, descubriendo la vida simple y llana de esas gentes del campo, una realidad lejana años luz de su experiencia de chico de rica ciudad industrial.

Cuando ya estaba acercándose la hora de la vuelta, y a Andrea no le quedaba claro cómo podría encontrar una forma de relacionar al pueblo con su nombre con su propia vida, llegó a Doutor Meneguetti otro Meneghetti, este también venido de Italia: era su padre, que se había enterado de la locura de Andrea y había venido a buscarle.

Pero la regañina se quedó corta, en realidad estaba más asombrado que enfadado: hasta a su austero padre le impactó que en ese rincón del mundo hubiera una población, aunque fuera pequeña, que llevaba el nombre de la familia.

Sí, él sabía de ese tío que había roto las relaciones con su familia después de una reyerta con su padre, que le había echado en cara su abandono de los estudios de Medicina, que ahora sabemos fue solo temporáneo.

Ese tío nunca había vuelto a dar noticias de sí, como si le hubiera tragado la tierra, aunque la familia llegó a saber que se había desplazado a Sudamérica.

Pero poco a poco las escasas noticias se fueron esfumando, en esos comienzos de siglo veinte podía pasar, teniendo en cuenta las difíciles comunicaciones.

El abuelo, bien al estilo de esos tiempos, se había siempre negado a restablecer el contacto, las escasas noticias le había llegado a la abuela a través de unas monjas que tenían una casa en Brasil.

Pero también ese filón se agotó, y al final Andrea Meneghetti, el «doctor Meneguetti», se esfumó para siempre en la distancia.

Lo que no se imaginaban allá en Italia, donde la ciudad más reciente fue fundada en la Edad Media, es que existiera un lugar con el nombre de su pariente aquí en Brasil.

La historia del primer Andrea no es mucho menos excepcional en este país: Brasil ha sido poblado de gente venida de otra parte, de otro mundo, y que se ha quedado preñada de la inmensidad de este nuevo mundo, en el cual todo parece posible.

En el caso de nuestro héroe el legado no es impresionante, pero es algo, un nombre en el mapa: ¿será que todos podemos presumir de algo así?

Hoy Doutor Meneguetti ha cambiado: gracias al apoyo de varias ONG de la región de Varese se abrió una escuela y se mejoró el ambulatorio. Al cabo de un tiempo, algún empresario italiano decidió invertir allí, y nacieron unas empresa de muebles, con su relativa escuela técnica.

La semilla original volvió a germinar, y Doutor Meneguetti recobró vida y hasta creció su población, haciéndola pasar de poblado a pequeña ciudad.

Aunque para los más será siempre un nombre desconocido, y para algunos, amantes de los mapas, un puntito lejano en uno de ellos.

RULETA RUSA

El disparo sonó con fragor, quebrando el silencio de la noche.

El coche de Susana se paró en seco.

—¡Lo hizo! —dijo ella.

Simão yacía en el suelo al lado de su flamante coche deportivo, la cabeza desparramada por un tiro que él mismo se acababa de disparar.

Nadie salió de los moteles de la avenida, así que la calma perturbada por el disparo solo se veía rota ahora por el ruido de los tacones frenéticos de Susana, que corría ansiosa para atrás.

Susana llegó llorando, pero ya era tarde: para Simão no había esperanzas, el tiro en la sien le había segado la vida en el acto. La sangre salía flotando de su cabeza, pero con cierta lentitud, porque el agujero no era tan grande. En el rostro del difunto, una expresión en la cual se juntaban, sorprendentemente, estupor y cierto júbilo: ¿será esa la cara de la ruleta rusa? Al fin y al cabo, si has tenido el valor de apretar el gatillo en cierta medida has salido ganando.

Lentamente, algunas personas salieron de los moteles: al primer disparo no le habían seguido otros, así que no había peligro de balas perdidas.

La Policía no tardó en llegar: su asombro fue mayúsculo cuando reconocieron el muerto como el concejal del ayuntamiento Simão Ferreira, una de las estrellas emergentes de la política local.

El capitán le preguntó a Susana qué había pasado, si se trataba de un asalto, pero ella, tomada por un ataque de pánico, no pudo contestar.

El portero del motel más cercano dijo entonces que no parecía un asalto: los jóvenes, Susana y Simão, habían salido poco antes del motel, discutiendo a gritos. De hecho, Susana había salido antes, y Simão poco después, detrás de ella. A pesar del alboroto, el portero del motel no se había atrevido a decirle nada al joven, cliente habitual del establecimiento, pero sobre todo poderoso político local.

El portero había oído un coche salir a toda pastilla, e instantes después el disparo: uno solo, seco.

Los policías le preguntaron al portero si había visto u oído alguien más en la escena del delito.

—No, nadie más, parece que ha sido él quien se ha pegado un tiro.

Pero, ¿por qué razón debería pegarse un tiro en la sien un joven de 23 años, perteneciente a una de las poderosas dinastías locales y con un porvenir asegurado delante de él?

La familia Ferreira es una de las más poderosas del estado: hace más de un siglo que ha estado mandando en la política local. Varias generaciones de los Ferreira, terratenientes del *sertão*, habían ocupado, con más o menos éxito, cargos públicos: en su ciudad de origen, en el interior, la familia había llegado a ostentar la alcaldía durante más de setenta años consecutivos, aunque últimamente su poder se ejercía a través de terceros, ligados de todas formas al clan. Pero poco se movía en el feudo de los Ferreira sin el aval de la familia, que se había trasladado hacía tiempo a la capital.

El abuelo de Simão, Evaristo, había sido el primero en acceder, en los años de la dictadura militar, al cargo de gobernador. Eso sí, no mediante elecciones, sino por nombramiento presidencial.

Éxitos electorales de los Ferreira, sin embargo, no faltaron en los años siguientes, ya restablecida la democracia.

Simão, hijo de esta adinerada y poderosa dinastía política local, tiene, a sus pocos 23 años, un brillante futuro delante de sí. Hijo del alcalde y de una ex alcaldesa, acaba de entrar sin

problemas en el consejo municipal, representando a un partido diferente al de sus padres. Pero eso es pura táctica, y algo totalmente habitual en la política local brasileña.

A Simão no le interesa de verdad la política, de momento lo suyo son las juergas, los coches lujosos, las chicas.

Susana tampoco es ninguna santa: ella también es hija de ricos y proviene de la misma casta de poderosos que siempre ha mandado en este estado del Nordeste. Pero le cuesta soportar las continuas machadas de Simão que, creyéndose intocable, se mete en líos de los cuales le sacan los poderosos contactos de la familia.

Esa noche, en el motel donde se suelen reunir para finalizar sus eternas juergas, Susana le expresa a Simão su firme voluntad de dejarle.

No es la primera vez que los dos han llegado a este punto, pero en este caso el asunto le preocupa de verdad a Susana. No se trata ya de uno de los múltiples arrebatos de prepotencia de Simão, a los cuales está acostumbrada: una cuenta no pagada en un restaurante, un altercado en el tráfico o en un bar. Tampoco es una de esas salidas nocturnas sin ella, en las cuales Simão y sus amigos hacen destello de su impetuosa virilidad de veinteañeros poderosos ante compañeras eventuales, reclutadas en una playa o, si es necesario, por contactos telefónicos.

No, esta vez Susana ha llegado a saber que Simão se ha metido en un tráfico sucio de coches robados y drogas que personas poco recomendables han desarrollado a la sombra de su protección. Él ni conoce los pormenores del asunto, pero quizás eso fuera justamente lo peor.

Sí, porque Simão no es un genio del mal, quizás no llegue ni a ser una mala persona. Es un niño malcriado, acostumbrado a mamar el poder y todas sus consecuencias.

Nunca se le ha pedido seriedad, esfuerzos, seguir reglas.

Él siempre lo ha tenido todo a su alcance: dinero, diversión, mujeres, un futuro de más dinero, más diversiones, más mujeres.

Esta vez le podría caer encima una gorda: en el país hay un arrebató de indignación en contra de la corrupción dominante en la clase política, y parece que el poder judicial local, él también una pieza del engranaje, está bajo presión federal para tomar iniciativas que den la impresión que se está haciendo algo serio.

—¿Qué tienes que ganar tú, Simão, de asociarte con gente como esa? Tú estás en política, tienes un brillante porvenir asegurado: desvincúlate de esos tráficos, tienes dinero para dar y para tomar, ¿qué te importa conseguir más de esa forma?

Simão la mira perplejo, los whiskys han mermado su capacidad de reacción, se limita a sonreírle sin aparentar haber realmente entendido sus argumentos.

Susana se desespera, y hace ademán de irse.

Simão finalmente reacciona, pidiéndole que se quede con él hasta el amanecer.

Él sabe, en el fondo, que ella tiene razón: no tiene en apariencia nada que ganar de esos tráficos, más bien mucho que perder. Su cara limpia, que tantos votos consigue movilizar entre las mujeres en las barriadas, se vería tocada por el estallido de un escándalo.

Bien es verdad que, en su día, su padre tuvo que dimitir de la alcaldía por su rumoreada implicación en un caso de favores hechos a constructores del sector del turismo, un sector que había crecido espectacularmente en los últimos años. Las playas moldeadas por el viento del océano, que salpicaban la costa del estado, se habían puesto de moda en todo el país: eso había dado lugar a muchas inversiones y negocios, a veces turbios.

Pero en las siguientes elecciones, en las cuales su padre no podía concurrir al resultar inhabilitado, fue su madre que ganó de calle, corriendo por un partido creado *ad hoc* para la ocasión (el partido del marido había pensado bien expulsarle al alcalde dimitido, por eso de la imagen).

Y la justicia se había olvidado pronto del caso de su padre.

O sea, que así como los anuncios afirmaban que sobre las playas del estado no se ponía nunca el sol (los datos meteorológicos, confirman al efecto que este rincón es el más soleado del ya soleado Brasil), así sobre la política local parecía no ponerse nunca el sol del los Ferreira. Pasase lo que pasase.

Por mucho que Susana tuviera razón, Simão sabía que el riesgo para él no era tanto: lidiaría con esta situación como con cualquier otra.

¿No es así que razonan los niños mimados?

El asunto no era ya el dinero, sino el poder. Dejar sus juegos hubiera significado cortar el hilo doble que le ataba a su crónica irresponsabilidad, el eje de su vida.

Simão Ferreira no tiene límites, Simão Ferreira está besado por los dioses, Simão Ferreira es invencible, un niño invencible.

Susana le provoca, anuncia que le va a dejar, que se va ir a São Paulo a terminar sus estudios, ¿de qué vale estar a su lado si no demuestra capacidad de reacción?

¿Reacción, qué reacción? Simão Ferreira sí le demostrará a Susana que es fuerte, como lo hacen los hombres poderosos, pistola en la mano.

Será la ruleta rusa la que la traerá de vuelta a su lado, atraída por su lado tan macho.

Allí está, cargando la pistola con una sola bala, para luego ponerse el arma en la sien.

Susana, horrorizada, se va corriendo, después de un intento frustrado de sacarle la pistola de las manos.

Simão está fuera de sus cabales, ¿cómo calmarle?

Corriendo lejos, haciendo inútil su estúpido juego.

Ella se ha ido corriendo, estás loco.

Pasos en la avenida, las llaves buscadas nerviosamente en el bolso.

Atrás, Simão se toma el último trago.

Después sale, pistola en la mano, con sólo una bala en el cargador, soy invencible.

Allí está, al lado de su Ferrari flamante, a punto de ganar una vez más su desafío.

La sonrisa se le queda en los labios mientras aprieta el gatillo.

Una bala, una sola bala. En el lugar equivocado.

Se ha acabado la vida de Simão Ferreira, un niño con futuro en una tierra donde la mayoría no tiene ninguno.

La bala se había quedado justo allí donde no debía.

Pum, cambio de escenario.

Le faltó poco para que, una vez más, se saliera con la suya.

MEJOR DESNUDA QUE CORRUPTA

La expectación es la de los grandes días: la sala está llena de periodistas, el mayor número que se puedan congregarse en una ciudad como Belo Horizonte, importante sí, pero no el epicentro de la prensa del país.

Pero hoy la noticia es de las que cuentan: la que va a hablar es Carolina y se espera algo importante.

—¿Carolina? ¿No será la del *Gran hermano*, verdad?

—No, no, esa era otra, esta es la Carolina que trabajaba para Cesar Augusto.

Cesar Augusto, a pesar del nombre, no es un concentrado de emperadores romanos, sino bien más que eso: es el empresario del sector de la publicidad que se encuentra metido hasta el cuello en el gran escándalo político que tanto apasiona el país.

El presidente obrero, por otro lado tan admirado por todos, ha visto empañada su imagen por algo impensable para su partido: un esquema de compra de votos de diputados y senadores de otros partidos, que hiciera posible la puesta en marcha de algunas reformas por otro lado necesarias.

El eterno dilema de la política, desde Maquiavelo a nuestros días, está una vez más en escena. ¿El fin justifica los medios?

Uno tras otro habían ido cayendo personajes importantes, sólo el presidente se había conseguido mantener a flote.

Pero ¿quién había hecho las primeras revelaciones sobre los tejemanejes de Cesar Augusto?

Bien, había sido Carolina, su secretaria, que había revelado a la prensa, todavía no sabemos por qué razón, que su jefe se reunía a menudo con políticos y que su empresa no era en realidad más que una tapadera para los múltiples pagos ilegales hechos a decenas, o más bien cientos de hombres políticos.

Ay Carolina, Carolina, la que montaste.

Después hubo de todo: palabras fuertes, amenazas, extorsión, denuncia para acá, denuncia para allá.

¿Por qué habrá hablado Carolina?

Hoy es el gran día, por fin lo vamos a saber, aquí en una sala de Belo Horizonte abarrotada hasta los topes.

Allí llega, Carolina Torrado, la secretaria de Cesar Augusto: desconocidos hasta ayer, hoy famosos en todo Brasil.

Carolina, que conste, es de buen ver sin ser una belleza: una mujer normal tirando a guapa, una figura bien cuidada, una sonrisa cautivadora, de las que de todas formas pueden gustar, especie cuando famosas.

¿Qué es lo que nos va a anunciar hoy nuestra Carolina? ¿Algún detalle del dichoso esquema de pagos mensuales? Pues no, ¡mucho mejor!

Es su abogado, el ínclito Manuel Vega Frias, que introduce el tema: después de mucho pensarlo, Carolina ¡ha finalmente aceptado posar desnuda para *Playboy*!

Bueno, bueno, ¡la cosa está que arde!

Playboy, la antesala de toda carrera artística en Brasil, ¿se abre al mundo y submundo de la política? ¡Esto es novedoso hasta en estos parajes!

Hay que hacer un hincapié: en todas partes del mundo, *Playboy*, revista seria como pocas, que esto también conste, le propone a famosas de buen ver aparecer en sus páginas. Por otro lado, las no famosas, pero que puedan presumir de un exceso de virtudes que puedan saltar a la vista, también encuentran espacios privilegiados en sus páginas, aunque sea de forma más anónima.

En Brasil no, es al revés: no que salgan las feas, eso sí que no, sino que para hacerse famosa hay que empezar por salir antes en *Playboy*, no después: esa es la plataforma de lanzamiento necesaria para cualquier carrera femenina en el mundo del espectáculo, una especie de mili necesaria para conseguir los galones de artista.

Cuanto antes salgas mejor: de la portada a *Playboy* hasta donde quieras, así funciona. Que una vez famosa, sueles no salir más, porque bueno, ya lo hiciste de jovencita, que para esto están los coleccionistas (¡a ver cuánto se cotiza el ejemplar con la jovencísima Xuxa en la portada, le resiste a la inflación mejor que el real!).

Pero, ¡cómo es eso!, Carolina en *Playboy*, ¡qué pasada!

Claro, que aquí no se acaba la cosa, Carolina no actúa por exhibicionismo, ¡faltaría más!

Y allí viene, la bella Carolina, con la explicación tan necesaria.

—He decidido posar desnuda en *Playboy* para financiar mi campaña electoral. Seré candidata en las próximas elecciones para el Congreso de Diputados, pero para ello se necesita mucho dinero: o eres millonario, o corrupto. Yo no soy ni lo uno ni lo otro, así que he decidido dar ese paso. Ya tengo eslogan: ¡antes desnuda que corrupta!

Que el eslogan esté acertado no habrá quien lo niegue, y si hay que pensar en algunos de nuestros corruptos desnudos, pues mejor que lo haga Carolina, ¿no es cierto?

Pero los periodistas ya acechan.

—¿Con qué partido te vas a presentar, Carolina?

Pero ¡qué preguntas! Con cualquier partido que sea lo suficientemente serio (no faltaba más) y tenga un giro social. O sea, donde sea que acepten sus programas, no es para menos. A marcar la pauta, que no soy una cualquiera.

En honor de la verdad, hay que decir que esta situación no es tan infrecuente en Brasil: es habitual, al tener un mínimo de notoriedad, anunciar su voluntad de presentarse a las elecciones, y ofrecerse al mejor postor (a los con mejores programas, queríamos decir).

Un partido vale tanto como el otro, total se puede cambiar cuantas veces quieras.

Allí está la bella Carolina, de una oficina a la misma *Playboy*, y luego quizás hasta Brasilia para luchar contra la corrupción. Sin velos, y que lo digan.

—Pero ¿cuánto te va a pagar *Playboy* para aparecer en su portada? —pregunta un periodista.

—Estamos negociando con la revista —le contesta el abogado—. Si la Carolina del *Gran hermano* salió por 1,2 millones, nuestra Carolina, con la pinta de chica honesta y madre de familia que tiene, vale lo menos 2.

Matemáticas del pudor, nueva ciencia cuyas fronteras quedan por descubrir.

Desnuda como mamá te ha hecho a la conquista del poder, y todo sea para dar un giro social. ¿Quién tendrá el valor de no votarte? Yo, por mi parte, ¡lo haría con los ojos cerrados!

No, qué va, ¡mejor abiertos!

FLAVIO MARTOS

En el restaurante del hotel donde se encontraba, hacía rato ya que Claudio se había pasado de la raya.

Después de un buen rato en el bar, donde había estado bebiendo cervezas y whiskys sin cesar, estaba en el comedor cuando su novia, Jessica, le alcanzó.

Ella vio en seguida que Claudio no se encontraba en plenitud de facultades, el alcohol había ido haciendo mella en él y hablaba en voz demasiado alta, molestando a los otros clientes presentes en la sala que, aunque no se quejaban directamente, algo intimidados por el semblante excitado del joven, mostraban claros signos de impaciencia.

De todas formas, la sala era grande y ruidosa, así que los modales excesivos de Claudio los notaban solo los de las mesas más cercanas.

Jessica intentó hacerle entender razones, y convencerle de que se retiraran juntos a la habitación.

Pero Claudio tenía hambre y quería cenar a toda costa. Llamó a gritos al camarero, que le sirvió más cerveza.

Acto seguido apareció el jefe de sala, pidiéndole por favor que se calmara.

Claudio, molesto, se puso a chillarle, y sacó un buen fajo de billetes, como para decir que ese dinero le autorizaba a hacer lo que le viniera en gana. Jessica se interpuso para tranquilizarle y el jefe de sala le propuso servirle la cena arriba en la habitación.

Aún con dificultades, Jessica convenció a Claudio que sería una buena solución: pidieron dos raciones de *picanha* con guarnición y salieron abrazados, Claudio ostentoso, Jessica un poco cortada.

Los camareros respiraron aliviados, y toda la sala les siguió con la mirada mientras salían: en cuanto dejaron el local, todas las mesas se pusieron a comentar que el tío estaba borracho y quién sabe en qué lío estaría metido.

Los camareros, que habían visto los billetes, se habían quedado impresionados y comentaron entre ellos que aquello olía a chamusquina.

También el jefe de sala pensaba lo mismo, y se fue a buscar al director del hotel para informarle que en la suite 210 se hospedaba un cliente sospechoso, portador de mucho dinero al contado, en estado de embriaguez y seguramente armado.

La Policía no tardó en llegar al hotel, pero solo para escuchar que el sospechoso y su acompañante se habían salido corriendo, sin esperar que les fuera servida la cena. Sin embargo, Claudio había dejado en la habitación dinero suficiente para pagar la cuenta pendiente, así que la gerencia del hotel no tenía ninguna queja. Más bien sentía alivio por el hecho que ese personaje problemático se hubiera marchado sin que se diese lugar a violencia o altercados.

La Policía vio claro que algo estaba pasando, y se abalanzó en una persecución que, sin embargo, no podría fructificar, a causa de la ventaja decisiva que los fugitivos habían acumulado.

Una vez en la habitación, Claudio había recogido sus pertenencias, dejado el dinero de la cuenta, y explicado a Jessica que tenían que marcharse corriendo, antes que la Policía llegara. En un destello de lucidez, Claudio se había dado cuenta de que su conducta había llamado la atención y que ese hotel no se privaría en llamar a la Policía. Tenían que escaparse.

Sí, ¿pero adonde? En su eufórica ingenuidad, Claudio se había registrado en el hotel con su nombre (el de Jessica, sin embargo, no constaba). Además, en los últimos días, había dejado pistas por toda São Paulo.

Había estado gastando dinero a raudales, tanto en el barrio, donde lo había distribuido sin ton ni son, como en las zo-

nas nobles, donde había ido pasando las últimas noches entre clubes y restaurantes.

Esta última noche, Claudio había pedido a Jessica reunirse con él en un hotel de lujo cerca del aeropuerto de Congonhas, para decidir juntos qué hacer al día siguiente: lo más oportuno sería probablemente coger un avión a primera hora de la mañana para escapar a algún sitio y dejar pasar algún tiempo antes de volver a la ciudad.

Pero la imprudencia de Claudio había hecho precipitar los acontecimientos y ahora que había llamado tanto la atención, no quedaba más remedio que escapar ya. Aviones disponibles a esa hora no había, y tampoco es que a Claudio le quedase tanto de su botín como para poder dar la vuelta al mundo.

Claudio decidió entonces acompañar a Jessica a su casa en el barrio, dejarla allí bien escondida, y dirigirse al único lugar seguro que le quedaba: la casa de su propia víctima de hacía pocas semanas, la hija del famoso presentador televisivo Flavio Martos. Solo allí la Policía, que no tardaría mucho en caerle encima, no podría evitar respetarle.

Como en cuento absurdo, Claudio se aprestaba a buscar su salvación en la misma boca del lobo.

Unas semanas antes, Claudio había sido el protagonista de una hazaña que había asustado al país: revolver a la mano, había secuestrado a la hija veinteañera de Flavio Martos en el parking de un centro comercial.

Inmovilizado al chofer de la joven, que también fungía de guardaespaldas, le había golpeado hasta que perdiera los sentidos: no había posibilidad que le reconociera porque Claudio se había tapado la cara y había tenido la astucia de destrozar la cámara de seguridad segundos antes que Elena, la hija de Martos, llegara acompañada por el chofer, que se había alejado del coche para ayudar a Elena con unos bultos.

Actuando con rapidez, Claudio había salido del parking con el coche de Elena antes que llegaran los vigilantes del parking a verificar lo que había pasado con la cámara.

El secuestro había sido un éxito redondo: llevada a Elena a un escondrijo seguro, había esperado un par de días para entrar en contacto con la familia de ella. La noticia no se había hecho pública todavía. Que había habido un secuestro solo lo descubrió, y de casualidad, un periodista fisgón después que a Elena se la hubiese liberado ya, a cambio de un pago al secuestrador de unos cien mil reales.

Para Claudio había sido una operación perfecta: había actuado sin apenas cómplices que pudieran delatarle, había conseguido evitar toda complicación, dado que la familia de Elena había sido muy cooperativa y había puesto el dinero del rescate sobre la mesa sin rechistar. A Claudio le entró hasta la duda que quizás podía haber pedido más.

Además, no había en ningún momento amenazado o ejercido violencia alguna sobre Elena, lo cual le podía hacer pensar que la familia no se cebaría en querer encontrarle a toda costa después de la liberación.

Los errores de Claudio comenzaron después, cuando la euforia posterior a la operación se adueñó de él, y le hizo olvidar la prudencia que había mantenido hasta ese momento.

Claudio, un joven valiente de barrio, limitaba sus ambiciones a tener dinero y presumir de ello. Así que cuando finalmente lo tuvo, él vio sus aspiraciones cumplidas y empezó a presumir de su nueva situación.

No que en el barrio alguien tuviese intención de denunciarle, pero el dinero que circulaba tan expeditamente no podía dejar de llamar la atención, así como el comportamiento de Claudio en los locales de la ciudad donde se dispuso a gastar buena parte del dinero conseguido.

Cuando Claudio recapacitó, también a causa de las advertencias de Jessica y de otros amigos, decidió parar en seco con esos comportamientos llamativos y escaparse de São Paulo durante un tiempo.

Pero los nervios pudieron con él, y en el hotel donde había ido a pasar su última noche las cosas se le torcieron, y por su culpa.

De allí que decidiera adoptar un plano desesperado, el más atrevido y alocado que se pudiera concebir.

La casa del famoso Flavio Martos, un presentador de televisión que se había convertido en uno de los personajes más famosos de Brasil, estaba situada en un barrio lujoso de la capital paulista.

El éxito de Martos, que se había convertido en el gran señor de los domingos por la tarde, cuando su programa de entretenimiento popular, una mezcla de música, baile y famosos, mezclados con buenas dosis de vida real, tenía a millones de brasileños pegados ante la pantalla, se debía también a su gran capacidad comunicativa y a lo atractivo de su perfil humano.

Hijo de emigrantes pobres, había crecido en Río y escalado todos los peldaños del mundo del espectáculo, empezando desde un modesto empleo de camarero en un cabaret que, años después, acabaría comprando.

Pero había sido la tele que había hecho su fama sin límites: Martos ya no era joven, había pasado los sesenta, pero su situación en el firmamento televisivo brasileño se había consolidado de tal manera que ninguna meta le parecía vetada.

Medio de broma medio en serio, el principal partido conservador del país había colocado su nombre en las encuesta de opinión pre electorales y los consensos para Martos como candidato a la Presidencia de la República habían sido elevadísimos, dejando en la cuneta a todos los políticos profesionales del partido: tanto que se rumoreaba que el partido estaba pensando en serio ofrecerle a Martos la candidatura.

Para un niño nacido pobre se trataba sin duda de una gran carrera, que hacía soñar sus telespectadores.

A Martos se le acababa de rendir también otro homenaje, este bien brasileño: una famosa escuela de samba carioca le había dedicado su desfile, cuya escenografía se había montado alrededor de su vida. Así que se vieron televisores *sambando* y bellezas cuyos encantos estaban cubiertos por bikinis del ta-

maño de un micrófono. El mismo Martos había bailado samba desde el carro de honor, empezando un poco cortado y terminando a todo ritmo.

Claudio aparcó a un par de calles de la residencia de Martos, en una zona comercial y se fue adentrando a pie por un entramado de calles residenciales que estaban obviamente desiertas, con la excepción de los guardias de seguridad, apostados delante de esas casas de lujo.

Enfundado en una chamarra de cuero en la cual tenía escondido un revolver, no parecía ofensivo. Tenía buena pinta, y se le hubiera podido sin duda tomar por el joven vástago de unas de las familias adineradas del barrio. Única anomalía, el hecho de ir andando, lo que ninguno de los susodichos hijos de papá hubiera estado haciendo al volver de parranda a altas horas de la madrugada.

Por eso, Claudio venía con dos paquetes de tabaco bien visibles en la mano, que acababa de comprar en una tienda 24 horas, simulando así una justificación para su teórico paseo.

Hasta fue saludando a un par de vigilantes de las casas que venía pasando, los que se le topaban por el camino.

Al llegar a la residencia de Martos, dio una vuelta en redondo para ver si había manera de penetrar por algún lado sin enfrentarse a los vigilantes, pero le pareció muy difícil trepar sin ser visto por encima de la muralla exterior que rodeaba la casa.

Claudio decidió tomar el camino más directo, encarando al único vigilante que estaba en ese momento en frente a la casa: al fin y al cabo, Claudio no había ido allí a actuar en incógnito, sino a buscar toda la publicidad posible.

Claudio no le dio tiempo al vigilante a hacer uso de su radio: le apuntó con el revólver y le susurró que le llevase para dentro.

El otro respondió que no podía, pero Claudio le hizo notar que se trataba de algo más de una simple emergencia.

—Yo secuestré a Elena, y no me costaría nada tumbarte aquí mismo.

El vigilante sabía que no había lugar para machadas y los dos se fueron acercando a la puerta principal de la casa.

El vigilante tocó el timbre dos veces, y después otras dos antes que se dentro se encendieran las luces.

Mientras tanto, el otro vigilante, que volvía de una ronda por el jardín, hizo para acercarse a ver qué le pasaba al loco de su compañero, pero este le gritó que no lo hiciera.

Claudio le enseñó el revólver a lo lejos, para después pegarlo otra vez al cuerpo de su rehén.

Al otro lado de la puerta, la voz de un hombre preguntó qué diablos pasaba.

Claudio le gritó que abriera, le dijo que era el hombre que había secuestrado a su hija, y que quería hablar con él. De no hacerlo, sería responsable de la muerte del vigilante que tenía bajo la amenaza de su arma.

El hombre de dentro se quedó callado un momento, y después le preguntó al guardia si era verdad.

A la afirmativa de este, abrió la puerta, por sorpresa de Claudio, que pensó que le costaría más conseguirlo.

El que estaba al otro lado era el mismo Flavio Martos, cuya cara todo Brasil conoce: le miró derecho en los ojos a Claudio, y durante un largo instante no pasó nada.

Después Claudio empujó dentro al vigilante, al cual mientras tanto había desarmado, y le ordenó a Martos que cerrara otra vez la puerta.

Martos estaba muy calmo: de hecho Claudio estaba sorprendido que le hubiera costado tan poco entrar en su casa.

Martos seguía mirándole fijamente, y finalmente le dijo:
—¿De verdad eres tú él que secuestró a mi hija?

—Sí, soy yo —y le dio algunos detalles sobre la cuantía pagada y las modalidades de entrega del rescate que solo el verdadero secuestrador podría conocer.

—¡Entonces estás loco! ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Crees que puedes salir de esta encerrona? ¿Qué piensas hacer?

—Quiero que me ayude a negociar mi rendición. Sé que lo he estropeado todo y que están encima de mí. Estoy fregado, pero no quiero morir.

—¿Por qué hablas de morir? Salvación no tienes, porque la noticia de tu intrusión llegará pronto a la Policía y no te serviría de nada hacer una locura. Pero no tienes porqué morir.

Claudio se echó a reír nerviosamente.

—Señor Martos, usted sabe perfectamente que si la Policía me detuviera en la calle, nunca llegaría con vida a la comisaría.

Esta era la razón que había empujado a Claudio a cometer esa locura aparentemente sin sentido: la maldita costumbre de los policías brasileños de acelerar el curso de la justicia eliminando físicamente a los malhechores.

Esta increíble degeneración se producía cada noche en el extrarradio de las grandes ciudades brasileñas: los delincuentes detenidos in fraganti o eran abatidos de inmediato o pasados por las armas después de la detención. Sin hacer ruido, en un descampado.

A pesar de parecer inaudito, ese método se había vuelto habitual, y la complicidad de una parte importante del cuerpo judicial con las fuerzas del (supuesto) orden daba lugar a todo tipo de acrobacias para enterrar bajo una supuesta legalidad las que eran llanamente ejecuciones extrajudiciales.

El factor que explicaba tales comportamientos era la substancial pasividad de buena parte de la ciudadanía que, exasperada por los estragos del crimen, aceptaba tales métodos violentos como si fueran necesarios para hacerles frente.

Prácticamente imposible que se llevase a juicio una patrulla policial bajo la acusación de haber eliminado a un malhechor: la absolución social llevaba consigo una segura impunidad.

Sin embargo, semejante exasperación de la lucha contra el crimen había traído consigo un efecto contrario: la esperanza de vida en el submundo del crimen era tan corta, que no había ya límites a los brotes de violencia: en Brasil se había vuelto

moneda corriente que un atracador matase por una cartera o un reloj, o que unos novios sorprendidos en la intimidad acabasen calcinados en los restos de su coche, su vida era el precio a cobrar para que los agresores sobrevivieran. En efecto, esos sabían que muy probablemente la Policía no se andaría con bromas.

Resultado: esta tolerancia cero, pero sin respeto de los fundamentos de la ley, había vuelto las ciudades brasileñas en una jungla, y el remedio había resultado peor que la enfermedad.

Algunas voces se levantaban en contra de tales prácticas, y se reclamaban mayores cuidados en la contratación de los policías, más formación y más rigor en los procedimientos a seguir.

Pero a estas voces, que también reclamaban la introducción de una prohibición sobre la venta de armas, se contraponía el populismo de muchos políticos. Estos, cabalgando sobre la ola del miedo, con cada nuevo caso que llamaba la atención de la opinión pública, proponían y obtenían más medios para las fuerzas del orden. Objetivo de por sí deseable, pero que en práctica solo venía a significar más armas.

Y la espiral de violencia no hacía más que aumentar.

Claudio, viéndose acechado, había optado por una solución arriesgada, pero que no carecía de lógica: involucrando directamente al famoso Flavio Martos, secuestrándolo y buscando la máxima publicidad, perdería la libertad, pero no la vida.

Este era la jugada a la cual se había lanzado volviendo a la casa de su anterior víctima.

Martos seguía demostrando un aplomo impresionante. Se preocupó por las condiciones del vigilante, que estaba bien, y le pidió a Claudio que le acompañara arriba, donde, desde el pasillo, tranquilizó a su mujer y a su hija, a las cuales pidió que no salieran de sus habitaciones.

Claudio aceptó, y la partida quedó entre los dos. Claudio encerró al vigilante en un trastero sin salida, y después se fue con Martos al estudio de éste.

Afuera se oyó una sirena, después otra. A los pocos minutos de haberse producido la intrusión de Claudio, la casa estaba rodeada como lo había previsto Martos. Claudio no tenía salida.

Martos miró a ese chico joven que se movía de un lado a otro con su revólver en la mano: no tenía mala pinta, pensó para sí, viéndole por la calle no levantaría sospechas. Martos, a pesar de aparentar tranquilidad, estaba obviamente muy inquieto. El chico parecía lúcido y racional en sus actuaciones, pero la situación no dejaba de ser de máximo riesgo, para él y para su familia. El menor descuido podía resultarles fatal.

Claudio pidió a Martos que desconectase todos los teléfonos de la casa, con excepción del suyo privado. Que en efecto sonó a los pocos minutos.

Al enterarse de que era la Policía, Claudio le arrancó el móvil de la mano a Martos. Le dijo a su interlocutor, el jefe de la Policía que dirigía la operación, que tenía secuestrado a Martos y a su familia, y que para su liberación exigía la garantía de inmunidad y salir para Paraguay.

El comisario no le respondió nada al respecto. Le pidió que le pusiese con Martos, el cual le aseguró que en casa estaban todos bien y no cabían actuaciones drásticas.

Colgado el teléfono, Martos le preguntó a Claudio si realmente pensaba que podría conseguir salirse con la suya.

—¿Qué ganarías matándonos? Sería tu fin.

Claudio le miró y, sin mediar palabras, se sentó en un sofá. Él también sabía que estaba en un atolladero sin salida.

—No pueden permitir que maten a Flavio Martos, sería un escándalo de proporciones inauditas. Van a tener que atender mis pedidos —dijo, rompiendo su silencio.

Dicho esto, se acercó con cuidado a una ventana y observó fuera: la Policía era omnipresente, quizás estuvieran colocando también a los francotiradores.

Claudio pensó que sería conveniente ponerse el uniforme del vigilante y así lo hizo. Se fueron con Martos al lugar donde le habían encerrado y le obligó a despojarse de las prendas.

De vuelta al estudio, Martos retomó la palabra:

—¿Qué es lo que quieres, más dinero?

—El dinero ya no me sirve para nada. Lo que busco es vivir —Claudio le sonrió amargo.

—Yo te puedo ayudar a salvar tu vida: libera a todos los ocupantes de esta casa y garantizaré por ti.

Claudio miró nuevamente fuera, y se alegró al averiguar que estaban llegando los canales de televisión: ese era su verdadero seguro de vida. El secuestro ya podía tener su desenlace.

Claudio estuvo silencioso un buen rato, después le dijo abruptamente a Martos que valía. Liberaría a los de casa, menos a él y al vigilante.

—La vida de los tuyos por la mía. Pero quiero la garantía del gobernador del estado.

Martos llamó a gritos para que le oyeran desde todas las habitaciones:

—De prisa, vestiros y bajar. Vais a salir de aquí.

Claudio llamó al jefe de la Policía, y le ofreció liberar, como muestra de buena voluntad, a la esposa y la hija de Martos, a cambio de que el gobernador del estado se personara allí para negociar una salida.

La mujer de Martos salió sollozando; Elena estaba rígida como una estatua, esforzándose en no mirar a una cara que había pensado que nunca volvería a ver.

Quedaron como rehenes dos personas del servicio y el vigilante, aparte de Martos.

Las horas fueron pasando: amaneció, y ninguna noticia todavía desde el Gobierno.

Mientras tanto, todo Brasil se despertó con la noticia del increíble secuestro del presentador televisivo Flavio Martos: las imágenes de su lujosísima residencia rodeada por la Policía

dieron la vuelta al país. Parecía realmente inaudito que hasta el súper famoso Martos no quedara a salvo de los criminales.

Sorprendió además a todos el rumor que el protagonista de la acción fuera el mismo que ya había secuestrado a la hija de Martos dos semanas antes.

Sobre las diez de la mañana, la Policía se puso nuevamente en contacto con Claudio: ninguna referencia a sus pedidos anteriores, el gobernador estaba fuera de la ciudad, y solo llegaría de Brasilia por la tarde.

Claudio se puso nervioso y colgó airado.

Martos le dijo que no se desesperara, lo tomara con calma, y le propuso hacer un intento por su lado. Le pidió que le permitiera llamar a su abogado para que hiciera presiones para que se aceptaran las condiciones de Claudio.

Así lo hizo, y este puso en marcha todos sus contactos para conseguir mover al gobernador.

El país estaba pegado a la tele, y quien se presentó allí primero, sobre el mediodía, fue la alcaldesa de la ciudad, de un partido diferente al del gobernador, que efectivamente estaba de viaje, aunque a ese punto interrumpió sus reuniones en la capital y se precipitó hacia São Paulo.

La alcaldesa habló con la Policía, con los canales de televisión, y aseguró el máximo empeño de todos en liberar a Martos.

Cuando también llegó el gobernador, ya era primera hora de la tarde.

Frente a las máximas autoridades del estado, ya no cabía ninguna actuación violenta. Claudio estaba a salvo. Iba a conseguir salir de allí con vida.

El gobernador no aceptó de inmediato las condiciones de Claudio, que le fueron transmitidas por el jefe de la Policía. Tuvo que reunir de urgencia su gabinete y decidir qué hacer.

Pero la solución estaba a la vista, Claudio ya no pedía irse al extranjero, se rendiría a cambio de la garantía de no ser tocado.

A las siete de la tarde, el gobernador del estado se acercó a la puerta de la residencia de Martos y, bajo las cámaras de televisión de todo el país, prometió a Claudio su incolumidad a cambio de la liberación de los rehenes. No conforme con las promesas orales, deslizó un papel por debajo de la puerta que confirmaba su compromiso.

Pasaron todavía un par de horas antes de que Claudio, enfundado en un chaleco antibalas que había pedido, saliese de la casa para entrar, acompañado por Martos en un furgón de la Policía.

Claudio había exigido que Martos le acompañara hasta la cárcel, donde llegó ya sobre las diez de la noche.

La apuesta alocada de Claudio había resultado: ya se había convertido en un personaje público, y podía contar con la garantía personal de Martos, con el cual había conversado largo y tendido durante el día más raro, y más largo de la vida de ambos.

Ahora solo cabía esperar que a Claudio le cayera una larga pena de prisión por sus múltiples delitos.

Las cámaras de televisión olvidaron pronto a Claudio, mientras la popularidad de Martos se vio ensalzada por su flemática actuación durante el secuestro.

Sin embargo, los lectores empedernidos de periódicos descubrieron, unos cuantos meses más tarde, una sorprendente noticia en las páginas de sucesos: Claudio, un chico en plena salud de 23 años, había sido trasladado de la enfermería de la cárcel a un hospital de la ciudad para ser tratado de unos fortísimos dolores de estomago.

Pocos días más tarde, Claudio moriría, sin causa aparente: los análisis no habían revelado ninguna anomalía. Raro, para un chico de esa edad.

La autopsia revelaría que durante meses se le habían suministrado trozos de cristales pulverizados con la comida. ¿Quién? ¿Por qué? Quién sabe...

Así acabó la trayectoria de Claudio, que si había conseguido salvar su vida actuando de la forma más temeraria, había sin embargo quedado expuesto otra vez a los viejos métodos después que se apagaran las televisiones.

La noticia no tuvo repercusión ninguna en el país.

ÍNDICE

- CHICO REY, 9
HISTORIAS DE FAVELA, 19
YENDO AL COLEGIO, 36
EL HIJO DEL MINISTRO, 50
MENINAS DE ARRIBA Y MENINAS DE ABAJO, 56
FALTA DE DECORO, 65
LOS SIN TIERRA, 73
EDUARDO, 83
GAMA, 93
LA MUERTE POR LAS CALLES, 103
DR. MENEGHETTI, 116
RULETA RUSA, 131
MEJOR DESNUDA QUE CORRUPTA, 137
FLAVIO MARTOS, 141

Brasil es un país conocido por su desbordante alegría, por sus colores, por su sensualidad. Pero también es un país lleno de contradicciones, de injusticias, de violencia. Hacer hincapié solo en sus aspectos positivos o negativos no le hace justicia a una realidad que es mucho más compleja.

Este libro escoge el camino de la ficción: pero se trata de una ficción tan apegada a la realidad que cualquier lector, familiarizado con la sociedad brasileña, reconocerá inmediatamente hechos, situaciones y personajes.

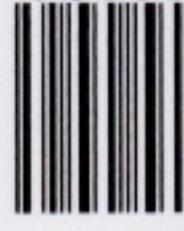
La ambición de esta serie de relatos es que, en su conjunto, puedan dar unas pinceladas fidedignas del universo brasileño. Algunos relatos están salpicados de humor y cargados de mensajes positivos; otros son más amargos, crudos, dramáticos.

Si, al final de este recorrido a través de Brasil y sus gentes, he conseguido aumentar en algún lector su interés por este extraordinario país, que tan importante ha sido para mí y para los míos, habré cumplido de sobra con mi modesto objetivo.

ISBN 978-987-1477-86-9



90000



9 789871 477869